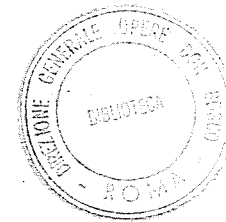


JUAN B. LEMOYNE
RODOLFO FIERRO TORRES
SALESIANOS

VIDA DE SAN JUAN BOSCO

FUNDADOR DE LA SOCIEDAD SALESIANA
DEL INSTITUTO DE LAS HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA
Y DE LOS COOPERADORES SALESIANOS



95534

S E I

SOCIEDAD EDITORA IBÉRICA
ALCALÁ, 164 • MADRID

NIHIL OBSTAT
JUAN CASTAÑO, S. D. B.

IMPRÍMASE
El Inspector de la Inspectoría San Juan Bosco
ALEJANDRO VICENTE
Madrid, 2 de febrero de 1957

NIHIL OBSTAT
DOMINGO CRESPO ROSALES, Pbro.

IMPRIMATUR
+ JOSÉ M. LAHIGUERA
Obispo Auxiliar y Vicario General
Madrid, 15 de febrero de 1957

ES PROPIEDAD
© SEI - Madrid, 1957

PRÓLOGO

La personalidad de Don Bosco llamó tanto la atención, que aún en vida se le compusieron biografías que circularon copiosamente, sobresaliendo las de los escritores franceses Du Boys y Espiney. El P. Lemoyne, célebre escritor y concienzudo historiógrafo, casi desde su entrada en la Congregación se dedicó a recoger y ordenar los hechos y dichos del amado Padre. Logró así un material copioso y preciosísimo, que él ordenó debidamente y luego se redactó en dieciocho de los diecinueve gruesos volúmenes de que constan las "Memorie Biografiche". Él publicó, en edición extracomercial, los nueve primeros; el X fue obra del P. Ángel Amadei y los restantes del P. Eugenio Ceria.

Apenas muerto el Santo, sintióse la necesidad de una buena biografía, auténtica y completa, y el mismo Lemoyne la escribió, revisada y ratificada por Don Rúa y los demás miembros del Capítulo Superior y algunos salesianos y seglares, todos alumnos directos del Santo. Salió en dos tomos bastante voluminosos.

Agotados en breve y pasado a mejor vida el autor, el Padre Amadei, sucesor suyo en el manejo de los archivos, tomó a su cargo la nueva edición, que salió en 1910, ligeramente retocada y ampliada con el aprovechamiento de nuevas fuentes, entre las cuales sobresalen, como es natural, los Procesos Canónicos. También ésta se agotó muy pronto, a pesar de que constaba de varios millares.

Entretanto, los gustos literarios y el arte de la biografía habían cambiado, y numerosos y cultos lectores deseaban una "Vida" de corte completamente moderno, que les diera cabal idea del personaje, sintetizando todo lo posible; y esto lo hizo magistralmente el Padre Eugenio Ceria en su espléndido volumen "Don Bosco e la sua opera", publicado por la S. E. I. de Turín, con motivo de la Canonización de Don Bosco en el año 1934. En esta obra cada capítulo es un panorama determinado, y todos juntos —cincuenta y cuatro en total— muestran el camino recorrido por el Santo, animado por el motor de la Fe y operante por la Caridad.

El Padre Juan Castaño, Director de la S. E. I. española, nos ha presionado dulcemente para que escribiéramos una Vida que responda a las muchas demandas que se nos hacen. Mucho hemos vacilado. Y una vez decididos a escribirla, quedábamos perplejos sobre si traducir por completo la de Ceria. Personas de gran peso nos han quitado perplejidades. Muchísimos lectores gustan de ese frescor primitivo, pero elegante y señorial, de Lemoyne, testigo presencial de buena parte de los sucesos relatados, y, de los no presenciados por él, explorador inmediato. Hemos, pues, tomado como base y fondo de este trabajo la Biografía de Lemoyne-Amadei, y utilizado en grande escala el precioso volumen de Ceria, tomando numerosas páginas casi a la letra. No creemos sea el nuestro un hibridismo. Esperamos, al contrario, sea un organismo de unidad armoniosa que presente a Don Bosco en su integridad.

Réstanos decir que nos beneficiamos ampliamente de la traducción que de Lemoyne-Amadei hizo el doctor Modesto Villaescusa, Cooperador Salesiano, y que agradecemos al Padre Antonio Mateo el trabajo de minuciosa revisión que se ha impuesto de nuestro original, y al Padre Teodoro Nieto el no pequeño de confeccionar los índices ideológico y onomástico.

* * *

Existen otras buenas Vidas en español, escritas hace años, como la del Padre Ortúzar, titulada "Amenos y preciosos documentos", la del Padre Eladio Egaña y la de don Manuel Graña. Como compendios, son notables los del Padre Beobide, del Padre Juan Romero y del Padre Alcántara.

En francés es notable la del Padre Auffray, que le valió el premio de la Academia Francesa, y recientemente la del académico Laverende.

La de Lemoyne tendrá siempre el encanto de lo inmediato y la riqueza anecdótica, como contemporáneo que fue del Santo y que por añadidura vivió largos años a su lado en intimidad completa.

Fuentes principales de esta Biografía:

ARCHIVO DE LA SOCIEDAD SALESIANA: millares de carpetas ordenadas según el Sistema Decimal por el R. P. Tomás Bor-das Flaquer, salesiano español.

MEMORIAS DEL ORATORIO: autógrafo de Don Bosco, compulsado, anotado y publicado por el P. Eugenio Ceria, historiador de la Congregación Salesiana.

MEMORIE BIOGRAFICHE DI SAN GIOVANNI BOSCO: diecinueve tomos redactados por los Padres Lemoyne, Amadei y Ceria bajo la inmediata vigilancia de los Superiores Mayores.

PROCESOS APOSTÓLICOS de Beatificación y Canonización.

RODOLFO FIERRO TORRES, S. D. B.

Madrid, 8 de diciembre de 1955.

PRIMERA PARTE

Del nacimiento al sacerdocio

CAPÍTULO PRIMERO

La escuela materna

En los momentos de las más grandes turbulencias, cuando la sociedad corre serios peligros y se siente como sacudida en sus cimientos, la Providencia suscita hombres que son instrumentos de su misericordia, sostenes y defensores de su Iglesia y organizadores de la restauración social. Tal fue San Juan Bosco.

Nació el 16 de agosto de 1815 y el mismo día fue regenerado en el Santo Bautismo. Fueron sus padres Francisco y Margarita Occhiena, modestos campesinos, pero ejemplarísimos cristianos. La humilde casita en que vio la luz, se levanta entre otras semejantes sobre una pequeña altura llamada *Becchi*, a mitad de camino del pueblo de Castelnuovo al de Capriglio, en la diócesis de Asti, en el Piamonte. El padre, viudo ya en juvenil edad con un hijo de nombre Antonio, casó en segundas nupcias con Margarita, de la que tuvo, antes que a Juan, otro hijo llamado José. Pero Dios, después de haber bendecido así la nueva unión, visitó a aquella familia con una gran desgracia: el 11 de mayo de 1817 moría Francisco, dejando sumida en el dolor y en la pobreza a la joven consorte, la cual, a la vez que a la prole infantil, debía sostener también a la anciana suegra y a los mozos de la finquita.

De aquella luctuosa fecha dejó escrito el Santo lo siguiente:

"No había cumplido yo aún dos años cuando murió mi padre, por lo que no recuerdo su fisonomía. No sé qué fue de mí en aquel doloroso acontecimiento; sólo puedo decir —y es el primer hecho de mi vida de que guardo memoria— que mi madre me dijo:

—¡Ya no tienes padre!

Todos salieron de la habitación del difunto; pero yo no consentí en dejarla. Mi madre, tomando un recipiente que contenía algunos huevos con salvado, repetía con acento dolorido:

—Ven, Juan, ven conmigo.

—Si no viene papá, tampoco iré yo —respondí.

—¡Pobre hijo mío! —exclamó mi madre—, ven conmigo! ¡Ya no tienes padre!

Dicho esto rompió en amargo llanto, me tomó de la mano y me sacó afuera, mientras yo lloraba de verla llorar a ella, puesto que, en aquella edad, yo no podía ciertamente comprender cuán grande infortunio es la pérdida del padre. Pero siempre recordé aquellas palabras: "¡Ya no tienes padre!" También tengo presentes los cuidados que hubo que prodigar a mi hermano Antonio, que enloquecía de dolor. No conservo más recuerdos desde aquel día hasta los cuatro años. De ahí en adelante, muchos."

Así el futuro Apóstol de la juventud, el que debía ser padre de tantos huérfanos, perdía el suyo en la más tierna edad; pero velaba por él con cuidado y sabiduría admirables su madre, llamada con sobrada razón por cuantos la conocieron "modelo y reina de madres cristianas".

* * *

Fácil es imaginar cuánto debió de sufrir la buena Margarita; tanto más cuanto, desde 1816, la escasez había reducido a miserable estado el Piamonte. No por eso perdió el ánimo; sino que con incansable trabajo, constante economía, cuidado de las cosas más pequeñas y también con providenciales auxilios, logró atravesar aquella dolorosa crisis. Mejorada la situación económica, se le propuso un segundo y convenientísimo matrimonio, que no quiso aceptar. Desde la muerte de Francisco, sus hijos llenaban su constante pensamiento, y su cristiana educación constituía la exclusiva aspiración

de su alma. Las verdades que en las instrucciones parroquiales había aprendido fueron su constante ley, interpretada con maternal amor cristiano y cada vez más amable, merced al ejemplo persuasivo de sus virtudes.

El pequeño Juan reproducía en su persona las virtudes de la madre. Su primera formación fue en gran parte debida a la vigilante dirección de la madre, la cual con santas industrias y admirable previsión fue modificando y enderezando hacia Dios las inclinaciones y dones naturales de que se hallaba enriquecido.

Manifestaba él gran despejo de inteligencia, apego a sus propios juicios, tenacidad en sus propósitos; pero su buena madre le acostumbó a la perfecta obediencia, no halagando su amor propio, sino persuadiéndole a doblegarse a las inevitables humillaciones inherentes a su estado.

Su corazón, que un día había de atesorar inmensas riquezas de afecto por todos los hombres, estaba lleno de exuberante sensibilidad, que, de ser inconvenientemente secundada, hubiera resultado peligrosa. Margarita jamás rebajó su dignidad de madre a exageradas caricias, ni a compartir o tolerar nada que entrañase la menor sombra de defecto; pero evitando igualmente los modos ásperos o violentos, para no exasperar al niño o enfriar en él el afecto filial.

Poseía aquel sentimiento de seguridad en la acción, de que necesita quien está destinado a dirigir, pero que fácilmente puede degenerar en soberbia. No vaciló Margarita en reprimir desde el principio aun los pequeños caprichos de su hijo, cuando todavía no era capaz de responsabilidad moral. Pero al verle descollar entre sus compañeros para practicar el bien, dedicóse a observar en silencio sus pasos, sin contrariar sus pequeñas empresas, dejándolo en libertad de obrar a su arbitrio y proporcionándole los medios necesarios para ello, aun a costa de ciertas privaciones. De este modo, insinuándose dulce y suavemente en el ánimo del niño, acostumbró a hacer siempre la voluntad materna.

Margarita conocía todo el poder de la educación cris-

tiana; de aquí que, desde muy pronto y con gran amor enseñó a sus hijos las oraciones y el Catecismo; así lo hizo con Juan, que, aun siendo el más pequeño de los hermanos, al verse asociado con ellos para el rezo de las oraciones de la mañana y de la noche, no sólo se hizo el más fervoroso en cumplir este deber, sino que era el primero en recordarlo cuando llegaba la hora. Todos los domingos y todas las fiestas de precepto acompañábalo con sus hermanos a oír la Santa Misa al cercano pueblo de Murialdo, donde el capellán predicaba y enseñaba un poco de Catecismo, enseñanza que Margarita no dejaba de continuar por su cuenta todas las noches y que tanto se complacía su hijito en repetir a su mamá, a su abuela, a sus hermanos y a sus compañeros. Llegada la edad del discernimiento, la piadosa madre lo preparó con gran diligencia a la primera confesión.

Mujer de gran fe, tenía a Dios constantemente en el corazón y en los labios; de ingenio despejado y fácil palabra; sabía en toda ocasión servirse de su santo nombre para modelar el corazón de sus hijos. *Dios te ve*; he aquí las palabras con que les recordaba que en ellos tenía siempre puestos sus ojos Dios, ante el cual un día debían comparecer en juicio. También con los espectáculos de la naturaleza reavivaba Margarita en ellos la fe en la existencia y providencia del Creador.

* * *

Su hijo nos conserva en sus Memorias algunos rasgos de las lecciones que Margarita les daba ante la contemplación de la naturaleza. Sin haber estudiado Pedagogía ni Psicología, sabía interesar a los niños y fijar su tornadiza imaginación, despertando a tiempo oportuno su atención y sus sentimientos.

Las estrellas. Es una noche serena. El cielo azul está tachonado de innumerables estrellas, lucecitas titilantes allá en las alturas. ¡Allá en las alturas! Y Margarita levanta ojos

y manos hacia allá. Es su actitud cuando habla de Dios y de los ángeles; y cuando les recuerda el alma de su padre. "Miradlas; ¡qué bellas son y qué numerosas! Dios las ha creado y puesto allá para su gloria y nuestra satisfacción."

Los niños "sienten" lo que es belleza y en sus almitas se abren las ideas de lo infinito y de la grandeza y bondad de Dios, que las ha creado y las conserva...

Silencio. En el alto silencio de la noche, bajo el parpadear de las estrellas, la bendición de Dios desciende sobre esos niños silenciosos y pensativos... Hay que aprender a oír la voz de Dios.

Un prado florido. Es otra maravilla de la creación. Los niños han ido con ella a recoger flores para la Virgen. ¡Cuántas hay! ¡Y qué bonitas! Las violetas primerizas, que en esa tierra monferrina tienen un apelativo tan expresivo como gracioso: *mañaneras*. Y las primulas, y las margaritas, y los lirios, y el heno mismo... ¡Qué suavidad, qué perfume!... Dios lo ha hecho todo para nuestro bien... Pero también para que nos enseñen. Las flores son símbolos de las virtudes que han de adornar nuestras almas... Y los niños, guiados, van haciendo un ramillete de flores para el altar de la Virgen.

La salida y la puesta del Sol. Esos amaneceres y esas puestas de Sol, tramontos maravillosos, son también objeto de lecciones por parte de la santa madre: "Ved qué bueno es Dios!... ¡Y no lo amaremos nosotros?"

Un día se oscurece el Sol. Sopla fuerte el vendaval. Ruge lejano el trueno. La tormenta se va acercando. Estalla el rayo. Los chiquillos se aprietan a las faldas de la madre. "También es Dios, les dice, que se hace oír por medio del trueno y las centellas. Pero no tengáis miedo, niños. Dios es nuestro Padre. ¡Que tiemblen los malos, los que no lo aman, los que le ofenden!... Nosotros, no. ¡Si nos ama tanto! Vamos a rezarle para que la tormenta pase y no le haga daño a nadie. Padre nuestro, que estás en los Cielos... Hágase tu voluntad acá en la tierra como se hace en el Cielo, como la hacen los ángeles..."

Y así, insensible, pero eficazísimamente, se afirma en esos niños la fe y la esperanza, y el amor de Dios y del prójimo.

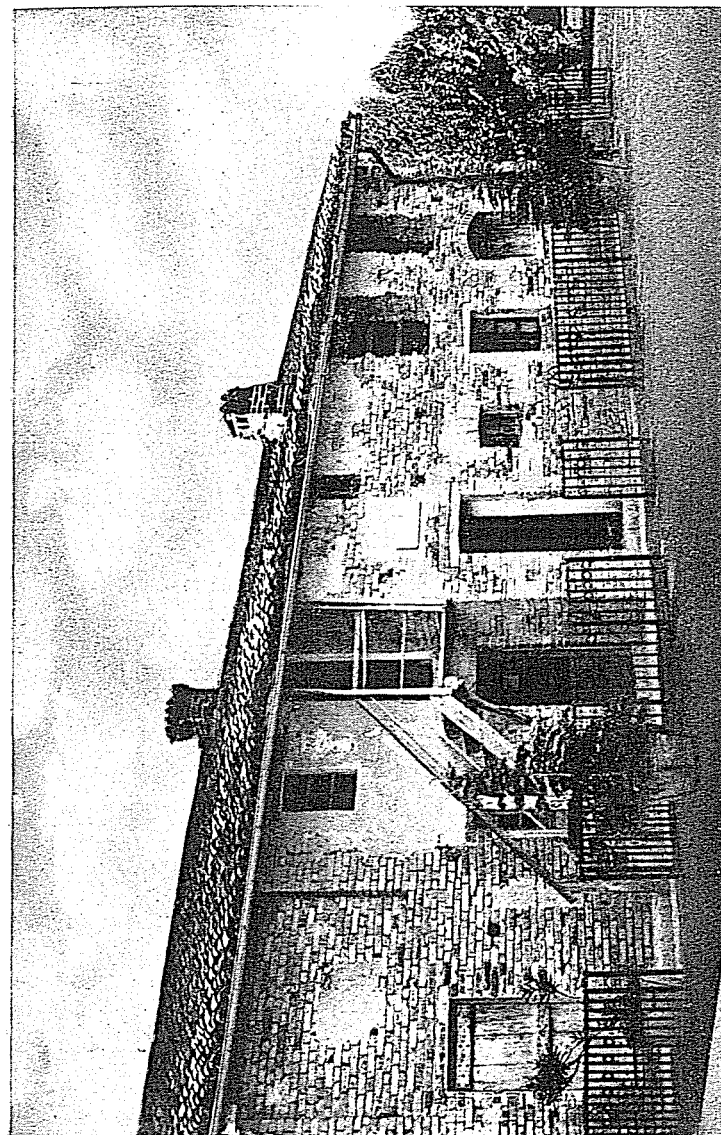
Es muy probable que el recuerdo de su infancia haya influido en el grande Educador, para formular como el más eficaz método de educación el Sistema "preventivo". Que la verdad llegue antes que el error; que venza temprano a la ignorancia. Que el santo temor y amor a Dios prevenga los vicios. Que los hábitos buenos arraiguen en el corazón antes que se despierten las pasiones y los escándalos del mundo los amenacen...

* * *

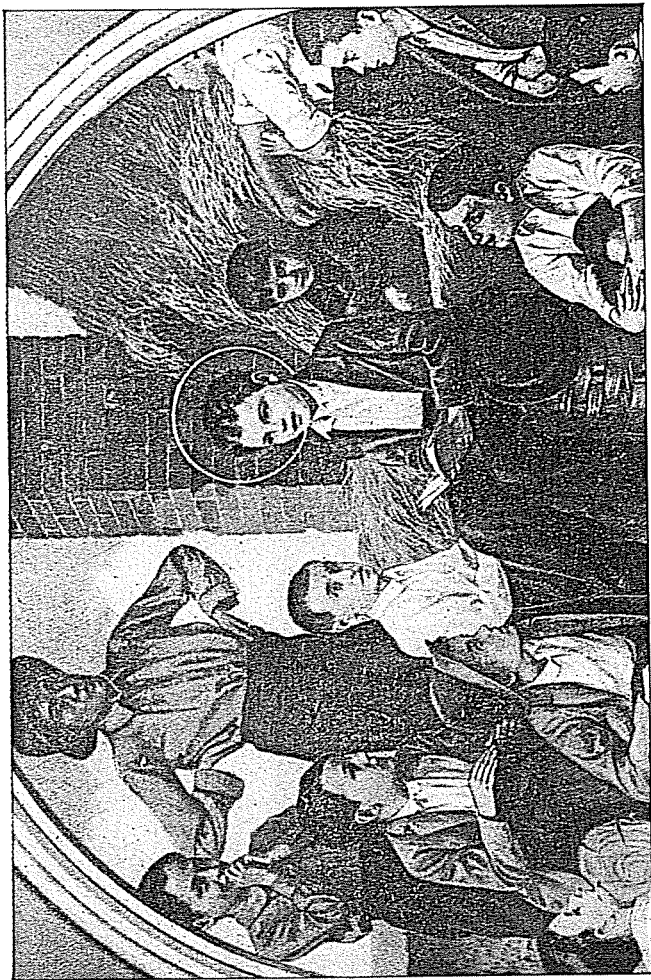
Además de la educación religiosa, empleaba Margarita otro medio para educar a sus hijos: el trabajo. No consentía que permaneciesen ociosos; desde muy temprano los adiestró en el desempeño de cualquiera ocupación. Apenas cumplidos los cuatro años, ocupábase ya el pequeño Juan en deshilar varitas de cáñamo, que en determinada cantidad le entregaba su madre; y sólo cuando esta tarea quedaba cumplida, podía entregarse a sus inocentes pasatiempos. Entre sus juegos, el preferido era el de la *gal-la*; en aquella edad ya sabía redondear pedazos de madera para hacer bolas y bastones para esta diversión (1). Pero más de una vez la bola, manejada por mano inexperta o imprudente, lo hería en la cabeza o en la cara, causándole el consiguiente dolor. Entonces corría en busca de su madre que, al verle ensangrentado y lloroso, le decía:

—¿Es posible? Cada día has de hacer alguna de las tuyas. ¿Por qué te juntas con esos compañeros? ¿No ves que son malos?

(1) Era una especie de *base-ball* elemental y es sencillísimo: uno arroja al compañero una bola con una paleta de madera y éste se la devuelve con un bastoncillo, que es un "bate" elemental.



Casita de la familia Bosco-Occhiata, en Becchi (hoy Colle Don Bosco), en donde nació San Juan Bosco el 16 de agosto de 1815.



Desde muy niño comenzó a ejercer el apostolado, enseñando el Catecismo a sus compañeros y aun a gente mayorcita.

—Precisamente por eso me junto con ellos; si van en mi compañía están más quietos, son más buenos y no dicen palabrotas.

—Sí, pero con todo eso vienes a casa con la cabeza rota.

—Ha sido una desgracia.

—Está bien; no vayas más en su compañía.

—¡Mamá!...

—¿Me has entendido?

—Si es para darle gusto, no iré más con ellos; pero piense usted que si voy con ellos, hacen lo que yo quiero y ya no riñen ni hablan mal.

Inmóvil esperaba la última palabra de su madre, y ésta, después de reflexionar un poco, y casi como temiendo impedir un bien, le permitía juntarse con sus camaradas.

Sorprende tal reflexión en una boca todavía balbuciente. Pero es indudable que ya en aquel tiempo Juan Bosco sentía algo de la misión que debía realizar entre los jóvenes: “Reunirlos para enseñarles el Catecismo fue la idea que fulguró en mi mente —dice en sus Memorias— desde que tenía cinco años. Esto constituía mi más vivo deseo; parecíame que era lo único que debía hacer en la tierra.”

Juntó con el orden y la belleza del alma de sus hijos y la dócil y constante alegría con que gustaba ver acompañadas sus acciones, la diligente madre exigía orden y limpieza en sus infantiles personas. No sólo procuraba que sus hijos fueran aseados, sino que se complacía en arreglarles con cierta elegancia sus vestidos. Los domingos, especialmente, les ponía un traje más hermoso, peinaba sus cabellos, los cuales, ya de suyo graciosamente rizados, dejaba crecer un poco, ciñéndolos con una cintita, a modo de corona. En todos los contornos de Becchi eran conocidos “los hijos de Margarita”.

—¿Sabéis —les decía— por qué os pongo estos lindos trajes? Porque como es domingo, justo es que mostremos, aun en lo exterior, el gozo que todo cristiano debe experimentar en este día; y porque deseo que la pulcritud del ves-

tido os recuerde la belleza de vuestra alma. ¿De qué serviría llevar bonitos trajes, si el alma estuviera manchada por el pecado? Procurad, pues, merecer las alabanzas de Dios, no las de los hombres, que no sirven para otra cosa, sino para volvernos más ambiciosos y soberbios. Dios no puede soportar a los ambiciosos y soberbios, y los castiga... Dicen que parecéis angelitos, y angelitos debéis ser siempre, especialmente ahora que vamos a la iglesia; debéis estar de rodillas, sin volver la vista atrás, sin charlar, y rezando con las manos juntas. Jesús Sacramentado estará contento de veros tan devotos ante su tabernáculo y os bendecirá.

Aunque tenía el alma henchida de dulzura para con sus hijos, Margarita no era débil; antes bien, sabían éstos que, de obstinarse en alguna falta, no vacilaría en recurrir al castigo. Pero jamás dio a ninguno de ellos ni un repelón siquiera, sino que se valía de particulares industrias que, empleadas con prudencia, daban admirable resultado en corazones acostumbrados a la obediencia.

* * *

Contaba Juan apenas cuatro años cuando un día de verano entró en casa con su hermano José, ambos devorados por la sed. Fue la madre a sacar agua y dio primero de beber a José. Observó Juan aquella especie de preferencia, y cuando la madre le ofreció el agua, un poco puntilloso, hizo ademán de no quererla. Margarita, sin decir palabra, se llevó el agua. El pequeñín quedóse un momento en silencio; luego exclamó con timidez:

—¡Mamá!

—¿Qué ocurre?

—¿Y a mí no me da agua?

—¡Creía que no tenías sed!

—¡Mamá, perdón!

—¡Ah, muy bien!

Y fue a buscar el agua, que luego le ofreció sonriendo.

En otra ocasión se dejó llevar de un arranque de vivacidad, propia de sus pocos años y de su natural fogoso. Margarita lo llamó.

El niño acudió y ella le dijo:

—Juan, ¿ves aquella vara?

Y le mostró una que había apoyada en un rincón de la habitación.

—Sí que la veo —respondió él retrocediendo temeroso.

—Tómala y tráemela.

—¿Qué quiere usted hacer con ella?

—Tráemela y verás (1).

Juan fue por el palo y se lo entregó, diciendo:

—¡Ah, quiere usted estrenarlo en mis costillas!

—¿Cómo no, si me haces tales trastadas?

—Mamá, no lo haré más.

Y sonreía al ver la sonrisa inalterable de su madre.

* * *

¿Quién podría encarecer el bien que hace a un niño la sonrisa de su madre? Infunde gozo y amor, excita al cumplimiento de los propios deberes y es uno de los más suaves recuerdos en la edad madura.

Aunque Margarita amaba tanto a sus hijos, no se lo demostraba de un modo empalagoso; por el contrario, ponía especial cuidado en acostumbrarlos a una vida sobria, fatigosa y dura. Aun en el sueño los habituaba a alguna mortificación. Frecuentemente por la noche los ocupaba hasta hora un tanto avanzada en pequeños quehaceres; después por la mañana los despertaba antes de salir el Sol y quería que

(1) Como signo de autoridad, había en todas las casas una vara apoyada en un rincón. Cuando un niño cometía una falta digna de castigo, el padre o la madre la empleaban, haciéndosela llevar por el culpable.

se levantasen sin tardanza. De cuando en cuando, durante la noche, interrumpía su sueño para ayudar a algún enfermo de las casas vecinas.

De este modo, se acostumbró Juan a sobrellevar bien las vigili- as. Pero si creía su madre que no había descansado bastante por la noche, le decía que fuese a dormir en las horas calurosas del día. Juan obedecía; sentábase en un banco junto a la mesa, apoyando en ella la cabeza y brazos; pero no podía conciliar el sueño.

—Duerme, Juan, duerme —insistía Margarita.

—Pero, mamá —contestaba el hijo—, ¿no ve que duermo? Y cerraba un momento los ojos.

La madre gozaba con esto.

—Mira, hijo—le decía—, nuestra vida es tan breve, que tenemos muy poco tiempo para hacer el bien. Todas las horas que consumimos en un sueño no necesario, es tiempo perdido para el Paraíso. Todos los minutos que podamos sustraer a un reposo inútil, son una prolongación de la vida, porque el sueño es imagen de la muerte. En esos minutos, ¡cuántas obras buenas podemos hacer!, ¡cuántos méritos adquirir!

Juanito heredó de su madre un natural franco, abierto y animoso.

En cierta ocasión, durante la vendimia, encontrándose por corta temporada en la casa materna de Capriglio, oyó hablar de extraños ruidos que se oían en el granero, ya cortos, ya prolongados, pero siempre alarmantes. Decían todos que sólo los espíritus eran capaces de molestar de tal manera a la gente. Juan no se resolvía a creerlo, y sostenía que aquello se debía a alguna causa natural, por ejemplo, al viento, a alguna garduña o a algo por el estilo. Mientras tanto se hizo de noche, se encendieron luces y de pronto sonó un golpe, como de canasta llena de bolas que cayese a tierra, después un ruido sordo y lento, que iba de uno a otro lado de la habitación. Todos callaron. Hubo un espanto general.

—¿Qué será? —se preguntaron con la mirada.

—¡Aléjate!— dijo Margarita a su hijo—. Ven, salgamos de aquí.

—¡Espere! —responde Juan—; quiero ver qué es eso.

El rumor continuaba a intervalos. Entonces enciende un farol y exclama:

—Vamós a verlo.

Y esto diciendo, sube por la escalera de madera que conduce al granero. Todos, con luces y palos, le siguen temblando y hablando en voz baja. Juan empuja la puerta del granero; entra, y alzando el farol, mira en torno suyo. No hay nadie, todo está en silencio. Los presentes, unos se asoman a la puerta; uno o dos se atreven a entrar; pero todos lanzan un grito y algunos se dan a la fuga... ¡Una criba, que había en un rincón, se movía sola y avanzaba! A los gritos de espanto, la criba se detiene; cesan los gritos y después de algunos instantes, empieza a caminar de nuevo y se detiene a los pies de Juan, que ya había dado unos pasos hacia adelante. Impertérrito, entrega el farol a quien estaba más cerca de él; asustado éste, lo deja caer y todo queda a oscuras. Hace entonces que traigan otra luz, la pone sobre una silla vieja, e inclinándose, extiende la mano para asir la criba.

—¡Déjala, déjala! —le gritan.

Pero él no escucha a nadie y la levanta. Hubo una explosión de risa general; debajo de la criba había... ¡una hermosa gallina!

* * *

Pero acabemos de trazar las líneas principales de esta admirable escuela materna.

En aquellos tiempos era común encontrar en las casas de los aldeanos la Historia Sagrada y las vidas de los Santos. En Capriglio no faltaba algún buen anciano que acostumbrara leer algunas páginas el domingo por la noche a la familia reunida. En estas lecturas, había aprendido Marga-

rita muchos ejemplos, sobre todo del premio que el Señor da a los hijos obedientes y del castigo que inflige a los que no obedecen; y frecuentemente se los narraba a sus pequeñuelos para excitar su curiosidad y mantener despierta su atención. De una manera especial describía muy al vivo la niñez del Divino Salvador, siempre obediente a su Santísima Madre. Con esta práctica dominaba de tal manera la voluntad de sus hijos, que una palabra suya era prontamente y con amor indecible obedecida. Si necesitaba de algún servicio, como ir por leña, yerba o paja, bastábale hacer una señal a uno, para que también corriese el otro. Había conseguido igualmente dos cosas que a muchos padres y a muchas madres les parecerían muy difíciles: que no se reuniesen, sin su permiso, con personas desconocidas y que no saliesen de casa sin licencia.

Pero su vigilancia no era fastidiosa, sospechosa, recriminadora, sino, como la quiere el Señor, natural, continua, prudente, amorosa. No se alteraba por las ruidosas diversiones de sus hijos, y hasta a veces tomaba parte en ellas, y aun proponía otras nuevas; respondía pacientemente a sus infantiles y repetidas preguntas; oíalos con gusto y les hacía hablar para conocer sus pensamientos y afectos.

Contaba Juan ocho años. Un día, mientras su madre se hallaba en un pueblo cercano para ciertos asuntos, tuvo la idea de alcanzar un objeto colocado en alto. Como no llegara a él, subió a una silla y tropezó con un vaso lleno de aceite. El vaso cayó y se rompió. Confuso el pequeñuelo, trató de remediar el hecho del mejor modo posible barriendo el aceite derramado; pero convencido de que no podía ocultar a su madre lo ocurrido, intentó aminorar, al menos, el disgusto. Cortó una vara larga del cercado, la limpió muy bien, amuestando aquí y allá a propósito la verde corteza, la adornó con dibujos; después, cuando llegó la hora en que sabía que la madre debía estar de vuelta, corrió a su encuentro al fondo del valle, y apenas la tuvo cerca, preguntóle:

—¿Qué tal, mamá? Está muy cansada? ¿Le ha ido bien?
—Sí, querido Juan. ¿Y tú estás contento?, ¿has sido bueno?

—¡Ah, mamá, mire usted!

Y le enseñó la vara.

—¡Ya me habrás hecho una de las tuyas!

—Sí; esta vez merezco de veras un castigo.

—¿Qué ha sucedido?

—¡Desgraciadamente, he roto el vaso del aceite!

Y después de haberle referido lo ocurrido, añadió:

—Como sé que merezco castigo, le he traído la vara para que la estrene usted en mis costillas, sin que se moleste en ir por ella.

Y le alargó la vara, enteramente adornada, mirando a su madre con aire picaresco, tímido, complaciente.

Margarita observó atentamente a su hijo y la vara, y por fin, riéndose de aquella astucia infantil, le dijo:

—Mucho me desagrada lo ocurrido; pero como tu modo de obrar me prueba tu inocencia, te perdono. Pero acuérdate siempre de este consejo: “Antes de hacer una cosa, piensa bien en sus consecuencias.” ¿No sabes que quien de niño es un aturdido, de hombre continúa siendo irreflexivo, se proporciona muchos disgustos y quizá ofende a Dios? ¡Sé, pues, juicioso!

* * *

Lecciones como éstas solía repetirlas cada vez que había necesidad, y con tal eficacia de palabra, que hacía a sus hijos más cautos para lo por venir.

Si tan fácil le era obtener de sus hijos la obediencia, se debía esto, no solamente a sus palabras, sino también, y sobre todo, a sus ejemplos. En efecto, no sólo ayudaba a su anciana y enfermiza suegra, sino que la veneraba como a reina de la casa, obedeciéndola y consultándola en todo.

A propósito de la abuela, he aquí un gracioso episodio:

Notó cierto día la anciana que habían desaparecido algunas frutas guardadas por ella, y sospechó del más pequeño de sus nietos, es decir, de Juan; llamóle, pues. Confiado el niño, acudió alegre, y la abuela, con semblante serio, le dijo:

—Tráeme la vara que está en aquel rincón.

El niño, sabiendo de lo que se trataba, díjole:

—La obedezco, abuelita, pero sepa usted que yo no he tomado la fruta.

—Bueno; dime quién ha cometido la falta y te ahorrarás la paliza.

—Se lo diré, pero a condición de que perdone al culpable.

—Tráeme aquí a ese pícaro; si me pide perdón y me trae la vara y se reconoce digno de castigo, lo perdonaré.

El pequeñuelo corrió en busca del hermanastro, que entonces contaba cerca de quince años, a quien no guardaba rencor ninguno, a pesar de que él le miraba mal, y le refirió lo sucedido.

Antonio, que trabajaba en el campo, encontró un poco ridículo el deseo de la abuela. ¡Ser castigado como un "peque" parecía una humillación un poco chocante! Se encogió de hombros, como queriendo decir: "¡Boberías!" Pero Juanito insistió:

—Ven, Antonio, no llesves la contraria a la abuela, porque es muy celosa de su autoridad y le darías un gran disgusto. También mamá lo tomaría a mal. Es cierto que eres mayor; pero que no digan que no respetas a la abuela.

El hermano cedió.

Y tomando la vara, se la presentó a la abuela refunfuñando: "¡No lo haré más!", con cara que no expresaba ciertamente el verdadero arrepentimiento.

La abuela no quedó satisfecha; lo asió por un brazo con dulzura y le dijo:

—¡Hijo mío, la gula mata más que la espada, y con sus consecuencias, lleva al infierno más que ningún otro pecado!

Era también aquella casita escuela de celo y de caridad. Margarita había declarado guerra implacable al pecado y

procuraba impedir la ofensa a Dios, aun entre aquellos que no eran sus parientes. Por eso, siempre alerta contra el escándalo, se cuidaba especialmente de las niñas, y creeríase que sobre esto había formado un generoso propósito. En verano, a causa de lo sofocante del calor, parecía lícita, especialmente en casa, cierta libertad en el vestir. Pues bien, cuando entraba Margarita en casa ajena, las niñas, si no estaban convenientemente vestidas, corrían, al oír su voz, a esconderse o a ponerse en condiciones más decentes, y sólo se presentaban cuando se creían seguras de merecer una alabanza de la buena mujer.

Cierta persona que habitaba cerca de *Becchi*, había acogido en su casa a un forastero que no gozaba de buena fama. El escándalo era manifiesto, contristaba a todos, y Margarita se encargó de acabar con él. Una tarde, ya anochecido, dirigióse a aquella casa; Juan la siguió y se escondió detrás de un árbol. Margarita golpeó a la puerta, llamó afuera a la mujer y le reprochó su modo de proceder.

—¡Si no sé cómo hacer! —respondió la vecina.

—Si no lo sabe usted, lo sé yo.

Y acercándose a la puerta y levantando la voz, de modo que fuese oída de quien estaba dentro, gritó:

—¡Fuera, fuera de aquí, servidor del diablo! ¡Fuera de aquí, fuera, fuera!

Algunos que habían visto a Margarita dirigirse a aquella casa, adivinando su intención, formaron corro a cierta distancia. Al oír los murmullos de los vecinos y la voz de Margarita, aquel bribón hubiera deseado estar a mil leguas de distancia; y cuando encontró una salida para huir, lo hizo velozmente y no volvió más por allí.

Tan ardiente como el celo, era la caridad de Margarita. Su máxima constante era: "Hacer siempre bien al que se pueda y no dañar a nadie, aunque fuere con una palabra poco reverente o desabrida." De aquí que su alma estaba siempre tranquila y nunca guardó resentimiento a nadie. Jamás tuvo que perdonar, porque jamás se sintió ofendida. Ello no obs-

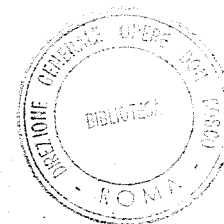
tante, tenía un natural muy sensible; pero hasta tal punto su sensibilidad se había convertido en caridad, que, con razón, podía llamarse la madre de cuantos se encontraban en alguna necesidad. Jamás rehusó nada de cuanto le pedían, como si poseyese riquezas inagotables. A los enfermos que necesitaban vino, se lo daba generosamente, rehusando toda recompensa. De un modo semejante prestaba aceite, pan y harina a quienquiera que fuese y sin manifestar nunca desagrado.

Como su casa estaba en medio del bosque, con frecuencia después de la cena, o a hora avanzada de la noche, llamaban a la puerta pobres o viajeros extraviados; en ocasiones, jóvenes prófugos del ejército de Napoleón que andaban vagando por el campo, o los mismos gendarmes; para todos tenía un poco de cena, y, como mejor podía, les preparaba manera de dormir.

Pero donde más brillaba su caridad era junto al lecho de los enfermos. Margarita se presentaba como el ángel consolador de todos los moribundos del pueblo. A su lado se hallaba siempre Juan, dispuesto a cualquier servicio, y especialmente a correr adonde su madre lo mandase, para llamar a cualquier vecino o pariente o en busca de cualquier medicina. La santa mujer visitaba a los enfermos, los socorría, los asistía, les servía, pasaba junto a ellos noches enteras, los preparaba a recibir los Santos Sacramentos, y, al acercarse la agonía, no los abandonaba hasta que habían expirado. Como la parroquia estaba lejos y era difícil que el sacerdote llegase siempre a tiempo para rezar las oraciones de los agonizantes, ella misma encomendaba las almas al Señor y sugería a los moribundos sentimientos tan cristianos, tan oportunos y con términos tan propios, que sus palabras conmovían a los presentes.

* * *

Educados en la escuela de tales ejemplos, los hijos también crecían caritativos, morigerados, celosos, dóciles, reflexivos, veraces y sobre todo piadosos y trabajadores. Juan, especialmente, que meditaba dentro de su corazón todas las palabras de su madre e imprimía en su mente el recuerdo de todas sus acciones, se apropiaba, casi sin advertirlo, este sistema del buen ejemplo, de amabilidad, de sacrificio y de continua vigilancia en la educación.



CAPÍTULO II

El medio-ambiente geográfico e histórico

Como ni aun los genios ni los santos se pueden sustraer a las influencias del medio-ambiente en que nacen, viven y actúan, bueno será que recordemos muy brevemente al discreto lector el que le tocó a nuestro biografiado, genio y santo.

Ante todo, nace y vive en Italia, la patria de santos, de sabios y de artistas, la de una geografía variadísima y rica, que en poco más de 300.000 kilómetros cuadrados compendia casi todas las características de Europa: cordilleras de montañas donde se yerguen los picos más altos y más hermosos, donde se aposentán las nieves perpetuas y hacen su nido las águilas; cadenas y anfiteatros de colinas ondulantes donde crecen las plantas más hermosas y más útiles, y que se prestan a la edificación de poblados alegres y bien defendidos; lagos de una belleza única; llanuras y sabanas extensas y fértiles, porque las atraviesan corrientes de agua en profusión; y hasta volcanes celebérrimos, que si de cuando en cuando hacen pasar muy malos ratos, confieren a la tierra una belleza extraordinaria y dan ocasión de ejercer virtudes de altísimo valor. A consecuencia de su topografía, Italia tiene variedad de climas. Sin que lleguen a los extremos ni del frío ni del calor, tiene todas las gamas de las temperaturas de la zona templada: si en el Norte hay frío y nieblas en invierno, el Sur goza temperaturas de ensueño. Tres mares tiene Italia, precisamente los mares de la civilización: el

Mediterráneo, el Jónico y el Adriático, y sus costas son tal vez las más hermosas del mundo.

Italia no tiene (es decir, hasta ahora no se han encontrado) grandes yacimientos de carbón ni de petróleo; pero en cambio tiene torrentes y cascadas que le brindan electricidad y riegos; tiene aguas termales para curar todas las enfermedades; tiene los mármoles más preciosos y más laborables del mundo. En la extensión de su suelo se dan todos los frutos esenciales para la alimentación humana: cereales de toda clase, verduras, árboles frutales de gran variedad, viñedos y olivares, y no le faltan bosques de madera de construcción; sus "pinetas" o pinares han merecido los estudios de Humboldt y las estrofas de Byron.

Y por añadidura tiene lo que ninguna otra nación del universo tiene: Italia tiene en su regazo al Papa, al Vicario de Nuestro Señor Jesucristo.

En virtud de todo esto, los habitantes de Italia tienen una marcada propensión al arte, a la poesía, a las matemáticas, que son Belleza también.

* * *

Por su posición entre Francia, Suiza, Austria, África y los mares, ha sufrido frecuentes invasiones, y hasta para liquidar contiendas de otros pueblos entre sí, como sucedió con la Francia de Francisco I y la España de Carlos I, ha tenido que prestar su suelo. Desde remotísimos tiempos Italia ha tenido relaciones con las más variadas civilizaciones. Por eso su historia es extremadamente rica e interesante. Tiene algo, y mucho, de universalidad. Quizá por eso sus emigrantes son los que más fácilmente se adaptan.

Don Bosco era ciudadano italiano. La idiosincrasia general italiana tenía que pesar en su personalidad. En los tiempos de su infancia y juventud, Italia, si era una unidad geográfica, no era una unidad política: estaba dividida en

reinos, ducados, señoríos, marquesados, condados. Cada región tenía sus dialectos propios. Pero todos comprendían y hablaban también el toscano, que, como el castellano en España, servía de aglutinante de toda la nación, con el nombre de "italiano".

Nacido y criado en Piamonte, Don Bosco era "italiano-piamontés". Vale la pena dedicar unas líneas a presentarle al lector esta importante región, siquiera sea someramente. Los primeros salesianos y salesianas, los que llevaron la Congregación al mundo entero, fueron piamonteses; su carácter piamontés influyó poderosamente en su actuación, y, por tanto, en el ambiente que crearon a su vez.

Es el Piamonte "un país de llanuras y montañas", como canta uno de sus poetas: llanuras que yacen precisamente al pie de esos montes. "Piamonte", en italiano quiere decir cabalmente "al pie de los montes". La región tiene seiscientos kilómetros lineales de montes, que, formando un bello e interesante semicírculo, la enmarcan y protegen: "diadema y muralla" la llaman sus geógrafos, con razón. Entre los picos de esa diadema y los baluartes de esa muralla destacan los glaciares y las cumbres de esos gigantes llamados "Monte Rosa", "Cervino", "Monte Blanco", "Monviso", "Gran Paraíso", que le dan a toda la región un retrofondo único por su majestad y esplendor. Entre sus ventisqueros se abren los famosos puertos del "Grande" y del "Pequeño San Bernardo", por donde pasaron, con alarde de estrategia, los ejércitos de Aníbal y Napoleón.

Torrentes mugidores se deslizan o precipitan por los flancos de aquellos montes, dando origen a hermosos ríos y formando un verdadero rosario de encantadores lagos a cual más hermosos, sobresaliendo el "Lago de Orta" y el "Lago Mayor". La vegetación es rica; los panoramas imponentes o graciosos. Prevalece una grandiosidad serena, que imprime a los habitantes un carácter de ponderación y equilibrio.

Entre los ríos descuella "el Pó", el mitológico "Eridano", que descendiendo del Monviso, atraviesa todo el Piamonte en

busca del mar Adriático, constituyendo el gran valle de su nombre, y acrecentando su caudal con las aguas de importantes afluentes, que, como él, nacen de los deshielos de los glaciares y subdividen y fertilizan toda la extensión piamontesa, siendo los principales el "Tánaro", el "Dora Riparia" y el "Dora Báltea", el "Stura" y el "Tesino".

Como desprendidos de las altas montañas, y a conveniente distancia de ellas, se destaca una serie de colinas, de lomas y de otros llamada "Monferrato", maravilla de belleza y no ingrata a los trabajos del hombre. A pesar de cierta escasez de agua, esas colinas y lomas se visten de viñedos que producen riquísimos caldos, de manzanos, perales, melocotones e higueras, de morales y castaños, y en las llanadas entre una y otra, trigo, maíz, patatas y verduras suculentas. Tampoco faltan los pastos; por lo cual abundan los rebaños de toda clase de reses. Todas esas colinas, lomas y otros están salpicados de poblaciones más o menos grandes, y todas tienen su castillo, donde vivían antiguamente los señores. Son poblaciones más o menos grandes, todas densas, eso sí, y a más de su castillo tienen sus iglesias y sus ermitas. Los habitantes del Montferrato son gentes sanas, católicas, trabajadoras, serias, equilibradas y muy unidas entre sí. Aman el canto y en general la música, y son bastante apegadas a sus tradiciones. Don Bosco es monferrino, y monferrinos casi todos los salesianos y salesianas de la primera hora.

Otra serie de colinas, no ya formadas en anfiteatro, sino desplegadas a lo largo de la corriente del Po, escoltan al río por buen trecho, formándole muralla y facilitando la constitución de pueblos, villas industriales y quintas de recreo.

Más adelante el valle se ensancha, se convierte en una llanura inmensa, donde se explanan con holgura el Canavesado y la región bielesa, ricas en ganados y en cereales, y viene luego la región de los grandes arrozales, que dan el preciado grano a toda Italia y aun para la exportación. En

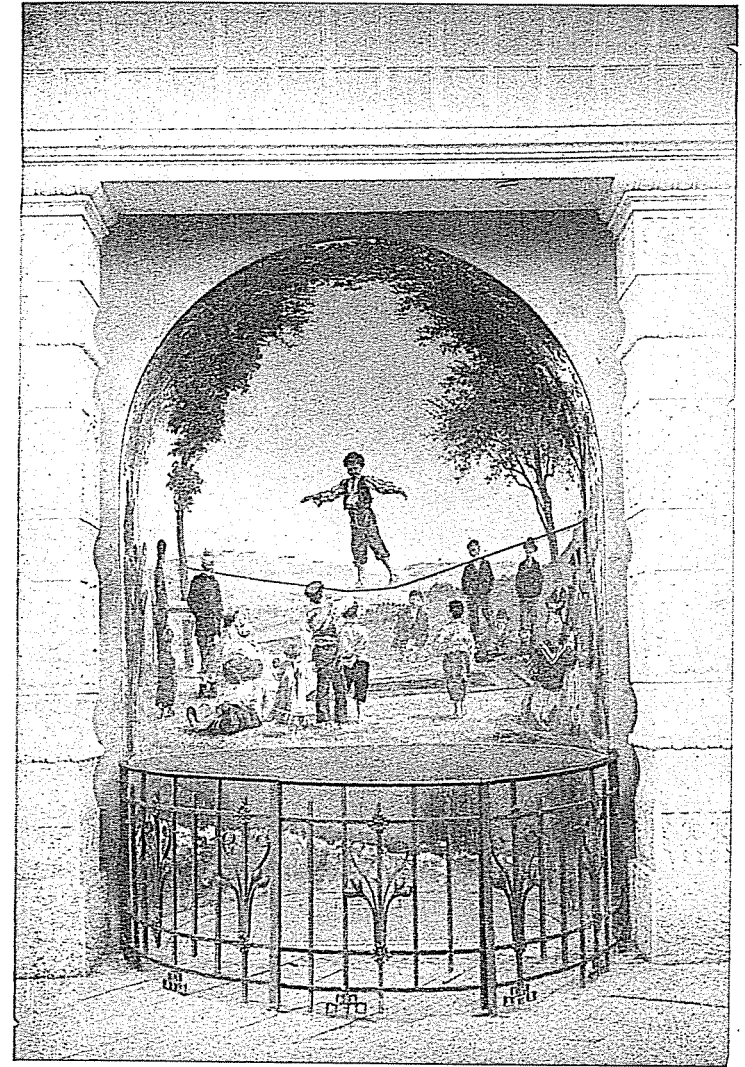
esos arrozales crecen las famosas ranas que constituyen un alimento delicado muy propio para convalecientes.

* * *

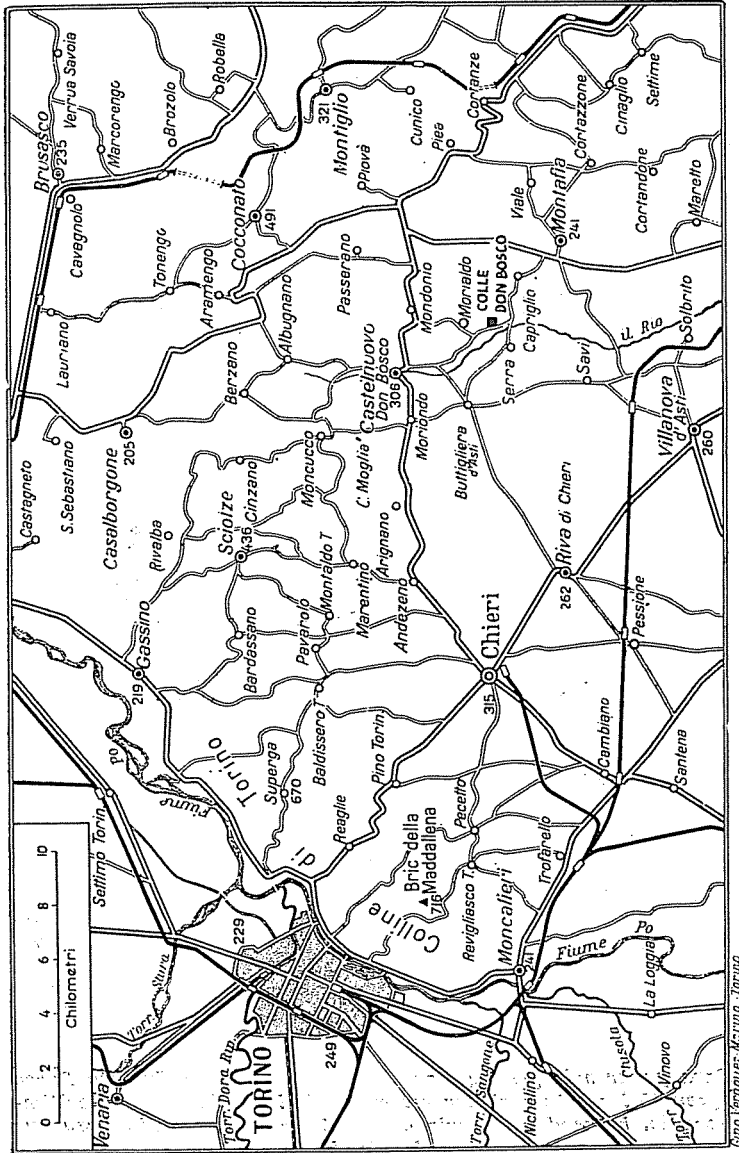
Sin duda alguna todo esto influye en la índole y carácter del pueblo piamontés, caracterizado por el equilibrio, la eutrapelia, la cordura. La Religión hondamente sentida y fielmente practicada le da un sentido providencial de la vida; por lo cual no se afana demasiado en las pruebas dolorosas o satisfactorias que se suelen alternar en ella; cuando las cosas no van como quisieran, exclaman: "¡Paciencia!", y siguen trabajando tranquilamente, sin dejar de buscar otros medios, pero con calma. Aun en los negocios y empresas ponen siempre un granito de "humor", que se traduce en un gesto, en una palabra aguda, en un chiste oportuno. En el piamontés es connatural el "buen sentido", que les deja ver las cosas como ellas son, y les confiere la envidiable cualidad de saber adaptarse inteligentemente a las situaciones y sacarles el partido posible, sin perderse en recriminaciones y lamentos inútiles. Mucho de esto veremos en la vida de nuestro biografiado.

Sin ser tan brillante como la de Roma o de las señorías del Centro y del Sur de Italia, no carece de interés la historia del Piamonte. Por su posición, situación y topografía han tenido lugar en su territorio grandes encuentros y choques de pueblos, grandes pasos de norte a sur y de sur a norte. Allí lucharon Constantino y Majencio, el Conde de Enguien y los Imperiales, Napoleón y los austriacos. Por allí había pasado también Aníbal.

Cuando Don Bosco nació, el Piamonte era ya una monarquía. Sus reyes, nacidos de la *Casa de Saboya*, eran acatados y amados. Había pasado ya la racha napoleónica, si bien quedaban todavía resacas molestas, y la monarquía se había afirmado de nuevo.



Para ganar más prestigio entre sus conterráneos, Juanito Bosco aprendió los más variados ejercicios de los volatineros y saltimbanquis, haciéndolos servir como atractivo o premio para sus catequizados.



La región donde pasó Juanito Bosco su niñez y adolescencia.

La Casa de Saboya llevaba diez buenos siglos laborando paciente y sagazmente por afirmarse y extender sus dominios. En un principio fueron modestos condes de Maurienne, dependientes del duque de Borgoña, y por éste, vasallos del Imperio llamado Romano. Por servicios prestados al Imperio, aumentaron sus dominios y pasaron los Alpes, descendiendo al lado de Italia y estableciéndose en Aosta. Un matrimonio afortunado los hizo dueños de "Turín", y a despecho de otros intereses encontrados y de la forma republicana, que entonces dominaba en la mayor parte de las regiones italianas, se establecieron allí firmemente. La capital, sin embargo, era "Chambery", en el centro de la Saboya, y desde allí extendían poco a poco sus dominios al país de Vaud, al de Ges, y hasta al condado de Niza Maritima.

Por nuevos servicios prestados al Imperio, el Emperador Segismundo, para recompensar la fidelidad, la hombría y la prudencia del Conde Amadeo VIII, lo elevó a la categoría de duque: "Duque de Saboya", y calidad de príncipe.

En la lucha entre Carlos V y Francisco I, el Duque Carlos III quiso mantener una neutralidad difícil y ejercitar esa "versatilidad reflexionada" que distinguía a la Casa; pero perdió jirones muy importantes de su territorio. Afortunadamente a Carlos sucedió un príncipe inteligentísimo, buen diplomático y gran guerrero, Manuel Filiberto, que restauró la dinastía, de la cual la Historia lo llama segundo padre. Se inclinó de parte de Carlos V, jugó papel importante en la batalla de San Quintín y en recompensa, el Emperador le devolvió todos sus dominios.

Su "versatilidad reflexionada" le hizo comprender que el trono tendría más seguridad en Italia que en Francia, y trasladó decididamente la capital de Chambery a Turín, llevando al mismo tiempo consigo, paladión y gaje, el inapreciable tesoro que es "el Santo Sudario", que envolvió el Cuerpo Sacratísimo de Jesús los tres días que estuvo en el sepulcro. Dicha reliquia había pasado a la Casa como herencia o como dote, con todas las garantías de autenticidad.

Así, la dinastía saboyana se hacía más y más italiana, y poco a poco se disponía a cristalizar como un núcleo vital, a su alrededor, todas las diversas demarcaciones que constelaban, como un mosaico, la península italiana.

Al final de la Guerra de Sucesión española, el tratado de Utrecht acordó la Sicilia a los Duques de Saboya, que ellos, sagazmente, cambiaron por la Cerdeña, menos hermosa ciertamente, pero para ellos más segura y más cercana a sus dominios. Tomaron así la categoría de reyes.

Su gobierno fue siempre paternal. Identificados con su pueblo, la sencillez era un distintivo de la corte; por lo cual eran amados y respetados. Como su pueblo, fueron siempre religiosos, teniendo en la dinastía algunos santos canonizados o beatificados, como Humberto III, Bonifacio de Saboya, Arzobispo de Cantorbery, Margarita de Saboya, Luisa de Saboya y Amadeo IX.

* * *

La Revolución Francesa no pasó sin consecuencias por el Piamonte. Como casi toda Europa, fue sacudido con los violentos huracanes de las ideas y hacia el final invadido también por las armas napoleónicas. Veinte años estuvo bajo el poder extranjero. Pero en 1815, por el Tratado de París, recobró su libertad y se le anexó el ducado de Génova. Tuvo, pues, en sus manos el mayor y mejor puerto de la Península y tal vez del Mediterráneo. Los caminos del mar suelen ser de fortuna.

Durante la vida de Don Bosco la Casa de Saboya alcanzó su destino histórico: entre todas las dinastías de Italia fue la que encarnó y realizó, por medios no siempre laudables, las aspiraciones a la unidad nacional, que le aseguraba también el respeto y la independencia. En las diversas alternativas por las cuales natural y necesariamente había de pasar, no siempre se hizo todo de acuerdo con las leyes severas de la Moral; y en las circunstancias graves y peligrosas alguna vez intervino Don Bosco, por misión divina, como consejero, como amonestador y como embajador oficioso.

CAPÍTULO III

La primera orientación

Al abrigo de la pequeña colina de *Becchi* verdea un reducido prado sombreado por variados árboles. Allí, primero Antonio, luego José y después Juan Bosco apacentaban sus vaquitas. Juan Filipello, contemporáneo de este último, cuando iba con él al prado, frecuentemente le decía:

—Tú, Juan, saldrás bien de todo.

Juan respondía con sencillez:

—Así lo espero.

Era el año de 1823, octavo de la edad de Juan. La buena de la madre, entreviendo que la Providencia no lo destinaba a la vida del campo, deseaba enviarlo a la escuela pública de Castelnuovo. Pero su pueblo distaba de Castelnuovo cerca de cinco kilómetros, y, además, había que hacer algún gasto. Entonces consultó el caso con Antonio, que a la sazón contaba veinte años.

El primogénito de Francisco Bosco era por su índole muy diferente de los otros dos. Robusto, trabajador, pero rudo de maneras y enemigo de los estudios, como si se tratase de vituperable ociosidad, se opuso resueltamente a tan justo deseo. Margarita, amante más que nadie de conservar la paz en la familia, no insistió por entonces; pero llegado el invierno, consiguió acordar con Antonio que durante esta estación, asistiera Juan a la escuela pública de Caprioglio para aprender los elementos de lectura, escritura y cuentas.

Era maestro de escuela de Capriglio don José Lacqua, sacerdote de mucha piedad. Margarita lo visitó y le rogó que admitiera a Juan a sus lecciones, porque le era más cómodo enviar al hijo a Capriglio que a Castelnuovo; pero el sacerdote no accedió, "porque no estaba obligado a recibir en su escuela a niños de otros pueblos". Desilusionada, la pobre madre no sabía qué partido tomar, cuando un buen aldeano se ofreció a ser el primer maestro de Juan en la lectura. Fue aceptado el caritativo ofrecimiento. Juan aprendió a leer y a contar bastante bien en el invierno de 1823-24. Y la "legalidad" de Don Lacqua no dejó de imprimir un rasguño en su alma.

Pero el Señor dispuso los acontecimientos de manera que Margarita quedase consolada. En 1824 murió en Capriglio la sirvienta de don Lacqua, y ocupó su puesto Mariana Occhiena, hermana de Margarita, la cual, como amaba mucho a sus sobrinos, rogó al capellán que diese clase a Juanito; aquél, por consideración a la nueva sirvienta, a quien apreciaba mucho por su religiosidad y fidelidad, consintió en ello. Las lecciones comenzaron después de Todos los Santos y duraron hasta la Anunciación; de aquí que Juan, en tan tierna edad y en la estación cruda del año, tenía que recorrer casi todas las mañanas y todas las tardes, con lluvia, nieve, fango y frío, cerca de cuatro kilómetros.

Don Lacqua, curado de su "legalidad" excesiva, le cobró mucho afecto, le guardaba muchas atenciones y se ocupaba gustoso en su instrucción, y más aún en su educación cristiana. Sorprendido de su especial aptitud para la piedad y el estudio, le daba en privado muchas explicaciones sobre las verdades que ya de su madre había aprendido, sobre los medios necesarios para conservar la gracia de Dios, sobre el modo de recibir con fruto el Sacramento de la Penitencia y acerca de la necesidad de la mortificación cristiana. De este modo, la Divina Providencia hacía dar a Juan un gran paso en la vida de la perfección.

Sus condiscípulos más jóvenes le consideraban poco al

principio; pero Juan no se resintió nunca de las pullas que le dirigían; por lo contrario, prefirió soportarlas pacientemente. También se cree que, desde entonces, se aficionó a algunas penitencias practicadas secretamente, y, según referencias de don Lacqua, se complacía en imitar la vida de los santos.

Frecuentó regularmente la escuela de Capriglio sólo en el invierno de 1824-25; ello no obstante, adelantó mucha verdadera pasión por la lectura. Durante la comida siempre tenía un libro en la mano, prueba de su afán por instruirse. Su libro predilecto era el Catecismo, que siempre llevaba consigo, hasta que empezó sus estudios regulares.

Al llegar el mes de noviembre, cuando por causa de las primeras nieves debían cesar todas las labores del campo, Juan habló de volver a la escuela; pero Antonio se opuso y Margarita creyó conveniente no imponer su autoridad. Pero como no faltaban motivos ni necesidades para mandar al niño a Capriglio, ya para visitar a la tía, ya para hacer encargos al abuelo materno, Juan pudo también en el invierno de 1825-26 entrevistarse con don Lacqua y continuó ejercitándose en la escritura y recibiendo algún libro para la lectura; pero no tardó mucho en llegar el momento en que debió interrumpir sus relaciones con aquel buen sacerdote. ¡Duro y constante martirio para quien tan ardiente deseo tenía de aprender!

Entretanto iban desarrollándose los gérmenes de las virtudes sembradas en su corazón por la madre y el maestro. Cuatro o cinco muchachos que llevaban sus vacas a pacer en el campo contiguo al prado de Juan, no se cuidaban de custodiarlas y se entregaban a sus juegos. Despechados porque el hijo de Margarita no quiso jugar con ellos, sino que prefirió seguir leyendo, cierta vez, después de haberle invitado repetidamente, le amenazaron y golpearon con crueldad; Juan, aunque más fuerte que ellos, no se defendió. Cuando acabaron aquéllos de maltratarle les dijo:

—¡Pegadme más, pero no me invitéis a jugar, porque

quiero estudiar y hacerme sacerdote! Mientras jugáis, yo cuidaré de vuestro ganado.

Quedaron aquéllos tan impresionados de tanta paciencia y caridad, que desde aquel día se hicieron sus amigos, y cuando cesaba de rezar o leer, también ellos interrumpían sus juegos y acudían a él, que con sencillez embelesadora les narraba algún hermoso hecho, los instruía en cosas de religión o los acompañaba a ver sus altares, en los cuales siempre figuraba una imagen de María Santísima, y los invitaba a santiguarse, a rezar oraciones y a cantar algún himno.

* * *

En aquel tiempo corrió Juan un gravísimo peligro. Quiso atrapar un nido en un árbol de mucha altura y, rota la rama, cayó sin sentido de tan mala manera al suelo, que tuvo que guardar cama cerca de tres meses.

Algún tiempo después ocurrió un hecho que, al par que deja ver su mucha sensibilidad de corazón, revela también su firme propósito de consagrar a Dios todos sus afectos sin excepción alguna. Habiendo cazado un mirlo, lo encerró en una jaula, lo crió y lo adiestró en el canto. Aquel pájaro era su delicia; tanto lo estimaba, que casi no pensaba en otra cosa. Cierta día, al volver de la escuela, corrió a ver su mirlo. Pero, ¡oh dolor!, vio la jaula rociada de sangre y al pájaro querido en el suelo medio comido por el gato. Sintióse tan apesadumbrado a vista de aquel cuadro, que rompió en llanto, y llorando pasó varios días sin que nadie lograra consolarle. Finalmente, amonestado por Margarita y después de haber reflexionado sobre la causa de su llanto, sobre la frivolidad del objeto en que había puesto su afecto y sobre la vanidad de las cosas terrenas, tomó una resolución superior a su edad: se propuso no apegar el corazón a cosas terrenales.

* * *

Habíase ya afirmado en estos santos propósitos y su tierna alma, iluminada por la gracia celestial, saboreaba sus dulzuras, cuando una voz misteriosa le recorrió un tanto el velo de lo por venir. La fuente de donde tomamos el hecho, es la misma que nos ha proporcionado gran parte de las noticias ya expuestas. Es un manuscrito, conservado celosamente oculto por él mientras vivió, y titulado "Memorias del Oratorio; desde 1825 hasta 1855. Exclusivamente para los Socios Salesianos. Para la Congregación Salesiana" (1). Lo redactó él mismo por orden expresa del Papa Pío IX, como más adelante se verá, y es un monumento de admirable humildad, donde, con toda sencillez, describe todo lo que cree que prueba la intervención divina en su misión y en sus obras.

Es costumbre de Dios, en su gran misericordia, revelar en sueños la vocación de aquellos hombres a quienes destina para cosas grandes. Así lo hizo con Juan Bosco, guiándolo con su mano omnipotente en cada jornada de la vida y en cada empresa. He aquí de qué modo, él mismo, narra en las citadas Memorias el primer sueño:

"No había cumplido aún los nueve años, cuando tuve un sueño que me quedó profundamente impreso para toda la vida. Me pareció que estaba cerca de mi casa, en un patio bastante espacioso, donde se hallaban reunidos una gran multitud de niños recreándose. Unos reían, otros jugaban, no pocos blasfemaban. Al oír aquellas blasfemias, lancéme al punto en medio de ellos empleando puños y palabras para hacerlos callar. Ellos se volvieron contra mí. En aquel

(1) Hoy está espléndidamente editado y comentado por Ceria. Convenientemente traducido por el P. Basilio Bustillo, nosotros lo hemos incluido en *Biografía y escritos de San Juan Bosco*, tomo 135 de la BAC.

momento apareció un hombre venerable, de edad viril, noblemente vestido. Cubría toda su persona un manto blanco; y su cara era tan luminosa, que yo no podía contemplarla. Me llamó por mi nombre, y me ordenó ponerme a la cabeza de aquellos niños, añadiendo estas palabras:

—*No con golpes ni amenazas, sino con mansedumbre y caridad, has de ganarte su amistad. Dispónte, pues, inmediatamente a instruirlos sobre la fealdad del pecado y la hermosura de la virtud.*

Confuso y espantado, contesté que yo era un pobre e ignorante niño, incapaz de hablar de religión a aquellos jovencitos.

En aquel momento los muchachos cesaron en sus riñas, alborotos y blasfemias y se reunieron en torno del que hablaba. Casi sin saber yo lo que decía, exclamé:

—¿Quién sois vos que me ordenáis cosas imposibles?

—Precisamente porque tales cosas te parecen imposibles, debes hacerlas posibles con la obediencia y con la adquisición de la ciencia.

—¿Dónde? ¿Con qué medios podré adquirir la ciencia?

—Yo te daré la Maestra, bajo cuya disciplina puedes hacerte sabio, y sin la cual toda sabiduría se convierte en necedad.

—Pero, ¿quién sois vos que habláis de esta manera?

—Mi nombre preguntásele a mi Madre.

—Mi madre me dice que no me junte sin su permiso con quien no conozca; por eso, decidme vuestro nombre.

—Yo soy el Hijo de Aquélla a quien tu madre te enseñó a saludar tres veces al día.

En aquel momento vi junto a él una Señora de majestuoso aspecto, vestida con un manto que por todas partes resplandecía, como si cada uno de sus puntos fuese una estrellita brillantísima. Observando que mi confusión aumentaba con mis preguntas y respuestas, me indicó que me acercase a Ella, y tomándome bondadosamente por la mano, me dijo:

—¡Mira!

Al mirar advertí que aquellos niños habían desaparecido todos y en su lugar vi una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y otros varios animales.

—He ahí tu campo; he ahí donde debes trabajar —continuó diciendo la Señora—. *Hazte humilde, fuerte, robusto; y lo que ves que ocurre con esos animales, deberás hacerlo con mis hijos.*

Volví entonces la mirada, y he aquí que, en vez de animales feroces, aparecieron otros tantos mansos corderos, que, todos, saltando, acudían en torno de Ella, balando como para festejar a aquel Hombre y a aquella Señora.

En aquel punto, siempre en el sueño, me puse a llorar y rogué a

aquella Señora que hablase de modo que yo pudiera entenderla, porque no sabía qué podía significar todo aquello. Entonces me puso la mano sobre la cabeza, diciéndome:

—*Todo lo entenderás a su tiempo.*

Dicho esto, me despertó un rumor y todo desapareció. Quedé aturdido. Me parecía tener las manos doloridas por los golpes que había dado, y me dolía la cara por las bofetadas recibidas de aquellos pilluelos; después aquel Personaje y aquella Señora, así como las cosas dichas y oídas, ocuparon de tal modo mi mente que por aquella noche no me fue posible conciliar el sueño.

Llegada la mañana, referí al punto aquel sueño, primeramente a mis hermanos, que lo tomaron a risa; después a mi madre y a mi abuela. Cada uno lo interpretó a su manera. Mi hermano José decía: "Tú serás pastor de cabras, ovejas u otros animales." Mi madre: "¡Quién sabe si serás sacerdote!" Antonio, con seco acento: "Quizás seas capitán de bandoleros." Pero la abuela, que sabía bastante Teología, aunque era analfabeta, dio una sentencia definitiva, diciendo: "No hay que hacer caso de los sueños." Yo era del parecer de mi abuela; pero nunca me fue posible apartar aquel sueño de la mente. Las cosas que a continuación expondré explicarán mejor el caso. Siempre callé todo esto, y mis parientes no hicieron caso. Pero cuando en 1858 fui a Roma para tratar con el Papa de la Congregación Salesiana, hizo que le refiriera detalladamente todas las cosas que tuviesen aunque sólo fuese la apariencia de sobrenatural. Entonces por primera vez referí el sueño que tuve de los nueve a los diez años. El Papa me ordenó que lo escribiese literalmente, detallado, y lo ofreciera como estímulo a los hijos de la Congregación que pensaba fundar, y que era el objeto de aquel viaje a Roma."

Este sueño fue, pues, una verdadera misión, una obligación estrecha que Dios le imponía. Tocábale a él corresponder. Y correspondió como veremos en el decurso de nuestro relato. Desde este momento Don Bosco fue "el Santo de los Sueños".

CAPÍTULO IV

El pequeño apóstol

Al soñar Juan con aquella multitud de niños, junto a la casa paterna, con el anuncio de la misión a la cual era llamado, recibió la orden de consagrarse a ella al instante; pero, ¿qué podía hacer el pobre pastorcillo? Dios no da solamente las inspiraciones, sino que juntamente sugiere y proporciona los medios para actuarlas; así lo hizo con el humilde lugareño de *Becchi*, por modo sencillo al par que maravilloso. Debía "hacerse humilde, fuerte y robusto y adquirir la ciencia necesaria".

Acompañando a su madre a los mercados, trabó Juan conocimiento con buen número de jovencitos de los cercanos pueblos; otros estrecharon amistad con él cuando comenzó a frecuentar la parroquia para el Catecismo cuaresmal. Las alabanzas del párroco, que frecuentemente repetía a los muchachos: "¡Muy poco sabéis del Catecismo; Bosco no sólo lo sabe, sino que lo canta!", fueron causa de que muchos, y no solamente niños, fijaran la atención en él y admiraran al buen niño de *Becchi*. Al verse rodeado del casi reverente afecto de muchos de sus paisanos, con la mejor maña que pudo, se dispuso a entretenerlos e instruirlos, contándoles diversos hechos, de los que sabía con arte obtener una oportuna lección moral. Mamá Margarita era para él en esto maestra insuperable.

De aquí que durante el invierno se lo disputaban todos para esas largas veladas en los establos del pueblo. En pri-

mavera, especialmente por la tarde de los días festivos, tenían lugar numerosas reuniones de niños y adultos, las cuales, con placer y provecho para todos, se prolongaban horas y horas bajo la dirección del hijo de Margarita.

¿Cómo pudo suceder esto?

En los mercados y ferias había observado Juan que la muchedumbre pendía extática de algún prestidigitador o charlatán. Comprendió que adiestrarse en juegos de habilidad para entretener a los compañeros y a las personas del vecindario sería el medio entonces más fácil para cautivar la atención ajena y lograr hacer oír a muchos la buena palabra con más comodidad.

Así, pues, acompañado de su madre o de personas de confianza, daba vueltas por los mercados, con el exclusivo fin de encontrarse con charlatanes y saltimbanquis, conocer sus mañas y aprender su destreza. Ya en casa, se ingeniaba para repetir los juegos que había visto, y no cejaba en su empeño hasta ejecutarlos cumplidamente. Fácil es imaginar las sacudidas, los golpes, las caídas, las volteretas que resultaban de estos ejercicios; mas, por fortuna, nunca tuvieron consecuencias graves, ni le hicieron perder el ánimo. Con esta constancia —¿quién lo creería?— se hizo hábil en toda clase de juegos. Igualmente aprendió muchos de aquellos juegos de manos, maravillosos para quien no conoce el secreto. Y aun llegó a ser muy diestro en el arte de extraer muelas... ¿No se ve ya aquí al Pedagogo que busca y pone al servicio de la Educación los más variados y más oportunos recursos?

* * *

Una vez bien ejercitado, comenzó a dar espectáculos de destreza. En *Becchi* había un prado con diversas plantas, y entre ellas un peral. A éste ataba Juan una cuerda que anudaba a otro árbol, a conveniente distancia; después preparaba una silla y extendía una alfombra en el suelo para

saltar sobre ella. Cuando todo estaba preparado en medio del círculo formado por los asistentes y todos esperaban ansiosos las novedades, él a veces invitaba a todos a rezar la tercera parte del Rosario y otras entonaba un cántico sagrado; después subía a la silla y decía:

—¡Ahora oíd el sermón que ha predicado esta mañana el capellán de Murialdo!

La inesperada proposición no era del agrado de todos; pero Juan, de pie sobre la silla, como un monarca en su trono, con talante resuelto para hacerse obedecer aun de los adultos, gritaba a los impacientes:

—¡Ah!, ¿ésas tenemos? Ya os podéis marchar de aquí; pero recordad que, si volvéis cuando haga los juegos, os echaré a todos y no pondréis más los pies en mi prado.

La amenaza lograba su objeto. Entonces comenzaba la predicación, o mejor dicho, repetía lo que recordaba de la explicación del Evangelio oída en la iglesia aquella mañana. Es más, durante el tiempo que faltó de Murialdo el capellán, Juanito refería hechos y ejemplos que había oído o leído en algún libro. De cuando en cuando exclamaban los oyentes: "¡Qué bien habla!, ¡cuánto sabe!" Terminado el sermón, rezaba Juan una corta oración y empezaba los juegos.

El pastorcillo se transformaba en titiritero de profesión. Hacer la golondrina, dar el salto mortal, caminar sobre las manos con las piernas en alto, ajustarse la mochila, comerse las monedas para sacárselas de la punta de la nariz a éste o al otro; multiplicar las bolitas y los huevos; convertir el agua en vino, matar un pollo y hacerlo resucitar y cantar mejor que antes, eran ordinarios entretenimientos. Caminaba por la maroma como por una senda; saltaba sobre ella, bailaba y se colgaba de ella, ya por un pie, ya por los dos, o con las dos manos o con una sola.

A veces, mientras todos esperaban con la boca abierta otra nueva sorpresa, Juan, interrumpiendo los juegos, hacía cantar las Letanías o rezar el Rosario, si antes no se había rezado. Había algo de prodigioso en su desenvoltura.

—¡Ahora —exclamaba— se verán muchas otras cosas muy bonitas; pero antes debemos todos juntos rezar una oración!

Esto lo decía aprovechando con arte un oportuno intermedio, porque de haberlo propuesto al fin de la sesión, todos se hubieran marchado. Este honesto entretenimiento duraba algunas horas, hasta que, al hacerse de noche y acabado el pasatiempo, se rezaba otra breve oración y cada cual marchaba a su casa. No quería en modo alguno admitir en estas reuniones al que hubiera blasfemado o hablado de cosas deshonradas, o se hubiera resistido a tomar parte en el rezo.

* * *

Mas para ir a las ferias y mercados y procurarse lo que aquellos pasatiempos requerían, había que hacer gastos; y entonces, ¿quién le procuraba el dinero? Pues el mismo Juan. Los pocos cuartos que la madre o los parientes le daban, las propinillas y los regalos, todo lo guardaba para este fin. Como además era muy experto en cazar pájaros con trampa, jaula, liga y lazo, y muy práctico en atrapar nidos, cuando reunía una buena partida de pájaros, sabía venderlos muy bien. Fabricaba sombreros de paja, que llevaba después a los mercados; construía jaulas de caña a modo de trampa, especialmente para los pájaros, que vendía con los reclamos adiestrados. Aun los hongos, las yerbas tintóreas y otros productos del campo eran para él fuente de ingresos. Se había hecho tan hábil en hilar la estopa, el algodón, el lino y la seda, que daba lecciones a cuantos acudían a él con este objeto; sabía también hacer calceta, habilidad que más tarde utilizó para remendar las que rompían los primeros jovencitos que recogió. La caza de las culebras le proporcionó también no despreciable lucro.

Mamá Margarita, con su buen sentido, y mucho más con aquella natural intuición de un alma que vive del amor de Dios, facilitaba en su Juan el desenvolvimiento de la voca-

ción extraordinaria a que era llamado para tiempos que ya iban madurándose. Todo lo observaba ella, pero callaba y meditaba. Un rapazuelo, un campesinito, que a los diez años se impone a los niños, aun a los mayores que él, que habla con desenvoltura en público, que se ingenia en interesar a la gente para obligarla a rezar y a oír un sermón, es un hecho que no se ve con frecuencia, si ya no es enteramente nuevo en las vidas de los Santos.

* * *

Juan había cumplido los diez años y ardientemente deseaba recibir la Sagrada Comunión; pero en aquel tiempo a ningún niño se le daba si no tenía doce o catorce años. El párroco don Sismundo, aunque era excelente y celoso pastor, embebido en las máximas algo rígidas del tiempo, no se apartaba de la conducta general de los otros párrocos; pero al escuchar lo que todos decían de Juan, y por el modo como éste se portó en el examen, se decidió a salirse de la regla y le autorizó a hacer la Sagrada Comunión el día fijado para la Pascua de los niños. Cuando recibió la deseada noticia, la piadosísima Margarita quiso preparar ella misma con toda diligencia y cuidado a su querido Juan para el gran acto. Por tres veces lo llevó consigo a confesarse, y durante la Cuaresma, en repetidas ocasiones, le dijo:

—Juan, hijo mío, Dios quiere hacerte una gran merced; pero procura prepararte bien, confesarte devotamente y no callar nada en la confesión. Confíesalo todo, arrepiéntete de todo y promete a Dios que serás más bueno en lo por venir.

“Lo prometí todo —dice el Santo en sus Memorias—. Si después he sido fiel, Dios lo sabe.”

La mañana de la Primera Comunión no le dejó hablar con nadie, lo acompañó a la iglesia y a la sagrada Mesa, e hizo con él la preparación y la acción de gracias, que todos juntos hacían en voz alta y alternando. Tampoco quiso que

aquel día se ocupase en trabajo alguno material, sino en leer, rezar y meditar. Entre las muchas advertencias que le hizo, son memorables éstas, que la piadosa madre le repitió varias veces:

—¡Querido hijo, hoy es para ti un gran día! Estoy persuadida de que Dios ha tomado posesión de tu corazón. Ahora le has de prometer que harás cuanto puedas para conservarte bueno hasta el fin de tu vida. En adelante comulga con frecuencia, pero guárdate bien de cometer sacrilegio. Confíesalo todo; sé siempre obediente; asiste con buena voluntad al Catecismo y a los sermones; pero, por amor de Dios, huye como de la peste de los que tienen conversaciones malas.

Don Bosco dejó escrito:

“Guardé y procuré practicar los consejos de mi piadosa madre; y creo que, desde aquel día, se operó en mi vida sensible mejoramiento, de un modo especial en la obediencia y sumisión a los otros, contra lo cual sentía antes gran repugnancia, pues siempre trataba de oponer mis reparos a quien me daba órdenes o buenos consejos.”

* * *

Realizado aquel gran acto, continuó Juan con mayor celo su obra de apostolado. El año anterior inauguró, como se ha visto, aquella especie de Oratorio Festivo, haciendo cuanto permitían su edad y su instrucción; así continuó durante varios años, siendo tanto más fructuosas sus palabras cuanto mayor era su caudal de conocimientos religiosos.

Pero no sólo con el embeleso de sus narraciones, juegos y maneras atractivas se ganaba los corazones de muchos jóvenes, sino que ya entonces, en su mirada, en su semblante, debía de transparentarse la pureza de su alma, como siempre se transparentó hasta el fin de su vida. Un simple encuentro o un momento de compañía con él procuraba un gozo, una paz, un placer, un deseo de hacerse mejor, que no podía proceder de una afección puramente humana. Lo experimen-

taron miles de niños, lo atestiguaron millares de sus cooperadores, los cuales, una vez conocido, no acertaban a separarse de él, ni podían olvidar tan sorprendente fascinación.

* * *

Contaba Juan once o doce años cuando, con ocasión de una fiesta, se dio un baile público en la plaza de Murialdo. Era la hora de las funciones religiosas de la tarde; deseoso de acabar con aquel escándalo, se dirigió a la plaza y acercándose a la muchedumbre, en parte compuesta de conocidos suyos, comenzó a persuadir a unos y a otros de que debían desistir del juego e ir a la iglesia, a las Vísperas. Pero viendo que no se le hacía caso, empezó a cantar un himno religioso popular, con voz tan bella y tan armoniosa que, a poco, todos se le unieron. A los pocos instantes encaminóse a la iglesia; siguiéronle los demás embelesados y entraron también en el templo.

A la puesta del Sol volvió al sitio del baile, que se había reanudado con frenesí; y como ya oscurecía, empezó a repetir a las personas que parecían más razonables:

—Es tiempo de marcharse; el baile se vuelve peligroso.

Nadie le hacía caso. Entonces volvió a cantar como antes, y al dulce y mágico sonido de su voz, cesaron las danzas y quedó desocupado el lugar del baile, porque todos acudieron en tropel a escucharle. Cuando hubo acabado, le ofrecieron varios regalos para que repitiese la canción; así lo hizo, aunque sin aceptar los regalos. Los organizadores del baile que, de no continuar éste, veían acabárseles la ganancia, se le acercaron y, ofreciéndole dinero, le dijeron:

—¡Ea! O tomas este dinero y te largas, o vas a recibir una ración de golpes que no la olvidarás en toda tu vida.

—¡Eh!, ¡eh! ¿Qué modo de hablar es ése? ¿Por ventura estoy en vuestra casa para obedeceros? ¿No soy libre de hacer lo que me parezca y me agrade? Tengo aquí parientes a quien están esperando en sus casas y si vengo a llamarlos,



“Mamá Margarita” Occhiuena de Bosco, la madre de Don Bosco. Nació en Capriglio (Castelnovo d’Asti) el 1 de abril de 1788 y murió en Turín-Oratorio el 25 de noviembre de 1856. Vivió en el Oratorio diez años, compartiendo con su hijo penalidades, apostolado y triunfos. Fue la primera cooperadora salesiana, la madre de los huerfanitos; la que inventó las “Buenas noches” salesianas.

¿os molesto? Las familias siempre temen alguna desgracia; ¿no es justo sacarlas de la ansiedad? En esta hora especialmente, vosotros, que sois buenas personas, debéis comprender que no es imposible que sucedan desórdenes, de que después tendréis remordimiento. Deseo que nuestro pueblo goce de buena reputación entre los demás; ¿os faltó con ello al respeto?...

Estas y otras razones en boca de un niño hicieron de manera que, aun los más apasionados, viendo que ya eran pocos, se retiraran.

Por entonces desafió Juan por primera vez a juegos de destreza a un charlatán que perturbaba las funciones religiosas. La apuesta era que, si el charlatán resultaba vencido, no volvería nunca más durante las funciones sagradas. Aceptó el hombre, seguro de la victoria; pero ésta fue para el pastorcillo; de modo que el jugador, en cumplimiento de su palabra, recogió sus trastos y se marchó al punto. Juan se volvió a la multitud y gritó:

—¡Nosotros a la iglesia!

CAPÍTULO V

Pruebas y consuelos

Pasadas varias semanas de la Primera Comunión de Juan, en Buttigliera de Asti, a tres cuartos de hora de *Becchi*, se predicaba una solemne Misión por el Jubileo que el Papa León XII había extendido a todo el orbe católico. La fama de los predicadores atrajo a gentes de todas partes; también fue allá Juan con otros de su pueblo.

Una de aquellas tardes precisamente, volvía él a casa con muchos de Murialdo, y entre ellos el nuevo capellán, don José Calosso, venerable y piadoso eclesiástico. El aspecto del niño, pequeño de estatura, de cabellos ensortijados que, con la cabeza descubierta y en completo silencio, caminaba en medio de la comitiva, atrajo la atención del sacerdote; lo llamó, pues, y le dijo:

—Hijo mío, ¿de qué pueblo eres?

—De *Becchi*.

—¿También has ido a la Misión?

—Sí, señor; he ido a escuchar los sermones de los misioneros.

—Pero, ¿has podido entender algo? Tu madre quizás te hubiera hablado de estas cosas en forma más adecuada, ¿no es verdad?

—Verdad es que mi madre me hace a menudo buenos sermones; pero voy de muy buena gana a escuchar también los de los misioneros, y me parece que los entiendo.

—¿Habrás entendido mucho!, ¿verdad?

—¡Todo!

—¡Bien! Si sabes decirme cuatro palabras de los sermones de hoy, te doy cuatro cuartos... ¡Mira, aquí están!

—¿Quiere que le hable del primero o del segundo sermón?

—Como quieras, con tal que me digas algo. ¿Recuerdas de qué se habló en el primer sermón?

—Se habló de la necesidad de entregarse a Dios cuanto antes y de no diferir la conversión.

—¿Qué se dijo en el sermón? —añadió el venerable anciano algo maravillado.

—¿Quiere usted que le repita la primera, la segunda o la tercera parte?

—La que tú quieras.

—Las recuerdo bastante bien y, si usted quiere, se las repetiré todas.

Y sin más preámbulos, expuso el exordio y después los tres puntos: esto es, el que aplaza su conversión corre el peligro de que le falte el tiempo, o la gracia, o la voluntad.

El buen sacerdote lo dejó continuar cerca de media hora, y al acabar el niño, le preguntó todavía:

—¿Qué recuerdas del segundo sermón?

—¿Quiere que se lo repita todo?

—Me contento con dos palabras.

Juan le recitó una buena parte hablando durante diez minutos. El capellán, maravillado más y más y con los ojos humedecidos por la conmoción, preguntóle:

—¿Cómo te llamas? ¿Quiénes son tus padres? ¿Has ido ya a la escuela?

—Me llamo Juan Bosco; mi padre murió cuando todavía era yo muy niño; mi madre es viuda con cinco bocas que mantener; he aprendido a leer y un poco a escribir.

—¿Has estudiado el *Donato*? (la Gramática).

—No sé qué es eso.

—¿Te gustaría estudiar?

—¡Mucho, mucho!

—¿Por qué desearías estudiar?

—Para hacerme sacerdote.

—¿Para qué querías hacerte sacerdote?

—Para atraer a la Religión e instruir en ella a muchos compañeros míos, que no son malos, pero se vuelven tales porque nadie se cuida de ellos.

* * *

Un lenguaje como éste tan ingenuo y elevado hizo aún mayor impresión en el piadoso eclesiástico, que no separó la vista un momento del niño, mientras éste hablaba.

Cuando llegaron al punto del camino donde era necesario separarse, le invitó para el día siguiente ayudarle la Santa Misa. Compareció Juan. Acabada la Misa le hizo recitar el sermón del misionero y después le dijo:

—Ten buen ánimo; yo pensaré en ti y en tus estudios. Di a tu madre que venga a casa el domingo por la tarde a verme un momento y lo arreglaremos todo.

¡Imagínese el lector la alegría que produjo esta noticia a la buena Margarita! El siguiente domingo fue con Juan a visitar a Don Calosso, y quedó convenido que él daría clase a Juan cada mañanita, y el día lo emplearía en los trabajos del campo para contentar a Antonio. Pero Antonio, apenas supo la determinación de la madre, se disgustó mucho y sólo se sosegó cuando le aseguraron que la clase daría comienzo pasado el verano, cuando las labores del campo no exigen grandes cuidados.

Mas llegó el otoño y Margarita no se decidía a enviar a Juan a Murialdo, hasta que, a las reiteradas instancias del capellán, Juan se puso en sus manos. Cuando se vio tan bien tratado por aquel digno sacerdote y mejor comprendido, se le aficionó tanto, que ya no tuvo para él ningún secreto. Comunicábale, pues, todos sus pensamientos, palabras y acciones; lo cual agradó mucho al buen sacerdote, porque así podía dirigirlo con toda seguridad. “Desde aquella época —escribe el Santo— comencé a gustar la vida espiritual, ya

que antes obraba más bien materialmente y como una máquina, que todo lo hace sin saber la razón que la mueve.”

A mediados de octubre emprendió Juan el estudio de la Gramática italiana y por Navidad el del “Donato”, es decir, los principios de la Gramática latina. Tan rápidos progresos hacía, que el maestro le decía bromeando:

—Si sigues así, no tardarás mucho tiempo en saber todo cuanto se puede aprender en esta materia.

Pero cuando llegó la primavera Antonio se quejó amargamente, alegando que no comprendía cómo le tocaba a él matarse trabajando, mientras Juan perdía el tiempo “haciendo el señorito”. Ello fue causa de vivas discusiones con la madre, la cual, para mantener la paz en la familia, decidió que Juan iría a la escuela por la mañana temprano y el resto del día lo ocuparía en las labores del campo.

Pero, ¿cómo se las arreglaría él para estudiar las lecciones y escribir sus trabajos literarios? Quien tiene voluntad encuentra también los medios para llegar al fin. Juan estudiaba mientras iba y volvía de la escuela; estudiaba durante el almuerzo, en la comida, en la cena; y aun de noche también estudiaba un poco.

No obstante tanto trabajo y tan buena voluntad, no satisfecho Antonio todavía, insistentemente clamaba contra los estudios, dando lugar a una escena desagradable, referida así por el mismo Santo:

“Cierta día dijo Antonio en tono imperativo a mi madre y después a mi hermano José:

—¡Ya estoy harto; voy a acabar de una vez con esta Gramática. Yo me he hecho alto y grueso y nunca he visto estos libros!...

Dominado yo en aquellos momentos por la aficción y el enojo, contesté lo que no hubiera debido contestar:

—Hablas mal —le dije—; ¿no sabes que nuestro borrico está más gordo que tú y nunca fue a la escuela? ¿Quieres compararte con él?

Estas palabras enfurecieron a Antonio y gracias a que las piernas me servían bastante bien, pude escapar de un chubasco de mojicones y bofetadas.”

* * *

Acercábase entretanto el segundo domingo de octubre de 1817, y en "Murialdo —escribe Don Bosco— se festejaba la Maternidad de la Virgen Santísima, que era la fiesta principal de aquellos lugares. Todos andaban ocupados en las cosas de casa o de la Iglesia, pero tampoco faltaban otros que tomaban parte en juegos y diversiones varias. A uno solo vi alejado de todos aquellos espectáculos; era un clérigo (1) pequeño de estatura, de ojos chispeantes, afable aspecto y angelical semblante. Estaba apoyado en la puerta de la iglesia. Sentíme como encantado al observarle, y aunque yo no tenía más de doce años, movido del deseo de hablarle, me acerqué a él y le dije:

—Señor cura, ¿quiere ver algo de nuestra fiesta? Yo le llevaré con mucho gusto adonde quiera.

Me hizo una expresiva señal para que me acercara y me preguntó por mi edad y mis estudios; si ya había recibido la Sagrada Comunión, si me confesaba con frecuencia, si asistía al Catecismo y otras cosas parecidas. Quedé como encantado ante aquella edificante manera de hablar; respondí gustoso a sus preguntas y después, como para darle gracias por su amabilidad, le invité de nuevo a ver algún espectáculo o novedad de la fiesta.

—Amiguito —me respondió—, los espectáculos de los sacerdotes son las funciones de iglesia; cuanto más devotamente se celebran, más agradables son nuestros espectáculos. Nuestras novedades son las prácticas de la Religión, que siempre son interesantes, y por eso merece que se asista a ellas con asiduidad; sólo espero que abran la iglesia para entrar.

Me animé para continuar la conversación, y añadí:

—Es verdad lo que me dice, pero hay tiempo para todo, para ir a la iglesia y para recrearse.

Se echó a reír y acabó con estas memorables palabras, que eran como el programa de todos los actos de su vida:

—El que abraza el estado eclesiástico se entrega al Señor; y de todo cuanto existe en el mundo, nada debe estimar más que aquello que sirva para mayor gloria de Dios y provecho de las almas.

(1) Aquí y en el resto de la obra empleamos la palabra "clérigo" en su significado primitivo de persona dedicada al culto divino, que ha vestido sotana, aunque no haya recibido las Sagradas Órdenes. En Italia se aplica —y muy bien— exclusivamente para designar a quien ha vestido sotana y carece todavía de Órdenes Mayores.

Entonces, enteramente maravillado, quise saber el nombre de aquel joven, cuyas palabras y aspecto tanto reflejaban el espíritu del Señor. Supe que era el clérigo José Cafasso, estudiante del primer curso de Teología, de quien varias veces había oído hablar como de un espejo de virtudes."

Juan volvió a casa tan contento, como si hubiese ganado una gran fortuna.

—Le he visto, le he hablado.

—¿A quién?

—A José Cafasso. ¡En verdad que es un santo!

—Pues procura imitarlo. ¡El corazón me dice que un día podrá ayudarte mucho!

Cuando Margarita hubo oído el diálogo de su hijo con Cafasso, como era mujer capaz de comprender la nobleza y acierto de aquellas palabras, añadió:

—Oye, Juan. Un clérigo que manifiesta tales sentimientos será un santo sacerdote. Será el padre de los pobres, conducirá a muchos por el camino del bien, confirmará a muchos en la virtud y ganará muchas almas para el Cielo.

San José Cafasso fue para Don Bosco no sólo modelo de vida clerical y sacerdotal, sino director de espíritu e insigne bienhechor (1).

* * *

Vino el invierno y cesaron las labores del campo; Juan reanudó sus estudios con Don Calosso; pero Antonio no cesaba de hacerle la guerra; no lo llamaba por su nombre, sino con los motes mordaces de "estudiantillo", "señorito", "doc-torcillo". Juan sufría y lloraba; pero lo soportaba todo con

(1) San José Cafasso, maestro y modelo del Clero subalpino, nació en Castelnuovo de Asti, en 1811, y murió en Turín, en 1860; en 1925 fue elevado al honor de los altares por el Papa Pío XI.

paciencia. ¿No le había dicho la misteriosa voz del sueño: "Hazte humilde, fuerte y robusto"?

Efectivamente, nuevas humillaciones le esperaban, las cuales, si de una parte sirvieron para fundamentarlo más en la humildad, de otra coadyuvaron a un sano y fuerte desarrollo de sus delicados miembros.

No contaba todavía trece años, cuando, en febrero de 1828, con un pequeño envoltorio bajo el brazo, que contenía algo de ropa y algún libro de Religión, que le había dado don Calosso, dirigióse a Moriondo en busca de trabajo para procurarse el sustento con el sudor de su frente, privándose del consuelo de estar al lado de aquella madre a quien tanto amaba y de la cual era amado entrañablemente.

Allí suplicó que le dieran trabajo, pero inútilmente; lo compadecieron cuando refirió las vicisitudes que le obligaban a buscarse un amo, pero no lo aceptaron.

Le quedaba una esperanza: proseguir hasta la alquería de los Moglia, en Moncucco. Llegó allí al oscurecer. Fue hasta la era, en donde se encontraba toda la familia dispuesta a preparar unos mimbres para la viña. El dueño, apenas lo vio, preguntóle:

—¿A quién buscas, muchacho?

—A Luis Moglia.

—Yo soy; ¿qué quieres?

—Mi madre me ha dicho que venga a ponerme a su servicio.

—¡Pobre chico! No puedo colocarte; estamos en invierno y quien tiene muchachos los despide; y nosotros no acostumbramos aceptarlos hasta después de la Anunciación. Ten paciencia y vuelve a tu casa.

Juan insistió llorando, hasta que el ama, Dorotea Moglia, conmovida por aquellas lágrimas, consiguió de su marido que lo tomase siquiera por pocos días.

* * *

Entonces una cuñada de Dorotea llamada Teresa, joven-cita de quince años, a quien no le gustaba cuidarse del ganado, propuso que se lo confiaran a él. Se accedió, y así Juan se dedicó a los trabajos propios de los labriegos. Los amos, al ver su obediencia puntual, su exactitud y perseverancia en el trabajo, su modestia y espíritu de oración, conocieron bien pronto el tesoro que habían adquirido, por lo cual determinaron que, además de la manutención, le darían anualmente quince liras para vestirse, remuneración que, en aquel tiempo y para un servicio campestre, era generosa.

A los ojos de todos mostrábase admirable. Por la mañana y por la noche, arrodillado junto a su camastro o en un rincón del establo, pasaba largo tiempo rezando. La señora Dorotea que, sin ser vista, había observado más de una vez en aquel tiempo su compostura, edificada de su exquisita piedad, le encargó también que dirigiera todas las noches las oraciones de la familia ante una imagen de María Santísima, religiosamente conservada en aquella casa.

De igual manera, antes y después de las comidas, jamás descuidaba hacer la señal de la cruz y rezar brevemente; y así, con su ejemplo, introdujo tan piadosa práctica en aquella buena familia.

Todos los sábados pedía permiso para ir a la mañana siguiente a Moncucco a la primera Misa, que muy temprano se decía; y allí confesaba y comulgaba. El ama echó una vez detrás de él, curiosa de saber por qué iba a aquella Misa tan temprano, y conocida la causa, le dio amplia licencia. Juan nunca dejó de aprovecharla, no obstante las dificultades del camino, agravadas por lo intempestivo de la hora.

Tanto amor a la Sagrada Eucaristía, en tiempos como aquellos en que apenas se comulgaba semanalmente, era fruto de su espíritu de oración. Varias veces, en efecto, dentro y fuera de casa, le sorprendieron absorto orando.

* * *

Estando tan lleno del espíritu de Dios, fácil es conjeturar con qué cuidado evitaría, no solamente lo que podía empañar el candor de su alma, sino también cuanto parecía menos conveniente para un jovencito. Como le invitasen a cuidarse de una niña de cinco años, respondió con suave manera:

—Dadme muchachos, y cuidaré de ellos, aunque sean diez, pero de niñas, no puedo encargarme.

Con los Moglia continuó el mismo tenor de vida que había comenzado en Becchi. Con maneras amables y con sus juegos supo atraerse a todos los niños, que muy pronto fueron sus íntimos amigos. Durante el invierno, cuando no se podía trabajar en el campo, en los días lluviosos y todos los domingos y fiestas, solía reunirlos por la tarde. Subían al pajar, se colocaban en semicírculo y Juan, sentado sobre un montón más alto de heno, les enseñaba el Catecismo y les repetía lo que había oído predicar en la iglesia parroquial; refería algún buen ejemplo, les enseñaba a rezar el Rosario, las Letanías de la Virgen o el canto de algún himno sagrado; en una palabra, les comunicaba cuanto sabía. Le preguntó el ama por qué escogía aquel lugar para sus conferencias y respondió:

—Ahí nada nos estorba, ni tampoco los estorbamos a ustedes.

En Moncucco consiguió que le permitieran disponer del local de la escuela, y allí en los días festivos, y bajo su dirección, aunque pobre zagalillo campesino, se reunían los jovencitos del pueblo, los cuales, después de la misa mayor, permanecían en la iglesia y hacían solemnemente el "Vía crucis". El párroco, reverendo Cottino, se conmovía hasta verter lágrimas, al ver florecer tanta piedad en la porción predilecta de sus ovejas, y también porque aun los adultos acudían atraídos por la novedad de aquellos piadosos actos y por los frutos que producían tan buenos ejemplos. De este

modo pasaba Juan en Moncucco todos los días festivos, y sólo por la noche, rodeado de los muchachos de los contornos de su alquería, volvía a casa cantando alegremente.

Mas no se crea que fue aquél un tiempo de diversión para el Santo; por el contrario, fue aquélla la época en que se ejercitó en las más sólidas virtudes, fundadas en la santa humildad.

Desde entonces, apenas abría los ojos comenzaba al punto "alguna cosa"; y esta "cosa" no la dejaba hasta el momento de ir a dormir.

Pero si él calló, a su tiempo hablaron los esposos Moglia, sus hijos y el párroco de Moncucco, Don Francisco Martina, sucesor de Don Cottino, a los cuales debemos estas noticias. Jamás advirtieron en él la menor falta pueril, ni chiquillada alguna tan frecuentes en su edad; ni un empujón a sus compañeros, ni una palabra o mirada burlesca, ni apoderarse de un fruto, ni una mirada o gesto que pareciese irrespetuoso; su porte era el de un hombre maduro y juicioso.

—Era diferente de los otros niños —decían los Moglia—, y a nosotros nos edificaba.

Con su ejemplo y con sus juiciosas palabras consiguió del anciano José que se acostumbrara a rezar siempre el "Ángelus" a mediodía.

—Seguro estoy —exclamaba aquel buen hombre, asombrado de ver tanto juicio en un niño—, seguro estoy de que ya no podría sentarme a la mesa sin haber rezado primeramente el "Ángelus".

Y desde entonces jamás olvidó esta oración.

* * *

Juan Moglia, hermano de Luis, llevó un día al muchacho a plantar cuatro nuevas hileras de vides. Juan las ataba con mimbres, cerca del suelo; cansado de aquel fatigoso trabajo, dijo que se sentía mal de las rodillas y de la espalda.

—Sigue adelante —le respondió el amo—. Si no quieres

doblar el espinazo cuando seas viejo, debes soportar esta molestia ahora que eres joven.

Juan continuó trabajando, y pasado un rato, exclamó:

—Pues bien, estas vides que estoy atando ahora darán la uva más hermosa, el mejor vino, en mayor cantidad y durarán más que las otras.

Y así ocurrió; aquella hilada produjo cada año doble fruto que las otras, las cuales, pasando el tiempo, murieron y fueron renovadas varias veces, mientras que las ligadas por Juan prosperaron con admiración de muchos desde 1828 a 1890.

Entretanto ardía en él la sed inextinguible del estudio. Estudiaba siempre y en todas partes, aun empuñando el arado. Preguntóle el amo un día por qué amaba tanto sus libros.

—¡Porque debo ser sacerdote! —respondió Juan.

—¡Tú, sacerdote! —le decían los de casa al oírle esta afirmación mil veces repetida—. ¿No sabes que para estudiar se necesitan nueve o diez mil liras? ¿De dónde las sacarás? ¡Vaya! —añadían poniéndole cariñosamente las manos en los hombros y sacudiéndole—, si no llegas a ser Don *Bosc*, serás Don *Bocc* (1).

—¡Veremos!, ¡veremos! —replicaba Juan.

Con todo, aunque juzgaban impracticable su aspiración, no lo contrariaron lo más mínimo. Luis le dijo un día:

—Estudia cuanto quieras, con tal que estés contento.

Y en otra ocasión, mientras araba, díjole también el hermano de Luis:

—Oye lo que te digo: cuando no me haga falta precisa para guiar los bueyes, podrás retirarte y estudiar a la sombra.

A pesar de ello, Juan no podía ni quería abusar de tanta bondad. Por otra parte, ¿cómo aprovechar en los estudios sin un guía? Verdad es que recibió lecciones del sacerdote

(1) Palabra piamontesa que significa "tonto".

Moglia, tío del señor Luis, hermano de José y maestro del pueblo, y después del párroco de Moncucco; pero duraron poco.

Entretanto llegó el mes de diciembre de 1829. Uno de los últimos días de aquel mes, cuando sacaba Juan el ganado del establo, vio a su tío Miguel, uno de los hermanos de su madre, el cual iba al mercado de Chieri y le preguntó:

—¿Estás contento, Juan?

—No puedo estarlo, porque siento siempre el deseo de estudiar, veo que los años pasan y no adelanto nada.

—¡Pobre Juan! No te pongas triste; déjame a mí, que yo pensaré en eso; lleva el rebaño a tu amo, vuelve al lado de tu madre y dile que dentro de poco pasaré por allí a hablarle.

—¡Pero mi madre me reñirá si ve que vuelvo a casa!

—Haz lo que te digo, y tranquilízate; yo lo arreglaré todo; confía en tu tío. Ahora voy al mercado; a la vuelta pasaré a hablar con tu madre, y verás como tu deseo queda satisfecho. Si hace falta algo para enviarte a la escuela, lo pondré yo. ¿Estás contento?

Juan obedeció. Los amos se maravillaron al verlo conducir las vacas tan pronto a casa; pero al escucharlo, aceptaron sus excusas, y aunque de mala gana, le dejaron marchar, deseando que, conforme a su deseo, consiguiese hacerse sacerdote.

* * *

En el largo trayecto de la casa Moglia a *Becchi* debió de pensar que al fin se le abría el camino que había de conducirle al cumplimiento de su vocación, en la que, por otra parte, había adelantado mucho, porque Dios lo iba adiestrando en la palestra de los Oratorios Festivos, haciéndole, además, recorrer los diversos estados del agricultor: hortelano, pastor, viñador, labrador, pues debía con el tiempo invadir su corazón un interés especialísimo por las colonias

agrícolas. ¡Benditas sean las admirables disposiciones de la amabilísima Providencia!

Lleno, pues, de gozo se presentó en la casa paterna; pero apenas lo vio la madre, le riñó por haber dejado la casa de los Moglia; no quiso oír razones, le ordenó que volviese allá y continuase prestando sus servicios. Juan, sorprendido y confuso, permaneció un instante perplejo; mas como le pareció leer en el semblante de la que tanto le amaba un pensamiento oculto, salió de casa sin quejarse, y fue a esconderse en una zanja, detrás de un seto, en espera del regreso de su tío.

Margarita le había acogido en aquella forma para no dar pretexto a Antonio de crearla cómplice en aquel retorno. Tenía ella dos hermanos; el uno, Miguel, era bastante instruido, y aunque labrador, sabía algo de latín; el otro, Francisco, era hombre de juicio y de respeto. Juan se había conquistado la simpatía de ambos. La intervención de ellos en los asuntos de la familia era indicio cierto de que Juan se había ganado dos protectores.

Al volver de Chieri Miguel cumplió su palabra, y fue a visitar a su hermana. El auxilio de Miguel fue más que todo moral. Antonio se mantuvo en prudente silencio. Llamaron a Juan, que continuaba escondido, y por el momento desaparecieron las dificultades.

Entonces entró de nuevo en campaña el venerable Don Calosso. No había olvidado a su joven amigo; y como había reconocido en él indudables señales de vocación eclesiástica, no quería que se perdiese. Por esto, libre ya de ciertos impedimentos que no le habían dejado cumplir su piadoso deseo, llamó al jovencito. Habiéndole oído referir sus vicisitudes en aquellos años de separación, y que Antonio se mantenía en su testarudez, le dijo:

—Querido Juan, has puesto en mí tu confianza y no permitiré que sea en vano; apártate de ese terco hermano tuyo, ven conmigo y tendrás un padre amoroso.

Juan comunicó a su madre este caritativo ofrecimiento,

que tanto ella como el hermano José acogieron con gran alegría. Antonio ni lo aprobó, ni se opuso; por otra parte José, incansable trabajador, prometió suplir la falta de Juan en el cultivo del campo.

Así, al terminar el verano de 1830, Juan marchó a vivir con el capellán, si bien volvía a casa todas las noches para dormir en ella. Pero como de parte de Antonio continuaban todavía los altercados y las molestias, Don Calosso resolvió que el muchacho se quedase con él a todo estar, que siguiese todos los estudios de latinidad en su casa y atender luego a cuantos gastos se originasen hasta que Juan llegase al sacerdocio. El muchacho ya había cumplido quince años. Margarita, convencida de que no podría obtener el consentimiento de Antonio, que ya tenía veintiséis años, pero resuelta a que estudiase su hijo y dispuesta a consumir todo su patrimonio para hacer frente a los gastos, decidió que se hiciera la división de los bienes paternos. No faltaron graves dificultades y tenaz fue la oposición por parte del testarudo hijastro, tanto que se necesitaron varios meses para cumplir las formalidades legales; pero reducida la familia de Margarita a Juan y José, se le quitó a aquél un gran peso de encima cuando se vio en plena libertad para continuar los estudios.

* * *

El pobre muchacho se consideraba completamente feliz y creía que nada más podía desear, cuando un nuevo y gravísimo infortunio vino de improviso a marchitar sus esperanzas.

Una mañana de noviembre de aquel año lo envió Don Calosso a casa de sus parientes con cierta comisión. Apenas llegó a casa y mientras estaba preparando un envoltorio de ropa blanca, llegó corriendo una persona para decirle que volviese inmediatamente junto al capellán, el cual, víctima de un ataque gravísimo, preguntaba por él y deseaba a toda

costa hablarle. No corrió, sino que voló Juan al lado de su bienhechor, a quien halló desgraciadamente en el lecho, privado de palabra.

El buen sacerdote, herido de un ataque apoplético, reconoció a su discípulo y le dirigió una conmovedora mirada, que le llenó el alma de dolor; hizo algunos esfuerzos señalándole alguna cosa; quería hablar, pero no podía articular una sílaba, hasta que, sacando una llave de debajo de la almohada, se la entregó indicándole que no la diese a nadie, y que cuanto había en la caja cerrada con llave era para él. Juan aceptó la llave que guardaba, sin él saberlo, el dinero del capellán, y prodigó a su querido enfermo los más afectuosos cuidados de un hijo amante. Pero después de dos días de agonía, el buen capellán, a los setenta y cinco años, entregaba su alma al Creador. Era el 21 de noviembre de 1829.

Con él se eclipsó toda esperanza para Juan. Algunos que habían asistido a Don Calosso moribundo, le decían:

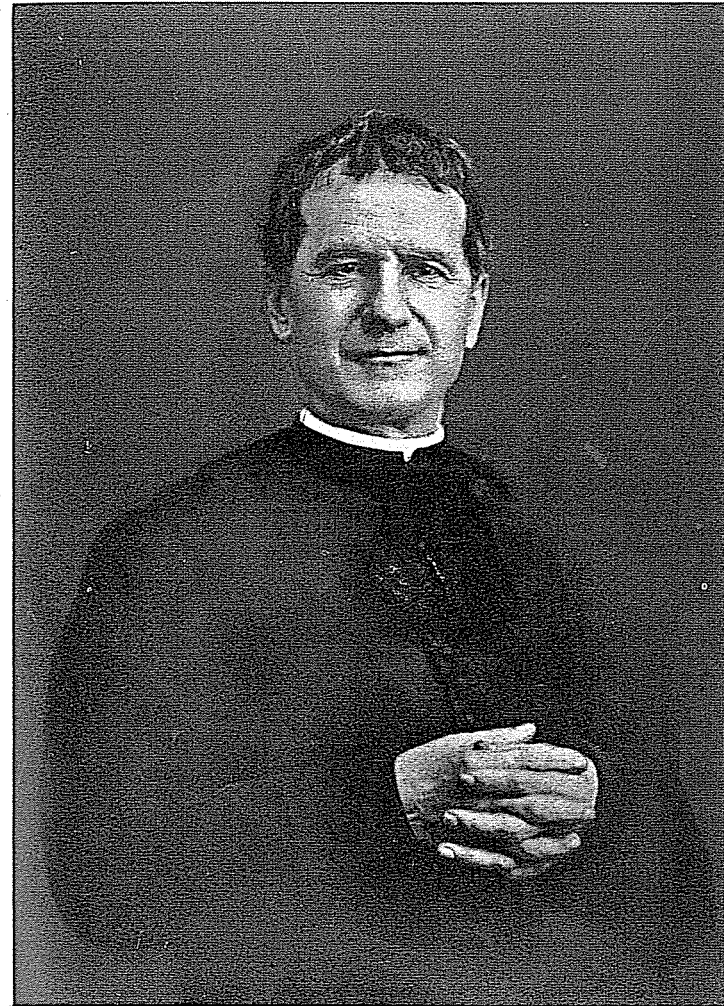
—La llave que te ha dado es la del cofre. El dinero que en él hay es tuyo; tómallo.

Otros indicaban que en conciencia no podía tomarlo, porque no había mediado acta notarial. El joven se encontraba perplejo; después de pensarlo, dijo:

—¡Ah, no quiero ir al infierno por causa del dinero! ;No lo quiero!

Pero otros insistían, fundándose en que, el empeño que puso el moribundo para llamarlo, sus palabras cuando estaba en buena salud, la llave entregada con aquel gesto expresivo indicaban claramente su voluntad; por tanto, aquel dinero era suyo. Mas él no se convenció, sino que cuando llegó lleno de ansiedad el sobrino en compañía de otros parientes, Juan le entregó la llave diciendo:

—He aquí la llave del cofre. Su tío me la entregó indicándome que no se la diese a nadie. Algunos me han dicho que puedo tomar lo que hay dentro del arca; pero yo prefiero ser pobre y no dar motivo a cuestiones; su tío no me dijo expresamente que aquello era para mí.



Retrato de Don Bosco en la plenitud de su vida.

El sobrino tomó la llave, abrió la caja y encontró en ella seis mil liras. Después de haberlas contado, se volvió a Juan y le dijo:

—Respeto la voluntad de mi tío; este dinero es tuyo; te doy facultad plena; toma todo lo que quieras.

El tono con que se lo diría y más que todo la cara que ponían los otros parientes no convenció a Juan. Se quedó un rato pensativo. Había conocido de modo bastante claro la voluntad del difunto; tenía licencia del heredero.

—¡Bueno —dijo—, no lo quiero! Estimo más el Paraíso que todas las riquezas y dineros del mundo.

—¡Si no quieres nada —dijo el heredero—, te agradezco tan generosa acción!

Juan no tomó nada. Ni ellos le ofrecieron nada. En sus Memorias relata él lo ocurrido con estas sencillas palabras: “Vinieron los herederos de Don Calosso y les entregué la llave y todo lo demás.”

La muerte del buen capellán de Murialdo fue para Juan un desastre; le lanzaba de nuevo al mar de la incertidumbre. Le causó también un dolor inmenso, pues le amaba como a un padre.

Pero la Bondad Divina no dejó de aconsejarle en aquella ocasión. Así, escribe él:

“En aquel tiempo tuve otro sueño, en el que se me vituperaba duramente, porque había puesto mi confianza en los hombres y no en la bondad del Padre Celestial.”

La memoria de Don Calosso quedó grabada siempre en su corazón. De él dejó escrito, con aquella gratitud que fue una de sus más caras virtudes:

“Siempre he rogado a Dios por este insigne bienhechor mío, y mientras viva, no dejaré de rezar por él.”

CAPÍTULO VI

Estudiante en Castelnuovo y en Chieri

Aquella muerte obligó a Juan a continuar sus estudios en las escuelas públicas de Castelnuovo, donde, juntamente con las clases elementales, se daba un curso de lengua latina. En ellas ingresó por la Navidad de 1830.

Al principio volvía a casa al mediodía, recorriendo, entre ir y venir, cerca de veinte kilómetros al día, con notable pérdida de tiempo. Después cambió de sistema. Salía de Becchi por la mañana y volvía solamente por la noche. Y aun así, ¡cuánto tenía que padecer por la intemperie! Tanto más cuanto, por economía, si había fango, se quitaba los zapatos y los llevaba en la mano hasta Castelnuovo, adonde llegaba en estado lastimoso, con los pies doloridos y a veces ensangrentados.

Su madre comprendió al punto la necesidad de proporcionarle un alojamiento en Castelnuovo, porque el invierno era cada vez más crudo. La pensión se podía pagar con cereales, vino y otros productos, según se concertase. Por otra parte, Juan era muy querido de todos sus paisanos, los cuales, temerosos de que por falta de medios no pudiese continuar los estudios, alguna vez hicieron entre ellos una colecta y rogaron a Margarita que, pues ella hacía frecuentes limosnas, la aceptase.

Margarita, pues, puso a su hijo a pensión en casa de Juan Roberto, que era sastre y muy aficionado al canto gregoriano y a la música vocal. Ella misma lo acompañó y, al

despedirse, le dio este precioso consejo: “¡Sé devoto de la Virgen!”

Muy contento se puso Juan con la determinación de su madre, porque encontraba más comodidad que en Becchi para las prácticas de piedad.

Las escuelas públicas tenían en aquel tiempo un carácter eminentemente católico, según las disposiciones promulgadas por el rey Carlo Felice en 23 de julio de 1822. ¡Con la práctica de la piedad se adquiere la sabiduría!

La clase de lengua latina reunía a todos los jóvenes pertenecientes a las otras que se daban en las escuelas bajo la dirección de un docto y hábil profesor, Don Manuel Virano, de Castelnuovo de Asti, el mismo que había bendecido el hábito clerical de José Cafasso.

Fueron tales los progresos de Juan, que cautivaron la atención del maestro. Señalóse un día por tema de composición el episodio de Eleazar, que prefirió morir a comer carne prohibida, y Juan lo desarrolló de modo tal, que nadie podía creer que fuese trabajo suyo. Examinaron su composición todos los maestros y todos quedaron asombrados.

Margarita iba a verlo casi todas las semanas, le llevaba el pan que necesitaba para siete días y gozaba lo que es fácil suponer al ver a su hijo predilecto y al oír que se mantenía fiel a sus recomendaciones. Con placer incomparable escuchaba las alabanzas que se prodigaban a Juan por su virtud, su piedad y su exactitud en el cumplimiento de los deberes escolares. El propio párroco, Don Dassano, lo nombró ayudante en una clase durante el catecismo cuaresmal.

* * *

Pero a la virtud no le faltan asechanzas. Algunos compañeros querían que los acompañase a “hacer novillos” y le sugirieron la idea de robarle dinero a su patrón o a su madre. Juan rechazó la páfida insinuación con palabras tan juiciosas, que ninguno de ellos se atrevió a repetirle tan indignas

propuestas, antes bien, conocida su conducta por el profesor y los padres de los compañeros, especialmente de los acomodados, le procuró su estimación y amigos decididos y obedientes.

Al principio, cuando vieron a un joven del campo, pobremente vestido, y ya crecido, entregarse tan tarde al estudio, se burlaban, pero él con su inalterable sonrisa se había hecho dueño de la situación, de tal modo que todos gozaban mucho en su compañía.

Él, en verdad, sabía encontrar siempre nuevas industrias para ganarse amiguitos. Cuando marchaba a su casa, a descansar algunos días, acostumbraba llevar de allá alguna fruta que compartía con ellos, tomando ocasión de ello para hablarles de cosas de piedad y recomendarles efusivamente la devoción a la Virgen. Tenía para él un especial atractivo la iglesia del Castillo, situada en el punto más elevado de la colina, y allí subía solo o acompañado de los amigos para ofrecer a la Virgen bendita el tributo de su filial devoción. Quizás allá arriba la celestial Madre le prodigó algún señalado favor, porque nunca olvidó aquel templo ni los dichosos momentos en él pasados.

Ello no obstante, en medio de aquella felicidad tenía una espina clavada en el corazón: la de no poder comunicarse con los sacerdotes del lugar. Se creía en aquellos tiempos que la reserva y la gravedad era lo que más convenía a los eclesiásticos; pero esto inspiraba más temor que amor, y de ello se dolía Juan, deplorándolo a solas y con otros; desahogaba especialmente con su madre aquellos sentimientos. Margarita, que conocía el corazón de su hijo y era capaz de abrigar los mismos pensamientos, creyó que debía salvar la autoridad de los sacerdotes.

—¿Así es, hijo mío! Pero son hombres llenos de ciencia, de pensamientos serios y no pueden acomodarse a tratar con muchachos como tú.

—Bien; pero, ¿qué les costaría decirme una buena palabra, detenerse un minuto conmigo?

—¿Qué querrías que te dijese?

—Algo en bien de mi alma.

—¿No ves que andan tan ocupados en el confesonario, en el púlpito y en las otras atenciones de la parroquia?

—¿Acaso nosotros, los chicos, no somos ovejas suyas?

—Sí, verdad es, pero no pueden perder el tiempo.

—¿Por ventura perdía el tiempo Jesús cuando se entretenía con los niños, cuando reñía a los Apóstoles que querían alejarlos y decía que los dejasen llegar hasta Él, porque de ellos es el reino de los Cielos?

—¿Qué quieres que te diga? Te doy la razón; pero no podemos hacer nada.

—Pues yo, si llego a ser sacerdote, consagraré toda mi vida a los niños; jamás me verán serrote y seré el primero en hablar con ellos.

Los estudios de Juan marchaban bien, cuando otro incidente vino a trastornarlos. Don Virano, su profesor, fue nombrado párroco de Mondonio de Asti, y en Castelnuovo le reemplazó Don Moglia, caritativo y piadoso sacerdote, pero incapaz de dominar a aquellos jóvenes tan vivaces, de tan diversas edades, y de instrucción y desarrollo mental tan diferentes. Por añadidura, aunque en el fondo quería bien a Juan, se le había metido en la cabeza que, por ser Juan de Becchi, no podía ser sino un asno. Su misma avanzada edad de dieciséis años constituía para él un motivo de ineptitud.

Juan formaba parte de los que hacían el primer curso del colegio. Dioles el maestro un día la llamada composición "de los puestos", la cual servía para asignar los puestos en la clase. Juan pidió, como gracia, que le permitiesen hacer el trabajo señalado para los del tercer curso. Don Moglia soltó la carcajada y le dijo:

—¿Qué pretendes tú... tú, de Becchi? ¿Qué son capaces de hacer los de Becchi? Déjate, déjate de estudiar latín... no entenderás palabra.

Juan, sin dar muestras de sentirse ofendido, insistió tanto, que obtuvo lo que deseaba. A los alumnos de la tercera clase del colegio se les dictó un pasaje latino para traducirlo al italiano. Después de cerca de una hora, Juan presentó su página al profesor, que la tomó, y, sin mirarla, la puso sobre la mesa sonriendo compasivamente. Pero el alumno se mantenía en pie delante del maestro, y le dijo:

—Le ruego que lea mi página y me corrija las faltas.

Don Moglia no pensaba mirarla; pero movido por la viva curiosidad de los alumnos, tomó la página y le dio una ojeada; la traducción era exacta.

—¡Evidentemente la ha copiado —dijo—. Es imposible que sea suya!

El alumno vecino de Juan, testigo de que éste había trabajado sin preguntar nada a otros ni recurrir a los libros, se levantó para defenderlo. Pero no hubo medio de persuadir al profesor, que, lleno de prejuicios, no se cuidaba en absoluto de buscar la verdad. Sin embargo de ello, aquel jovencito, que había visto a Juan hacer el trabajo, refirió a los compañeros al detalle cómo sucedió la cosa; por lo cual no sólo admiraron el talento, sino la humildad con que había soportado aquel trato tan arbitrario.

* * *

Con Juan Roberto, maestro de capilla de la parroquia, el jovencito Bosco, dotado de buena voz, dedicóse con decisión, desde principios de año, al arte musical. No sólo aprendió el canto gregoriano, sino que a poco formó parte del coro y pudo ejecutar piezas a solo con feliz éxito. Al mismo tiempo se ejercitó en el violín e hizo ensayos en un viejo clavicordio para poder más tarde acompañar en el órgano. El bueno de Roberto estaba entusiasmado con su discípulo, y cooperaba, sin saberlo, a los designios de Dios. Su casa fue la única escuela en la cual el Santo pudo aprender con suficiente regularidad la música y el canto, que más tarde con tanta

predilección habría de cultivarse en sus futuras instituciones.

Pero el estudio y el canto no bastaban para agotar la actividad de Juan, el cual, deseoso de ocupar útilmente el tiempo, dedicóse a aprender también el oficio de sastre; de modo que, en tono de broma, solía decir después a sus amigos del Oratorio: “¡Me parecía haber llegado a ser buen oficial de sastre!” Y añadía que después de haber comenzado por diversión el oficio, lo utilizó aquel año por necesidad; porque la división de los bienes de la familia y las exigencias de Antonio no permitían a su madre proveerle de lo necesario para pagar la pensión. El patrón, por su parte, al ver el éxito de Juan, le hizo proposiciones bastante ventajosas para que se quedase definitivamente con él; pero Juan, deseoso de adelantar en los estudios, se ocupaba en muchas cosas únicamente para no estar ocioso y para multiplicar los medios que le facilitarían la consecución de sus fines.

A fines de aquel año ejercitóse también en el oficio de herrero, frecuentando el taller de un tal Evasio Savio, excelente cristiano, y llegó a poseer suficientemente este oficio.

¿Quién infundió en el corazón de un campesino una disposición tan feliz para estos trabajos? ¿Quién le puso providencialmente en circunstancias tales que, el ocuparse en ellos, le fuera alguna vez de verdadera necesidad? Aquél, sin duda alguna que, habiéndolo destinado para fundador de Oratorios Festivos y colonias agrícolas, quería que fundase también Escuelas Profesionales. Por eso fue acumulando en Juan tales virtudes que el jovencito del pueblo, el huérfano campesino y el artesano encontraran en él un hombre que conoció íntimamente las necesidades de ellos, sus aspiraciones, sus costumbres y supiese, por tanto, hacerse todo para todos.

Pero el Santo quizás un día se vería obligado a pensar también en el mantenimiento de tantos jóvenes, sin contar con renta alguna, fiado únicamente en la Divina Providencia; por eso quiso Dios que nuestro Juan fuese por sí mismo a solicitar en su nombre la caridad a costa de cualquier sacri-

ficio y humillación. Por eso le dotó de un espíritu emprendedor, activísimo, generoso, rico en expedientes para conseguir el objeto, sereno para vencer las dificultades, constante y prudente en la elección de los medios oportunos, afectuoso para ganarse los corazones, impertérrito para no tener respetos humanos.

* * *

Un gracioso episodio de aquel tiempo nos muestra hasta qué punto era industrioso para procurarse lo necesario.

En el pueblo de Notafia celebrábase una gran fiesta. En medio de la plaza habían colocado un árbol de cucaña, del que colgaba un anillo con varios premios. Una multitud asistía al espectáculo. Los jóvenes del pueblo intentaban la subida; pero después de haber trepado el uno hasta un tercio, el otro hasta la mitad, resbalaban y caían por tierra. Los gritos del público, que animaba a los audaces, y los silbidos a los débiles que no sabían sostenerse hasta el fin en aquel palo, liso y untado, resonaban por los aires. Juan observó que todos los competidores comenzaban con rapidez y ansia, sin tomar aliento, y por esto mismo, en llegando a cierto punto, no podían proseguir y eran arrastrados hasta el suelo por su propio peso. Por tanto, quiso él intentarlo de otro modo. Se presentó resuelto, pero tranquilo, en medio del claro que había dejado la muchedumbre; empezó a trepar lentamente, cruzando a ratos las piernas en forma de poder sentarse sobre los talones y descansar. El público, que en un principio no comprendía el porqué de aquella maniobra, reía a más no poder, esperando que de un momento a otro resbalase y viniese a tierra. Pero como cada vez subía más, se hizo un silencio general, y cuando Juan estuvo cerca de la punta del árbol, que cimbraba por ser muy delgado, frenéticos aplausos estallaron de todas partes en honor del vencedor, que extendiendo la mano tomó una bolsa con veinte liras, un salchichón y un pañuelo; y dejando los premios de menor

importancia para que pudiese continuar el juego, bajó rápidamente y se confundió entre la multitud. No fue ésta la única vez que consiguió alcanzar semejantes triunfos, tan útiles para él en su condición de estudiante pobre.

Acabado aquel año escolar con poca satisfacción en lo referente a los estudios, siempre resignado y siempre incierto sobre lo por venir, volvió junto a su madre. En el entretanto había ocurrido una novedad importante. Margarita y su hijo José, de dieciocho años entonces, habían tomado en aparcería la finca llamada el "Sussambrino", sobre una colina, casi a mitad de camino entre Becchi y Castelnuovo. José se instaló en la casa de labor y Margarita ora residía en ella, ora en Becchi, según la necesidad.

Juan se quedó con su hermano José, que le quería mucho, y pudo con toda libertad entregarse a sus estudios. Poséa entonces una pequeña biblioteca, formada con los bellos volúmenes que le habían regalado o prestado el maestro Don Lacqua, el párroco de Moncuoco y Don Calosso; entre ellos había las obras ascéticas de San Alfonso María de Ligorio y algún Catecismo razonado, que él aprendía de memoria. Mas para no ser gravoso a su hermano, le ayudaba en las labores del campo, remendando vestidos o reparando instrumentos agrícolas. Una grata noticia vino a interrumpir alegremente la quietud de aquellas vacaciones. Un Breve Pontificio, de fecha 12 de agosto, confiaba a Monseñor Luis Frasoni, obispo de Fossano, la administración de la Archidiócesis de Turín. Era el padre, el sostén, el confidente que el Señor destinaba a su siervo para que tuviese protección eficaz en los principios de sus maravillosas obras.

* * *

Un nuevo "sueño" se enlaza con este hecho. Retirábase Juan frecuentemente a una viña de su compañero de clase José Turco, porque era el lugar más lejano de la carretera

y, por ello, más tranquilo; allí, sobre una eminencia, donde podía ver sin ser visto a cualquiera que entrase en su viña y en la de Turco, vigilaba las uvas con el libro en la mano.

El padre de José Turco, que con frecuencia se encontraba con él, le decía, poniéndole la mano derecha sobre la cabeza:

—¡Ánimo, Juanito; sé bueno y estudia, que la Virgen te ayudará!

—He depositado en Ella toda mi confianza —respondía Juan—, pero siempre estoy incierto; quisiera continuar el estudio del latín y hacerme sacerdote; pero mi madre no tiene medios para ayudarme.

—No tengas miedo, querido Juan; ya verás cómo el Señor te allana el camino.

—Así lo espero —acababa por decir el pobre joven.

Y despidiéndose, dirigíase al acostumbrado trabajo con la cabeza inclinada y repitiendo pensativo:

—Pero... pero...

Mas he aquí que, pasados unos días, el señor Turco y José viéronle correr lleno de alegría a través de la viña y presentarse a ellos muy contento. Preguntáronle la causa de tanto alborozo y contestó que por la noche había tenido un sueño. Una gran Señora, que conducía un numerosísimo rebaño, se acercó a él, y, llamándolo por su nombre, le dijo:

—Mira, Juanito, todo este rebaño lo confío a tus cuidados.

Y él respondió:

—¿Cómo podré custodiar tantas ovejas y tantos corde-
ritos? ¿Dónde encontraré pastos para alimentarlos?

La Señora le contestó:

—No temas; yo estaré contigo.

Y desapareció.

Esta narración, que Don Lemoyne oyó de labios del propio señor Turco y de la señora Lucía, se corresponde enteramente con una frase de las memorias de Juan, donde se leen estas sencillas palabras: "A los dieciséis años tuve otro sueño." Estamos seguros de que entonces supo muchas cosas más de las que dijo para dar expansión a su corazón. Era

el premio de su perseverante confianza. En efecto, la asistencia de la Madre Celestial debía manifestarse más sensible aquel mismo año.

* * *

Margarita, pesarosa de que su hijo hubiera perdido tanto tiempo, decidió mandarlo a Chieri e inscribirlo en la escuela pública para el curso inmediato. Como los escasos recursos de la familia no permitían prepararle el equipo, se ofreció él mismo a hacer una colecta por el pueblo. Solicitar la caridad para sí, costaba a Juan violencia indecible; pero venció su repugnancia y se sometió a la humillación. No había olvidado la intimación del sueño: "Hazte humilde." Recogió pan, queso y un poco de grano. Además, una buena mujer lo recomendó al párroco de Castelnuevo, que le procuró un poco de dinero. Mientras tanto su madre buscó alguna buena familia en la cual colocar como pupilo a su hijo; y, probablemente por indicación del párroco, escogió la casa de su compatriota Lucía Matta, viuda con un solo hijo, estudiante, a quien precisamente ella iba a cuidar en Chieri. Se convino en pagar por la pensión veintiuna liras al mes; pero como en realidad la pobrecilla no podía pagar toda esa cantidad, se acordó que Juan, en compensación del resto, haría el servicio de criado.

Éste, en el entretanto, se presentó al párroco, no sólo para manifestarle su gratitud, de la que tenía lleno su sensibilísimo corazón, sino también para cumplir con el reglamento escolar, que prescribía la necesidad de presentar un certificado del párroco para ser aceptado en las escuelas nacionales.

Cumplidos estos preparativos, al día siguiente de Difuntos del año 1831, entregaba Margarita a su hijo cerca de medio hectolitro de trigo y doce litros de mijo, para que comenzase a pagar la pensión.

—¡Es todo cuanto puedo darte —le dijo—; para lo que falta, confiemos en la Providencia!

Un paisano suyo, Juan Bechis, deseoso de dar al querido amigo una prueba de su afecto, como no tenía otra cosa que ofrecerle, cargó en su carro el baúl del pobre equipo, la modesta porción de trigo y miijo mencionada y se lo llevó gratuitamente a Chieri.

Al día siguiente puso Margarita sobre las espaldas de su hijo un saquito de harina y otro de maíz para que los vendiera en el mercado de Castelnuovo y estuviera así algún dinero para comprar papel, libros y plumas, y partió con él, mientras su hermano José le deseaba buena suerte. Esta vez la senda estaba definitivamente abierta.

En Castelnuovo se encontraron con el joven Juan Filippello, al cual Margarita rogó que acompañase a su hijo hasta Chieri, en donde no tardarían en encontrarse, porque ella tenía que despachar unos asuntos en Castelnuovo. Filippello accedió, y mediante una módica cantidad, se puso en viaje con Juan.

Casi a mitad de camino, llegados a Ariñano, sentáronse un poco. Allí el Siervo de Dios refirió a su compañero los estudios hechos y las cosas buenas que había aprendido asistiendo a los sermones, a las instrucciones y al Catecismo; le indicó qué obras de caridad debía practicar y le refirió hechos edificantes con sabias reflexiones. Filippello, al llegar a cierto punto, lo interrumpió diciendo:

—Vas ahora casi a empezar los estudios en el colegio, ¿y ya sabes tantas cosas? ¡Pronto serás párroco!

El Siervo de Dios, mirándolo fijamente, le contestó:

—¿Párroco? ¿Sabes tú lo que significa ser párroco? ¿Sabes cuáles son las obligaciones de un párroco? Cuando se levanta de comer o de cenar, debe pensar: "Yo he comido, pero... ¿podrán saciarse todas mis ovejitas?" Lo que tenga, satisfecho lo necesario, debe darlo a los pobres. ¡Cuántas otras responsabilidades! ¡Ah, querido Filippello, yo no seré párroco! Voy a estudiar porque quiero consagrar mi vida a los niños.

Después continuaron el viaje hasta Chieri. Filippello que-

dó como absorto considerando el espíritu de caridad que animaba a su compañero.

Su madre no tardó en reunírsele. Al presentarlo a la señora Matta, depositando ante ella aquellos pocos cereales, díjole:

—Éste es mi hijo, y ésta, la pensión. Yo apporto mi parte, mi hijo aportará la suya; espero que no quedará descontenta de él.

Y conmovida, pero llena de gozo, aquella incomparable mujer regresó a su casita.

CAPÍTULO VII

En el Instituto

No había terminado aún la prueba a que el Señor quería someter a su siervo. Debía conocer de cerca todas las diversas situaciones y necesidades en que suelen encontrarse los jóvenes, para saber compadecerlos y socorrerlos a su tiempo con amor. Largo y espinoso será, por consiguiente, el camino que aún le queda por recorrer.

La primera persona que Juan conoció en Chieri fue al sacerdote Don Eustaquio Valimberti, del cual recibió muchos y buenos consejos acerca de la manera de alejarse de los peligros. Se le admitió en el cuarto curso, que era la preparatoria para el Instituto; pero transcurridos dos meses, ingresó en el quinto, esto es, en la primera del Instituto. Transcurridos otros dos meses, y previo examen extraordinario, pasó al sexto. El nuevo profesor, cuando vio que a la mitad del año se le presentaba en el aula un alumno, grandullón como era Juan, bromeando, dijo en plena clase:

—Tú, o eres un topo o un gran talento. ¿Qué te parece?

Juan, dominada su primera y temerosa impresión, respondió:

—Un término medio; soy un joven que tiene buena voluntad para cumplir su deber y adelantar cuanto pueda en los estudios.

Agradó la respuesta al profesor, lo animó y se ofreció a ayudarle en las dificultades que se le presentaran.

Cuenta el Santo:

“Hacia cerca de dos meses que me encontraba en esta clase, cuando ocurrió un pequeño incidente que hizo hablar de mí. Explicaba un día el profesor la vida de Agesilao, escrita por Cornelio Nepote. Aquel día no tenía yo el libro, porque lo había olvidado en casa (pero había estudiado por la tarde), y para ocultar esta falta al maestro, tenía delante de mí el *Donato*. Como no sabía a qué atender, mientras escuchaba al maestro, volvía las hojas, ora a la derecha, ora a la izquierda. Lo advirtieron los compañeros; uno empezó a reír, y los demás siguieron, de modo que a poco la clase era un desorden.

—¿Qué es eso? —preguntó el profesor—. ¿Qué pasa? Díganmelo al instante.

Como todas las miradas se dirigían hacia mí, el profesor me ordenó que construyera el pasaje y repitiera su misma explicación. Me levanté entonces y teniendo todavía entre las manos el *Donato*, dije de memoria el texto y la construcción con todos los comentarios que había hecho el maestro poco antes. Cuando hube acabado, mis compañeros instintivamente dejaron escapar exclamaciones de admiración y aplaudieron. No hay que decir lo furioso que se puso el profesor, porque aquélla era la primera vez que, según él, no podía conservar la disciplina en la clase. Me dio un pescozón, que yo esquivé; después, con la mano puesta sobre mi *Donato*, exigió que los más próximos le dijeran la causa del desorden. Los compañeros, mientras yo me disponía a exponer humildemente la cosa al maestro, dijeron:

—Bosco tenía siempre el *Donato* delante, y ha leído y explicado el texto como si entre las manos hubiese tenido el libro de Cornelio.

El profesor tomó entonces el *Donato*, me hizo repetir otros dos períodos y al instante, pasando de la cólera al estupor y a la admiración, me dijo:

—Por tu feliz memoria te perdono el olvido que has tenido; procura servirte de ella solamente para el bien.”

Pero además del talento y la memoria, parece ser que de cuando en cuando se manifestaba en Juan otra virtud secreta y extraordinaria que le ayudaba en tales casos. Así lo creían algunos de sus condiscípulos, los cuales nos refirieron los hechos siguientes:

Una vez que se hacía la composición en clase, la entregó tan pronto, que el maestro no podía creer que un joven hubiese podido superar tantas dificultades gramaticales en tan poco tiempo; por eso abrió y leyó atentamente aquel pliego. Maravillado de encontrarlo sin falta alguna, pidió el borra-

dor. Juan se lo entregó. Nuevo estupor. El maestro había preparado aquel tema sólo la noche precedente, y como le pareciera demasiado largo, apenas había dictado la mitad; ¡Pero en el cuaderno de Juan lo veía todo entero, sin una sílaba más, ni una sílaba menos! ¿Qué había ocurrido? No era posible que Juan, en tan poco tiempo, lo hubiese copiado, ni se podía pensar que hubiese penetrado en la habitación del maestro, muy distante de la casa en que se hospedaba el discípulo. ¿Qué explicación tenía aquello? El Siervo de Dios lo confesó: “¡He soñado!” Es decir, había sonado el tema todo entero antes de ir a clase.

Otra noche soñó que su hermano Antonio lo había encontrado en la calle y le había dicho:

—Me siento con fiebre; no puedo tenerme en pie, tengo que descansar.

Por la mañana refirió el sueño a sus compañeros, los cuales súbitamente exclamaron:

—Ciertamente; es como dices.

Y así era, en efecto; se lo fue a decir aquella misma tarde su hermano José.

Por éste y otros actos semejantes, sus compañeros lo llamaron “el soñador”.

Nosotros no juzgamos estos hechos, ni tratamos de dar su explicación; pero toda la vida de Don Bosco es un tejido de acontecimientos tan maravillosos, que no es posible dejar de reconocer en ellos la asistencia directa de Dios. El Santo mismo, al hablar de estos sueños, dijo varias veces:

—Llamadlos sueños, llamadlos parábolas, dadles cualquier otro nombre que os plazca; seguro estoy de que, al referirlos, siempre serán provechosos.

Varias veces afirmó él mismo su origen sobrenatural.

* * *

El Siervo de Dios no intimó al principio en Chieri con ninguno de sus condiscípulos.

“En las cuatro primeras clases —escribe— tuve que aprender a mi costa el modo de tratar con los compañeros. Los había dividido mentalmente en tres categorías: buenos, indiferentes y malos. El trato con éstos debía evitarlo absolutamente y siempre, apenas conocidos; a los indiferentes había de tratarlos con cortesía y sólo en caso de necesidad; con los buenos podía contraer amistad, pero intimidad solamente con los mejores, si me convencía de que eran verdaderamente tales. Ésta fue mi firme resolución.”

Entretanto la buena Lucía, al ver su extraordinaria diligencia para cumplir todos los humildes deberes del servicio doméstico, convencida de que era juicioso y piadoso y de que estaba dotado de tan bellas cualidades, resolvió confiarle su único hijo, de carácter bastante vivo, muy aficionado a divertirse y muy poco amante del estudio, y le rogó que le repasara las lecciones, aunque pertenecía a una clase superior a la suya. El Siervo de Dios lo trató como a un hermano, y con tal acierto que, pasados seis meses, el loquillo se había hecho tan bueno y diligente que llegó a ocupar puestos de honor en la clase. La patrona, en recompensa, condonó a Juan toda la pensión mensual, quedando sólo a su cargo los gastos de libros y vestidos.

De esta manera se había convertido en preceptor de jóvenes estudiantes. La Divina Providencia disponía que se ejercitase en este otro ramo de su futuro apostolado durante todo el curso de sus estudios; lo cual hizo con amor y fruto, sin descuidar su perfeccionamiento en aquellas otras cosas que Dios le había hecho practicar anteriormente. Su actividad no tenía descanso; además, aprendió el arte de carpintero.

También en Chieri, como en Murialdo y Castelnuovo, sus condiscípulos se encontraban a gusto en su compañía. Por eso fundó con ellos la “SOCIEDAD DE LA ALEGRÍA”, nombre muy adecuado a aquellas reuniones, porque todos estaban obligados a buscar libros y hablar de cosas y diversiones que contribuyesen a proporcionar la alegría. Por el contrario, estaba prohibido todo cuanto causase melancolía, y especialmente lo que fuese contra la ley de Dios. En efecto, las bases de esta unión eran los siguientes artículos:

1.º Todo miembro de la "Sociedad de la Alegría" debe evitar cualquier palabra o acción que desdiga de un buen cristiano.

2.º Exactitud en el cumplimiento de los deberes escolares y religiosos.

* * *

"Todas las fiestas —escribe en sus Memorias—, después de la reunión en el colegio, íbamos a la iglesia de San Antonio, donde los Padres Jesuitas enseñaban admirablemente el Catecismo, matizándolo de ejemplos muy bien escogidos, como para no olvidarlos en la vida. Durante la semana, la "Sociedad de la Alegría" se reunía en casa de alguno de los socios para hablar de religión. A estas reuniones asistían libremente los que querían. Nos entreteníamos un poco en amena recreación, en piadosas conferencias, en lecturas religiosas, en rezos, dándonos buenos consejos e indicándonos aquellos defectos personales que cada cual hubiese observado, o de los cuales hubiese oído hablar a los otros. Además de estos amistosos entretenimientos, íbamos a escuchar los sermones y con frecuencia a confesarnos y a recibir la Sagrada Comunión."

Se debe hacer notar aquí que la Religión ocupaba entonces un puesto de honor en los cursos de la Segunda Enseñanza. Así, pues, los jóvenes de entonces estaban defendidos de graves peligros morales. El rey Carlos Alberto había nombrado en 1831 una comisión con encargo de velar para que no se introdujesen en el Estado publicaciones irreligiosas, inmorales y subversivas; y sus órdenes se cumplían celosamente. No hay por qué encarecer cuánto vigilaban los maestros las lecturas de los alumnos.

"Esta religiosa y severa disciplina —afirma Don Bosco— producía maravillosos efectos."

Escribe también:

"Mi más afortunado cuidado fue la elección de un confesor estable en la persona del teólogo Maloria, canónigo de la colegiata de Chieri.

Siempre me recibió con gran bondad, cuantas veces acudí a él. Además, me animaba a confesarme y a comulgar con mayor frecuencia. Creo que le debo el no haberme dejado arrastrar por los compañeros a ciertos desórdenes, que los jovencitos inexpertos tienen harto que lamentar en los grandes colegios."

No contento con dar buen ejemplo, movido por su gran celo en favor de sus compañeros, el Siervo de Dios se industriaba para llevar a la iglesia aun a los que no pertenecían a la "Sociedad de la Alegría", valiéndose de juegos variados y de los paseos, con preferencia fuera de la ciudad, a alguna parroquia o santuario.

Vivo fue siempre en él el recuerdo del gran consejo que le dio su madre cuando lo condujo a la escuela de Castelnuovo: "¡Sé devoto de la Virgen!" Juan prefería en Chieri la iglesia de "Santa María della Scala", llamada vulgarmente la Catedral. También allí, en el mes de mayo, deseoso de ofrecer a la Virgen un hermoso ramo de flores, reunía a los más díscolos y los inducía a confesarse.

Terminado el año escolar de 1831-32 volvió a Castelnuovo, en donde implantó entre sus amigos la "Sociedad de la Alegría".

Ya en su casa sintió Juan la necesidad de completar los estudios. Con tal objeto recurrió al teólogo José Vaccarino, párroco de Buttigliera de Asti. Pero como éste se hallaba muy ocupado, Juan viose obligado a estudiar solo. Con todo, cierto día el párroco Don Dassano, que conocía el deseo del joven de que alguno le repasase el latín, como lo encontrase durante la comida con un libro de autor latino en la mano, lo interrogó sobre sus estudios, le hizo leer en alta voz un trozo de aquel autor y quedó admirado de la corrección de su pronunciación y del modo excelente y atinado con que el joven estudiante recorría aquella página. Así, pues, subió a ver a Margarita y le dijo:

—Lléveme a su Juan a la parroquia y arreglaremos un asunto.

Al día siguiente se apresuró Margarita a responder a la

invitación del párroco, el cual, para examinar a Juan, le indicó varias páginas de un libro suyo para que las estudiara de memoria, encargándole que volviese al cabo de unos días para recitarlas. Juan se retiró, y después de algunas horas compareció en la sala del párroco. Sorprendido Don Dassano, le preguntó por qué motivo volvía tan pronto, y cuando oyó que había aprendido la lección, al principio no quiso creerlo y trató de despedirlo; pero Juan insistió respetuosamente, obtuvo permiso y recitó con facilidad aquellas páginas sin tropiezo alguno. Don Dassano, lleno de asombro ante aquella maravilla, mirándole fijamente, le dijo:

Pues bien, te daré clase; y tú, si no tienes inconveniente, me limpiarás y cuidarás el caballo.

El vicario, que estaba presente, añadió:

—La clase se la daré yo; hay que esperar mucho bueno de este joven.

Así, pues, puntualmente todas las mañanas salía Juan de su casa, asistía a la lección de aquel buen sacerdote, bastante instruido en literatura latina e italiana, y cumplía la obligación contraída de tener en orden la cuadra. Tampoco aquí estuvo un momento ocioso. En los días en que el párroco no necesitaba el caballo, Juan lo sacaba a paseo; cuando se encontraba en campo libre lo ponía al galope y corriendo a su lado, saltaba a la grupa, cabalgaba y con maravillosa agilidad conseguía ponerse de pie en los lomos del caballo mientras éste continuaba su carrera. Era su único recreo. El resto del tiempo lo dedicaba al estudio, a festivas reuniones en "Sussambrino" o en Becchi y a las prácticas de piedad.

Cuando llegó noviembren volvió a Chieri a casa de doña Lucía Matta, la cual, al confiarle de nuevo a su hijo, lo dispensó del pago de la pensión y de procurarse la comida. Así, seguro de sí mismo, ingresó en la clase de Gramática, o tercera del Instituto. Esto era para él un triunfo.

Su profesor fue el Padre Domingo Giusiana, de la Orden de Predicadores, al cual Juan tenía grande afecto, y de él también era singularmente amado. El buen discípulo lo me-

recía. "¡Ya en aquel tiempo era un santo!", exclamaba con entusiasmo y con ternura un compañero suyo.

Como era conocida su piedad, su buena conducta y su extraordinario aprovechamiento en los estudios, muchas familias lo solicitaban para que repasara las asignaturas a sus hijos, aun de clases superiores. Muchos le invitaban a tomar parte en pasatiempos familiares, que aceptaba cuando no eran con perjuicio de su virtud o de sus estudios.

Cumplía entonces los dieciocho años y aún no había recibido el Sacramento de la Confirmación. En aquellos tiempos la administración del Santo Crisma era poco frecuente en los pueblos. Fue confirmado en Buttigliera de Asti, el 4 de agosto de 1833, por Monseñor Juan Antonio Gianotti, Arzobispo de Sássari.

A fines de aquel año escolar las escuelas de Chieri recibieron la visita del "Magistrado de Reforma", o Inspector, en la persona del abogado y profesor Don José Gazzano, hombre de mucho mérito, enviado para presidir la Comisión examinadora y comprobar el estado de los estudios. Era el terror de los estudiantes, porque era tremendamente justo e inexorable. Dictó el tema para los exámenes escritos, y recogidas las composiciones, marchó de improviso a Turín. Desde allí envió las calificaciones, que distaron mucho de ser buenas. Sin embargo los condiscípulos de Juan, en número de cuarenta y cinco, pudieron pasar a la clase superior de Humanidades. Él corrió gran peligro de continuar en la clase en que estaba, por haber dado a otros copia de su trabajo; pero el Reverendo Padre Giusiana le procuró un nuevo tema, que le valió ser promovido por unanimidad de votos a la clase superior. Evidentemente, habíase granjeado las simpatías de Don Gazzano, que fue con él muy benévolo al concederle nuevo examen. También le renovaron la dispensa de los derechos escolares.

Según la costumbre, fue a pasar las vacaciones con su familia. En los días festivos reunía en Becchi a los muchachos del pueblo para instruirlos en el Catecismo, y también

para enseñarles a leer y escribir, pidiendo como única retribución que una vez al mes fuesen a recibir los Santos Sacramentos. (Éstos fueron los asomos de las escuelas dominicales y nocturnas para los pobres hijos del pueblo, agregadas por él a los Oratorios Festivos.) En los días laborables cuidaba de sus propios estudios, descansando de la fatiga mental con trabajos de carpintero, herrero, sastre y zapatero.

* * *

Aquellas vacaciones señalaronse por un solemne acontecimiento. El piadosísimo clérigo José Cafasso celebró el 22 de septiembre su Primera Misa en Castelnuovo, en medio del júbilo y fiestas de sus paisanos. Juan debió de llorar de santa envidia cuando lo vio subir al altar. Pero si antes anhelaba con tanto deseo hacerse sacerdote, ahora, según él refiere, experimentaba cierto temor reverencial ante la idea de la sublimidad de tal estado, de su propia miseria y de los graves deberes que habría de contraer con Dios. En Chieri había frecuentado el convento de los Franciscanos, y uno de aquellos Padres, al conocer sus raras cualidades, le sugirió la idea de hacerse religioso para evitar mejor los peligros del mundo. Su madre Margarita siempre le dejó en libertad de elegir estado. Si alguna vez el hijo le preguntaba lo que pensaba y deseaba de él, invariablemente le daba esta contestación:

—¡No deeso otra cosa de ti, sino tu salvación eterna!

Pero él juzgó que todavía no era llegado el tiempo de manifestarle sus proyectos; en cambio, se los comunicó a su párroco al pedirle los documentos necesarios para su admisión.

Entretanto llegó el tiempo de volver a Chieri, y como la señora Matta había levantado la casa de aquella ciudad, porque su hijo había terminado los estudios, era preciso buscar una nueva pensión para Juan. Margarita aprovechó la oportunidad de que su primo José Pianta iba a abrir un café en

Chieri, y le rogó que admitiera a su hijo en su casa. Pianta propuso a Juan que desempeñara el oficio de mozo de café, a lo cual condescendió éste para estar más cerca de la habitación de su profesor Don Banaudi. Un estrecho hueco encima de un pequeño horno construido para cocer dulces de repostería, al cual se subía por una escalerilla, fue el lugar que le destinaron para dormir; por poco que se estirase en el camastro, los pies le salían, no sólo del incómodo jergón, sino de la misma abertura del vano.

“Aquella pensión —observa Don Bosco— era por cierto bastante peligrosa por causa de los parroquianos; pero como vivía con buenos cristianos y continuaba tratando con ejemplares compañeros, pude ir adelante sin daño moral alguno.”

Encargado alguna vez de anotar los tantos a los jugadores de billar, iba Juan a la sala leyendo un libro, y así impedía con su digno porte y su decorosa conversación las expresiones libres de los jugadores. Aprendió entonces a hacer con tal maestría licores y confites, que Pianta le hizo ventajosas ofertas para que se dedicase a aquel oficio. Se adiestró un poco también en la cocina, procurándose así poco a poco todos los conocimientos necesarios para la administración de un albergue de caridad.

* * *

Para aliviar a su madre y para asegurarse el porvenir deseó hacerse religioso.

El párroco de Castelnuovo juzgó prudente en aquel entonces comunicar a Margarita la resolución tomada por su hijo de hacerse franciscano y le recomendó que lo disuadiese. La buena Margarita agradeció al párroco esta confidencia; pero en cuanto al consejo que le dio, no dejó traslucir su opinión. Inmediatamente fue a Chieri, se presentó a Juan y con su acostumbrada sonrisa le dijo:

—El párroco, movido por su bondad, ha estado a verme y me ha confiado que quieres hacerte religioso. ¿Es verdad?

—Sí, madre mía. Creo que no tendrá usted nada que oponer.

—Lo que yo quiero es que medites el paso que vas a dar; después, sigue tu vocación sin consideración a nadie. Lo primero es la salvación de tu alma. El párroco querría que yo te disuadiese de esta decisión, por la necesidad que tendría de ti más adelante. Pero yo te repito que, en estas cosas, no me meto, porque Dios es primero que todo. No te preocupes de mí. Yo no deseo nada de ti; nada espero de ti. Tenlo bien presente: he nacido en la pobreza, en la pobreza he vivido y en la pobreza quiero morir. Formalmente te lo digo; si te decidieras a ser sacerdote secular y, por desgracia, te hicieres rico, no iré a hacerte ni siquiera una visita. Tenlo bien presente.

Don Bosco, a los setenta y pico de años, tenía aún ante sus ojos el imperioso ademán que tomó su madre cuando le dirigió aquellas memorables palabras; y al repetir aquellas enérgicas expresiones, verdaderamente cristianas, se sentía conmovido hasta derramar lágrimas. He ahí el germen de aquel "Da mihi ánimas, coëtera tolle", que fue el programa que dio a sus discípulos y cooperadores.

Graves fueron las angustias que le turbaron ante la incertidumbre de poder continuar sus estudios y llegar al sacerdocio. Por otra parte, la absoluta carencia de recursos nunca le ocasionó tantos sacrificios como en el estudio de las Humanidades. Era creencia común entre los compañeros que no se alimentaba suficientemente; con frecuencia José Blanchard le daba pan y fruta. Tales estrecheces, con todo, no aminoraron lo más mínimo la actividad y el celo del Siervo de Dios para ayudar a sus compañeros. Entre ellos se encontraban algunos jóvenes hebreos, a los cuales todos los sábados les escribía el trabajo señalado por el maestro, para impedir que procediesen contra su conciencia y se expusiesen a observaciones y críticas poco caritativas de sus compa-

ñeros. Tanta caridad en aquellos tiempos en que los judíos eran apenas tolerados en la sociedad, le ganó de tal manera su corazón, que tuvo el inefable consuelo de conseguir para uno de ellos, llamado Jonás, la gracia de la conversión y del santo Bautismo.

Con amables maneras y oportunas razones logró que Jonás cobrase afecto a nuestra Religión y desease hacerse cristiano. Un día la madre de Jonás, cuando le arreglaba la cama, encontró el catecismo que le había dado Juan y que aquél inadvertidamente había dejado entre el colchón y el jergón. La mujer adivinó la procedencia y se irritó contra Juan, a quien dio no pocos disgustos. El pobre Jonás se vio obligado a huir de su casa; pero Juan lo recomendó a un sacerdote, que lo atendió paternalmente, hasta que, bien instruído e impaciente por hacerse cristiano, fue bautizado con gran solemnidad, y sirvió de buen ejemplo a todos los de Chieri y de estímulo a otros hebreos, de los cuales algunos abrazaron más tarde el Cristianismo.

En aquel mismo año contrajo Juan un compromiso que tiene algo de heroico: dar clase al sacristán mayor de la Catedral, Carlos Palazzolo, quien, no obstante su corto ingenio y su falta de medios y embargado por las ocupaciones de su oficio, deseaba ardientemente hacerse sacerdote, y con la ayuda de Juan lo logró. ¿Quién no ve en esto un prelude de su futura Obra de los Hijos de María Auxiliadora para promover las vocaciones de los jóvenes adultos al estado eclesiástico?

Por medio del sacristán, trabó conocimiento con el campanero de la Catedral, Domingo Pogliano, quien, al enterarse de que la casa de Pianta no era el lugar más adecuado para estudiar con recogimiento, lo invitó para que aprovechase la tranquilidad de su habitación.

Juan, mientras tanto, continuaba extendiendo sus cuidados a los jovencitos del pueblo. En los días festivos iba a buscarlos por calles y plazas y los conducía con santas industrias al Catecismo.

“Durante las tardes de primavera —atestigua Don Santiago Bosco—, sus compañeros, en número de veinte y más, iban a reunirse junto a un puente fuera de la ciudad de Chieri y allí lo esperaban, unos apoyados, otros montados sobre el parapeto. Su llegada producía en todos verdadero gozo; se apretaban a su alrededor y él comenzaba a contarles cosas siempre nuevas, variadas y edificantes, y con tanto agrado, que una hora parecía un minuto. Cuando por alguna ocupación no acudía a la cita, todos quedaban descontentos y suspiraban por verle en la tarde siguiente.”

Juan, en efecto, era el alma de todas las diversiones. Conocía toda clase de juegos, y como tenía mucha memoria, retenía una gran parte de los clásicos, especialmente poetas, como Dante, Petracca, Tasso, Parini, Monti y otros muchos, de modo que le resultaba facilísimo tratar de improviso cualquier tema. “A fuerza de hacer versos y rimas —refiere él mismo—, había adquirido un hábito tal de rimar las palabras que, cuando después comencé a predicar, todos notaban la abundancia de vocablos rimados que salían de mi boca, hasta el punto que me costó gran trabajo remediar aquel defecto.”

* * *

Pero siempre perseveraba en él el deseo de hacerse religioso. Al aproximarse la fiesta de Pascua fue llamado para presentarse en el convento de Santa María de los Angeles, de Turín, y hacer el examen de admisión. Fue aceptado a mediados de abril. Todo estaba preparado para entrar en el convento de la Paz en Chieri, cuando pocos días antes de la fecha señalada, tuvo un sueño muy extraño que parecía disuadirlo de la determinación tomada; mas esto no le hizo retroceder. Persuadido de que Dios dispondría los acontecimientos de modo que lo condujesen por el camino por donde Él quería llevarlo, fue a Castelnuovo para pedir la bendición de su madre, decidido a vestir el hábito franciscano. Margarita no tuvo nada que oponer; como mujer fuerte, lo

despidió sin conmoverse. A pesar de todo, en Castelnuovo le aconsejó el herrero Evasio Savio, amigo y admirador suyo, que consultase antes a Don José Cafasso, y éste le disuadió de ingresar en la Orden Franciscana o en cualquier otra.

—Continúe tranquilamente sus estudios —le dijo el hombre de Dios—; entre en el Seminario y secunde lo que Dios le está preparando.

¿Conocía entonces San José Cafasso la misión que se destinaba a Juan? De todos modos era un gran psicólogo y director de almas.

Margarita, cuando supo la última determinación de su hijo, se mostró igualmente contenta.

—¡Con tal que se haga la voluntad de Dios! —decía ella.

Parece que esta divina voluntad confirmó a Juan en sus designios, aquel mismo año, con otro sueño. Leemos en sus Memorias: “El sueño de Murialdo se repitió cuando tenía diecinueve años de edad, y otras veces después.” También en esta ocasión un misterioso personaje, vestido de blanco y radiante de luz esplendísimas, le ordenó que guiase una turba innumerable de jovencitos.

CAPÍTULO VIII

Compañerismo

En aquel año de 1834 su habilidad en la gimnasia y deportes fue causa de un hecho singular. Un saltimbanqui, en los días de fiesta, con sus juegos apartaba a mucha gente de las funciones religiosas. Invitado a desistir de sus juegos, al menos durante los actos religiosos que se celebraban en San Antonio, el descreído se echó a reír, y orgulloso de su habilidad, se jactaba de superar en destreza a todos los jóvenes del colegio, a los que desafió, seguro de vencerlos. Los estudiantes se ofendieron de semejante provocación, y Juan, por compañerismo, dijo que aceptaba el reto de aquel charlatán en cualquier ejercicio gimnástico. El saltimbanqui tomó al vuelo el desafío, burlándose de su retador. El lugar elegido fue el paseo de la Porta Torinese. La apuesta era de veinte liras. Juan no las tenía; pero los socios de la "Sociedad de la Alegría" las aprontaron. Todos los escolares y gran muchedumbre de gente acudieron a presenciar el espectáculo. Grandes carteles anunciaban: "*Desafío entre un estudiante y un saltimbanqui de profesión.*"

La primera prueba era de *velocidad*.

Se eligieron los jueces. Juan se despojó de la chaqueta para estar más suelto en los movimientos, hizo la señal de la cruz y se encomendó a la Virgen como acostumbraba en todas las circunstancias de su vida, grandes y pequeñas. Empieza la carrera; su rival le aventaja en algunos pasos; pero él recupera al punto el terreno y lo deja tan atrás,

que su contrario se detiene a mitad de carrera y se da por vencido.

—Te desafío a *saltar*, y tendré el gusto de verte caer y bañarte en una acequia —dijo a Juan el saltimbanqui—; pero ahora apuesto cuarenta liras, o más, si quieres.

Los estudiantes que habían aprontado la primera cantidad aceptaron el desafío. El charlatán escogió el sitio junto al parapeto de un pequeño puente sobre un canal. Los competidores, rodeados por numerosa turba, se dirigieron al sitio indicado. El canal era ancho y estaba lleno de agua. Saltó primeramente el saltimbanqui y llegó con los pies tan cerca del parapeto, que no le fue posible avanzar y se vio obligado, para no caer en el canal, a abrazarse a un árbol de la orilla. Estaban todos en suspenso y atentos para ver qué haría Juan, porque parecía imposible saltar más allá del límite alcanzado por el titiritero. Pero su maña le ayudó. Dio el mismo salto, pero con la diferencia de que tocó con las manos el parapeto, se apoyó sobre él fuertemente y saltó del otro lado. Los aplausos fueron generales.

—Quiero hacer todavía otra apuesta: escoge cualquier juego de habilidad —gritó el charlatán despechado.

Juan aceptó y escogió el juego de *la varilla mágica*, con la apuesta de ochenta liras. Toma una varilla, coloca en una extremidad un sombrero, después apoya la otra punta en la palma de la mano; luego, sin tocarla con la otra, la hace saltar sobre el extremo del dedo meñique, del anular, del medio, del índice y del pulgar; seguidamente, sobre los nudillos de la mano, sobre el codo, sobre el hombro, sobre la barba, sobre los labios, sobre la nariz, sobre la frente; a continuación, rehaciendo a la inversa el mismo camino, volvió la varita a la palma de la mano.

—No temo perder —dijo el charlatán a su contrario—; éste es mi juego predilecto.

Tomó la misma varita, la hizo caminar con maravillosa destreza hasta los labios, pero como tenía la nariz un poco larga, tropezó la varita y perdió el equilibrio, por lo que le

fue necesario asirla con la otra mano para que no cayese en tierra.

El pobre hombre, al ver que su patrimonio se esfumaba, montó en cólera y dijo:

—Prefiero cualquier otra humillación, pero no el ser vencido por un estudiante. Todavía tengo cien francos; los apuesto. Son para aquel que de los dos llegue con los pies más cerca de la copa de aquel árbol.

Y señaló un olmo, altísimo, junto al paseo.

Los estudiantes aceptaron también esta vez, y como no querían arruinarlo, casi deseaban que venciese. El saltimbanqui se abrazó al tronco del olmo, subió el primero y listo como una ardilla llegó de rama en rama a tal altura que, de subir un poco más, aquélla se habría doblado y roto. Todos los espectadores decían que no era posible subir más arriba.

—¡Esta vez has perdido! —dijeron algunos a Juan.

Pero éste intentó la prueba. Subió hasta donde era posible sin encorvar las ramas; después, agarrándose con fuerza y haciendo una vigorosa flexión de brazos levantó el cuerpo y puso los pies un metro más arriba que su competidor, sobrepasando la copa misma del árbol.

Un historiador ve en esta prueba un símbolo de la personalidad de Don Bosco.

¿Quién puede expresar las aclamaciones de la muchedumbre, el gozo de sus compañeros, la satisfacción del vencedor, la rabia del saltimbanqui? Suerte para él fue que, en medio de su desolación, los estudiantes procuraron consolarlo. Movidos a compasión, le restituyeron todo el dinero, a condición de que pagase una comida en la posada del Mulletto. Él aceptó agradecido. En número de veintidós, tantos eran los partidarios de Juan, fueron a disfrutar, en medio de la mayor cordialidad, de un modesto banquete que costó (no por cabeza, sino en conjunto) cuarenta y cinco liras y todavía permitió al charlatán reembolsarse ciento noventa y cinco.

Mientras fue seglar continuó sirviéndose Juan de estas

habilidades para introducirse en los círculos de sus condiscípulos y conocidos, sobre todo cuando temía que en ellos se sostuviesen murmuraciones o conversaciones poco decentes.

* * *

El lector, al ver a Juan tan diestro en los juegos, tan decidido en este desafío y tan audaz en medio de la multitud, tal vez creerá que habitualmente se conduciría como un desaprensivo. No era así. Sólo se adaptaba a las circunstancias. A sacerdotes ejemplares, condiscípulos suyos, hemos oído decir que, de joven, tenía el mismo continente que a los setenta años: afable, cariñoso, un tanto grave, reservado en el trato y en los gestos, parco en las palabras.

Hacia fines del año de Humanidades 1833-34, llegaba a Chieri, desde Turín, el profesor Lanteri, para asistir a los exámenes de fin de curso. Cuando llegó el día de la prueba, se vio que Juan estaba muy bien preparado. Interrogado en griego, respondió a maravilla. Luego el profesor Lanteri tomó un volumen de Cicerón y le preguntó:

—¿Qué le parece que expliquemos de Cicerón?

—Lo que guste.

El profesor Lanteri abre el libro y le pregunta una página de las "Paradojas".

—¿Quiere traducir?

—Como guste; y si me lo permite, estoy dispuesto a recitarlas de memoria.

—¿Es posible?

Y sin más preámbulos, comenzó Juan a recitar el título en griego, y prosiguió.

—¡Basta! —exclamó estupefacto el profesor Lanteri—. Déme la mano; quiero que seamos amigos de verdad.

Y se puso a hablar con él de cosas ajenas a la escuela.

Vuelto a casa, mientras, según lo acostumbrado, ayudaba a su hermano José en la finca del "Sussambrino", continuó

sus estudios predilectos y sus reuniones con los jóvenes amigos. El nuevo párroco, Don Cinzano, le cobró tanta estima, que llamándolo un día, le dijo:

—Todavía no tengo casa en Castelnuovo y he de ausentarme con frecuencia. Si quieres venir a la casa parroquial para custodiarla, como portero, te doy alojamiento en ella. Así tendrás completa comodidad para estudiar. Pide permiso a tu madre y ven cuanto antes.

Juan aceptó con el mayor gozo. Este encuentro providencial cortó un nuevo orden de ideas que iba formándose en su mente, o por lo menos las cambió de rumbo. En aquellos días acariciaba la idea de consagrarse a las misiones extranjeras, tanto más cuanto entonces en el Piamonte, apenas comenzada, se difundía mucho la "Obra de la Propagación de la Fe". De no intervenir el teólogo Cinzano y otros bienhechores, se habría hecho misionero. No eran veleidades; Dios misericordioso servíase de las contrariedades humanas para hacerle concebir un vivísimo deseo, que no le abandonará hasta ejecutarlo. Juan, no sólo estaba destinado a ser religioso y misionero, sino fundador de institutos religiosos y de vastas misiones extranjeras en lejanos países.

Desde entonces, el teólogo Cinzano y Juan contrajeron estrechísima relación como de padre a hijo (1). Después de tantos años de contradicciones, la Providencia daba una tregua a las pruebas.

Volvió Juan a Chieri para el curso de Retórica —nuestra quinta clase de Bachillerato— y el Vicario de Castelnuovo lo colocó a pensión en casa de un tal Cumino, sastre, por ocho liras mensuales, que él mismo se agenciaba con ayuda de algunas personas benéficas, y en especial de los señores Pescarmona y Sartoris. Al principio estaba mal alojado; después Don Cafasso le obtuvo mejor alojamiento y otras ventajas.

(1) El título de "teólogo" equivalía al de "Doctor en Sagrada Teología".

* * *

En los comienzos de aquel año se hablaba de la llegada de un estudiante santo. Todos lo esperaban con ansia, y Juan más que nadie. Vino, en efecto, un joven de quince años, que bien pronto se atrajo la admiración general por su compostura, su afabilidad y su modestia y por su extremada fidelidad en el deber. Nuestro Santo refiere lo siguiente:

"Es costumbre de los estudiantes pasar el tiempo antes de entrar en clase en bromas, juegos y saltos peligrosos. Los más disipados y menos amantes del estudio son los más aficionados, y de ordinario se hacen célebres en estos pasatiempos. A ellos invitaban al modesto jovencito; pero éste se excusaba siempre diciendo que no era práctico, que carecía de destreza. A pesar de ello, cierto compañero de los más insolentes se le acercó un día mientras, sin cuidarse del alboroto que los otros hacían, estaba ocupado el jovencito en leer o estudiar. Lo asió por un brazo y con palabras y molestas sacudidas, empeñóse en que tomara parte en aquellos inmoderados saltos que se daban en la escuela.

—No, amigo mío, no sé —respondió el otro dulcemente y del todo humillado—, no sé; nunca he jugado así; no soy experto, me expongo a hacer un mal papel.

—Quiero que vengas, sin réplicas; y si no, te haré venir a fuerza de puntapiés y bofetadas.

—Puedes golpearme como quieras, pero yo no sé, no puedo, no quiero...

Aquel perverso y desvergonzado condiscípulo, cuando vio que no cedía, le apretó el brazo, lo empujó y después le dio dos bofetadas que resonaron en toda la escuela. Aquello me dejó asombrado; sentí que la sangre hervía en mis venas y temí que el ofendido contestase al impertinente de la misma manera, tanto más cuanto le superaba en fuerza y en edad. Pero el ultrajado era de un espíritu muy diferente. ¡Cuál no fue mi maravilla cuando el bueno del joven, con la cara amarotada y casi lívida, mirando compasivamente al mal compañero que le había golpeado, le dijo únicamente:

—Si basta esto para satisfacerte, vete en paz; yo estoy contento y te perdono.

Aquel acto heroico me trajo a la memoria lo que había oído de la venida de un santo joven, y cuando pregunté por su pueblo y su nombre, supe que era precisamente el joven Luis Comollo, sobrino del párroco Don Cinzano... Estudiaba él Humanidades; por tanto pertene-

cía a un curso inferior al mío; pero estábamos en el mismo colegio y teníamos el mismo profesor. Desde entonces lo tuve siempre por íntimo amigo, y puedo decir que empecé a aprender de él a vivir como cristiano. Puse toda mi confianza en él, y él en mí."

Se hizo su defensor contra los agresores, y un día, indignado por los ultrajes al santo amigo, agarró a uno de ellos por los hombros y se sirvió de él como de bastón para golpear a los demás. ¿Quién, pudiendo, no hubiera hecho lo mismo al encontrarse en un caso semejante, aun teniendo poco corazón? Pero "lecciones muy distintas —continúa— me daba Comollo".

"Amigo mío —me dijo apenas pudo hablarme a solas—, tu fuerza me espanta; pero créeme, Dios no te la ha dado para acabar con tus compañeros. Él quiere que nos amemos, que nos perdonemos, que hagamos bien a los que nos hacen mal."

Él, en efecto, de índole dulcísima, no riñó nunca con ninguno de sus compañeros, sino que a las injurias y a las burlas respondía siempre con paciencia y afabilidad. Me admiré de la caridad de mi compañero, y poniéndome enteramente en sus manos, me dejé guiar por donde y cómo quería... Recuerdo que un día, charlando con él, pasé por delante de una iglesia sin descubrirme. Al momento me dijo en tono delicado:

—Querido Juan, tanta atención pones en las conversaciones con los hombres, que hasta olvidas la casa del Señor.

Ocurrió otra vez que, bromeando, me servía aturdidamente de unas palabras de la Sagrada Escritura que había oído de un sacerdote. Comollo me reprendió con viveza, diciéndome que no debían hacerse chistes con las palabras del Señor.

"... Hablaba con arrobamiento del inmenso amor de Jesús al darse a nosotros como alimento en la Sagrada Comunión. Cuando hablaba de la Santísima Virgen se le veía estremecerse de ternura, y después de haber narrado u oído referir

alguna gracia concedida al cuerpo, al acabar se le enrojecía la cara y a veces, rompiendo en lágrimas, exclamaba:

—Si María favorece tanto este miserable cuerpo, ¿cuántos favores no concederá a las almas? ¡Ah, si todos los hombres fuesen verdaderamente devotos de María, qué felicidad habría en este mundo!"

* * *

Juan, mientras tanto, continuaba mostrando sus habilidades de prestidigitador. Se había hecho en esto tan notable, que alguien llegó a creer que era un mago o se hacía ayudar por el demonio.

A esto contribuía el mismo dueño de la casa, Tomás Cuminio, hombre de más que regular corpulencia y más bien gordo que flaco. Era éste un fervoroso cristiano, que, ello no obstante, gustaba mucho de la broma, y Juan, explotando su índole, es decir, su mucha y alegre curiosidad, le hacía siempre alguna de las suyas. El día de su Santo preparó Cuminio con gran esmero un pollo con gelatina para sus pensionistas; pero colocado el plato en la mesa y descubierto, saltó un gallo, que echó a cantar revoloteando, con maravilla de todos.

Otra vez hizo hervir en una olla unos macarrones, y en el momento de volcarla en la sopera, se vio caer un "alud" de salvado muy enjuto. Con mucha frecuencia, después de haber llenado la botella de vino, al verterla, salía agua, y queriendo beber agua, se encontraba el vaso lleno de vino. De un modo semejante, las confituras se convertían en rebanadas de pan, el dinero del bolsillo en pedazos de hojalata mohosa, el sombrero en cofia y las nueces y avellanas en pequeños fragmentos de escombros. A menudo le desaparecían los anteojos, y después los encontraba en la faltriquera, que antes había registrado hasta volverla del revés. Un objeto cuidadosamente guardado, como una cartera, a una señal de Juan se le aparecía delante, mientras otro, que tenía en la mano,

en un abrir y cerrar de ojos se perdía. El buen hombre estaba aturdido. Cierta día ocurrió que, hecha la apuesta de presentar una llave que se sabía con seguridad que estaba en otra parte, la encontraron en el fondo de la sopera, apenas la desocuparon de la sopa que contenía.

* * *

A vista de semejantes bromas, que eran casi diarias, el bueno de Tomás sacó esta conclusión: "Los hombres no pueden hacer estas cosas; Dios no pierde el tiempo en ellas; ¡luego son obra del demonio!" Y estaba casi decidido a despedir a Juan de su casa. Pidió, pues, consejo a un sacerdote, convecino suyo, el cual, a su vez, se decidió a referir la cosa al delegado de las escuelas, el canónigo Burzio, arcipreste y cura de la Catedral. El campanero, Domingo Pogliano, en cuya casa estudiaba Juan, fue encargado de avisar al joven para que se presentase al señor cura, a fin de ser examinado. Aunque Pogliano, que conocía a fondo a Juan, intentó tranquilizar al sacerdote, no lo consiguió.

El canónigo Burzio era un respetabilísimo sacerdote, bastante instruido, piadoso y prudente. Condujeron a Juan a su presencia, mientras aquél rezaba el Breviario, y cuando acababa de dar algunas monedas a un pobrecito. El bueno del canónigo, mirándolo sonriente, le indicó que esperase un poco; después le invitó a seguirle hasta su despacho. Le interrogó sobre la Fe, es decir, sobre el Catecismo. Juan respondió a maravilla; pero como preveía a dónde iba a parar aquel interrogatorio, apenas podía contener la risa. El arcipreste le preguntó cómo empleaba el día, y la respuesta fue por todo extremo satisfactoria. Franca fue también la expresión del joven, razonables las explicaciones y en sus maneras sin sombra de engaño. Pero el examinador no estaba todavía satisfecho; con palabras corteses, aunque con aspecto severo, le habló de las sospechas de magia que se le atribuían y le preguntó quién le había enseñado aquel arte.

Sin descomponerse le pidió Juan cinco minutos de tiempo para responderle y... le preguntó qué hora era. El canónigo se llevó la mano al bolsillo y no encontró su reloj.

—Si no tiene reloj, déme una moneda de cinco sueldos.

El canónigo registró sus bolsillos y, no encontrando el portamonedas, exclamó:

—¡Bribón! Tú eres servidor del demonio o el demonio te sirve a ti! ¡Me has robado el reloj y el portamonedas! ¡No puedo callar; tengo que denunciarte!

Ante esta arremetida, Juan permaneció tranquilo y sonriente, en forma tal, que el canónigo se aquietó algo y repuso:

—Tratemos el asunto pacíficamente; explícame estos misterios. ¿Cómo es que mi reloj y mi portamonedas han salido de mi bolsillo sin advertirlo yo? ¿A dónde han ido a parar esos objetos?

—Señor arcipreste —respondió respetuosamente Juan—; se lo explicaré todo en pocas palabras. Todo es destreza de manos, previa inteligencia o cosa preparada.

—¿Qué inteligencia ni qué cosa preparada podía haber con mi reloj ni con mi portamonedas?

—Lo entenderá al punto. Cuando llegué a su casa, usted estaba dando limosna a un pobre y dejó el portamonedas sobre un reclinatorio. Al entrar en otra habitación puso el reloj en esta mesita. Yo tomé y escondí el uno y el otro, y usted creía tener consigo ambos objetos, y ahora se encuentran debajo de esa pantalla.

Y así diciendo, la levantó y aparecieron las cosas que creía se había llevado el demonio.

Rió no poco el digno eclesiástico e hizo que Juan ejecutara algunos juegos de prestidigitación. Cuando pudo entender cómo aparecían y desaparecían los objetos, se regocijó mucho, hizo a Juan un pequeño obsequio y acabó por decirle:

—¡Cuán cierto es que *ignorantia est mater admirationis!*

Juan continuó, pues, con sus juegos, haciéndose famoso

especialmente en enviar los objetos a lugares lejanos y hacerlos venir de ellos en medio de la concurrencia; a causa de esta destreza los amigos, al sobrenombre de "soñador", le añadieron el de "mago".

* * *

"Al verme pasar los días en tanta disipación —advierde aquí él—, alguien podrá pensar que yo descuidaba los estudios. No oculto que podía haber estudiado más; pero puedo asegurar que la atención que ponía en clase me bastaba para aprender cuanto me era necesario; tanto más cuanto entonces no había para mí distinción entre leer y estudiar, pues podía fácilmente repetir la materia de un libro que hubiese leído u oído leer. Además, como mi madre me había habituado a dormir poco, podía emplear dos tercios de la noche, si así lo quería, en los libros, a la luz de una lamparilla, y ocupar casi todo el día en cosas de mi libre elección, como dar a otros clases particulares o repaso de lecciones; lo cual, si bien lo hacía por caridad o amistad, algunas veces me valía una retribución adecuada.

Había entonces en Chieri un librero judío, llamado Elías, con quien trabé conocimiento suscribiéndome a la lectura de los clásicos italianos; por un sueldo cada volumen, me lo facilitaba para leerlo y devolvérselo, una vez que me había servido de él. De estos volúmenes de la biblioteca popular me leía uno cada día. El curso del cuarto año del Instituto lo empleé en la lectura de los autores italianos. El curso de Retórica lo ocupé en los clásicos latinos, empezando por Cornelio Nepote, y siguiendo con Cicerón, Salustio, Quinto Curcio, Tito Livio, Cornelio Tácito, Ovidio, Virgilio, Horacio y otros. Leía aquellos libros por entretenimiento y los saboreaba creyendo haberlos entendido perfectamente. Sólo más tarde advertí que me equivocaba; porque cuando fui sacerdote y hube de explicar a otros aquellas celebridades clásicas, conocí que apenas con gran estudio y mucha preparación conseguía penetrar su justo sentido y su belleza. Pero los deberes escolares, las ocupaciones del repaso a otros, la mucha lectura requerían el día y una buena parte de la noche. Ocurría varias veces que, llegaba la hora de levantarme y todavía me encontraba con las décadas de Tito Livio entre las manos, cuya lectura había comenzado la noche anterior. Estas cosas me arruinaron de tal modo la salud, que durante varios años de mi vida parecía siempre estar cerca de la tumba. Por consiguiente, aconsejaré siempre a los jóvenes que hagan sólo lo que puedan, y no más. La noche se ha hecho para el descanso. Exceptuado el caso de necesidad, después de la cena nadie debe ocuparse en cosas

científicas. Un hombre robusto resistirá algún tiempo, pero no dejará de perjudicar siempre su salud."

La tenacidad de su memoria era en Juan un don extraordinario de Dios, que no dejó enmohecer, pues estudiaba no sólo los pasajes salientes de las obras, sino del todo enteras. Así leyó los más célebres comentadores, clásicos latinos e italianos y todas las gramáticas que le vinieron a las manos.

Contrajo en Chieri estrecha amistad con el joven Ángel Strambio, de Pinerolo, su compañero de clase en los años anteriores. Cuando vinieron las vacaciones de Pascua de 1835 los padres del amigo, que conocían la delicadeza y bondad de Juan, lo invitaron a pasar algunos días en su casa, y aceptó de buen grado. Él mismo nos dejó la descripción de este viaje; y es el único escrito que de sus tiempos de estudiante de Bachillerato nos ha quedado.

Por él sabemos que hizo entonces varias excursiones. Fue a Barge a casa de su profesor don Banaudi, que lo recibió llorando de consuelo, y no sabía separarse de él. Con su amigo llegó hasta Fenestrelle, valiéndose de un cochecito que les facilitó el célebre comediógrafo Alberto Nota. A la vuelta les sorprendió un viento tan furioso, que corrieron peligro de ser precipitados por la pendiente del monte; pero la Providencia velaba por ellos y se refugiaron en una cueva en donde permanecieron hasta que cesó el viento.

Aníbal Strambio, que fue cónsul en Marsella, conservó siempre un tierno afecto por Don Bosco. En 1881, cuando se publicaron los decretos de expulsión de los religiosos, cooperó eficazmente a la salvación de las casas salesianas de Francia.

* * *

Al término de aquel último año de Instituto tuvo que soportar Juan nuevas angustias por causa de su vocación. Aterrado por los peligros que se encuentran en el mundo, volvía de nuevo a sentirse incierto sobre la elección entre el Se-

minario o el Claustro. Después de muchas reflexiones decidióse nuevamente a entrar en la benemérita Orden de los Franciscanos, convencido de que así no impediría la marcha de los destinos que Dios le hubiera fijado. Pero habiendo tomado consejo de Don Comollo, tío de su amigo Luis, se le dijo que suspendiera tal determinación. También Don Cafasso y su párroco, Don Cinzano, a quien había manifestado sus nuevas dudas, fueron de parecer que ingresase en el Seminario y esperase hasta edad más madura para hacerse religioso.

El Siervo de Dios obedeció y hubo de convencerse de lo mucho que vale, en el asunto de la vocación, tomar consejo de personas doctas y piadosas.

Después de un brillante resultado en el examen para vestir el hábito clerical, se despidió de los superiores del colegio y marchó para pasar las acostumbradas vacaciones. El doctor teólogo Bosco y otros distinguidos personajes decían que fue cosa maravillosa ver cómo Juan supo ganarse, no sólo el corazón de sus compañeros, sino el del Prefecto de Estudios, del Director Espiritual y de todos sus profesores; estos últimos le conservaron profundo afecto, en forma tal, que siempre lo tuvieron por confidente y amigo.

Pero al acercarse el tiempo de recibir el hábito clerical, faltándole medios materiales, tropezó con graves dificultades para entrar en el Seminario; tanto más cuanto aquel ingreso le era necesario para eximirse del servicio militar, pues ya había cumplido los veinte años. San José Cafasso, de acuerdo con Don Cinzano, decidió recurrir a la generosidad del canónigo Luis Guala, director y fundador del "Colegio Eclesiástico de San Francisco de Asís", en Turín, quien tenía gran influencia con el Arzobispo Fransoni. Así, el teólogo Cinzano llamó a Juan una mañana y sin decirle el porqué, lo condujo a Rivalta, donde el teólogo Guala veraneaba en una vasta finca de su propiedad. Riquísimo señor, era también muy caritativo, pues socorría a todos cuantos necesitaban ayuda. El teólogo Cinzano hizo que examinara a Juan,

y tanto dijo en su favor, que consiguió su ingreso gratuito por aquel año en el Seminario.

Faltaba todavía proporcionarle el traje talar, que la pobre Margarita no podía comprarle. Don Cinzano habló a algunos feligreses que aceptaron al punto contribuir a tan buena obra. El señor Sartoris le procuró la sotana, el caballero Pescarmona el sombrero, Don Cinzano mismo le dio su manteo, otro le compró el alzacuello y el bonete, otro, las medias; una señora recogió lo necesario para proveerle, según parece, de un par de zapatos. He aquí el medio que la Divina Providencia usará también en adelante para venir en ayuda de nuestro Juan; se servirá de la cooperación de muchas personas generosas para sostener a su fiel Siervo en las obras en que haya de poner su bienhechora mano. Nosotros mismos, dice el Padre Lemoyne, hemos oído decir al Santo repetidas veces: "Yo tuve siempre necesidad de todos."

CAPÍTULO IX

En el Seminario

Persuadido de que la salvación o la perdición eterna dependen ordinariamente de la elección de estado, Juan Bosco se preparó con gran recogimiento para vestir el hábito eclesiástico, encomendándose a las oraciones de los amigos y haciendo él mismo una fervorosa novena. La memorable ceremonia se celebró el 25 de octubre de 1835, en la iglesia parroquial de Castelnuovo, antes de la Misa Mayor, ante un nutrido concurso de jóvenes que acudieron de las comarcas y pueblos circunvecinos. Edificante es la narración que de este acto dejó el mismo Santo:

“Cuando el párroco ordenó que me despojase del traje de seglar con estas palabras: *Exuat te Dominus veterem hominem cum actibus suis*”, dije dentro de mi corazón: “¡Oh cuánta cosa vieja tengo que quitarme! ¡Dios mío, destruíd en mí todos mis malos hábitos!” Cuando al darme el alzacuello añadió: *Induat te Dominus novum hominem, qui secundum Deum creatus est in justitia et sanctitate veritatis*”, me sentí muy conmovido y añadí para mí. “Sí, Dios mío, haced que en este momento vista yo un hombre nuevo, es decir, que desde este momento comience una nueva vida, toda según vuestra divina voluntad, y que la justicia y la santidad sean el objeto constante de mis pensamientos, palabras y obras. Así sea. ¡Oh María, sed mi salvación!”

Terminada la función de iglesia, el párroco quiso llevarlo a la fiesta de San Rafael Arcángel, que se celebraba en Bardella, caserío de Castelnuovo. Clérigo nuevo y deseoso de recogimiento, estimó que la cosa era poco oportuna y en este

sentido contestó al párroco. Pero éste insistió, aduciendo que lo necesitaba para las funciones de la iglesia. Entonces Juan, para no desagradarle, se resignó; pero pasó el día bastante triste.

“Mi párroco lo advirtió —dice él—, y al volver a casa me preguntó por qué en un día como aquél, de pública alegría, me había mostrado tan reservado y pensativo. Le respondí con toda sinceridad que la función celebrada por la mañana discordaba en género, número y caso de la de la tarde, y añadí:

—El ver también a aquellos de quien menos lo esperaba hacer de bufones en medio de los convidados, medio borrachos, casi me inspiró horror mi vocación. Si supiese que habría de ser un sacerdote como aquéllos, preferiría quitarme la sotana y vivir como pobre seglar, pero buen cristiano, o retirarme del mundo y hacerme cartujo o trapense.

—El mundo es así —me respondió el párroco—, y hay que tomarlo como es. Hay que conocer el mal y evitarlo. Nadie es valiente guerrero sin conocer el manejo de las armas. Así debemos hacer nosotros los que tenemos que librar un continuo combate contra el enemigo de las almas.

Callé entonces; pero dije dentro de mi corazón: “No iré más a fiestas públicas, a no ser obligado por funciones religiosas.”

Después de aquel día era necesario que me preocupase de mí mismo. Debía reformar radicalmente la vida que hasta entonces había llevado. Los años precedentes los había pasado, si no como un malvado, por lo menos en disipación y vanaglorias, ocupado en juegos, saltos, diversiones y otras cosas semejantes, que momentáneamente alegraban, pero que no saciaban el corazón. Para trazarme una norma de vida que siempre debería recordar, escribí las siguientes resoluciones:

1. *En lo por venir no volveré a tomar parte en los espectáculos públicos de ferias y mercados; ni iré a ver bailes ni teatros; y en cuanto me sea posible, no participaré de las comidas que se suelen dar en tales ocasiones.*

2. *No haré nunca juegos de cubiletes, de prestidigitación, de saltimbanqui, de destreza, de cuerda, no tocaré más el violín ni iré más de caza. Todas estas cosas las juzgo contrarias a la gravedad del espíritu eclesiástico.*

3. *Amaré y practicaré el retiro, la templanza en el comer y beber; no dedicaré al descanso sino las horas estrictamente necesarias para la salud.*

4. *Así como en lo pasado he servido al mundo con lecturas profanas, en lo por venir procuraré servir a Dios dándome a la lectura de cosas religiosas.*

5. *Combatiré con todas mis fuerzas cualquier cosa, cualquier lectura, pensamiento, palabras y obras contrarias a la virtud de la castidad. Por el contrario, practicaré todas aquellas, aunque sean muy pequeñas, que puedan contribuir a conservar esta virtud.*

6. *Además de las prácticas ordinarias de piedad, no omitiré ni un día tener un poco de lectura espiritual.*

7. *Todos los días referiré algún ejemplo o alguna máxima ventajosa para las almas de los demás. Así lo haré con los otros compañeros, con los amigos, con los familiares, y cuando no pueda con otros, lo haré con mi madre.*

Estos fueron mis propósitos cuando vestí el hábito clerical, y a fin de que me quedaran más impresas en la mente, me arrodillé ante una imagen de la Santísima Virgen, las leí y después de haber orado, hice formal promesa a mi celestial Bienhechora de observarlas a costa de cualquier sacrificio."

* * *

El día 30 de octubre de aquel año de 1835, Juan debía encontrarse en el Seminario. Antes de la partida, su madre le dirigió estas memorables palabras:

"Juan, has vestido el hábito sacerdotal; esto me produce todo el consuelo que una madre puede experimentar viendo la fortuna de su hijo. Pero recuerda bien que no es el hábito el que honra tu estado, sino la práctica de la virtud. Si alguna vez llegares a dudar de tu vocación, ¡ah, por amor de Dios!, no deshonres ese hábito. Quitátele al punto. Prefiero tener por hijo a un pobre campesino que a un sacerdote descuidado en sus deberes. Cuando viniste al mundo te consagré a la Santísima Virgen; cuando comenzaste tus estudios, te recomendé la devoción a esta nuestra Madre; ahora te recomiendo que seas todo suyo; ama a tus compañeros devotos de María; y cuando seas sacerdote, recomienda y propaga siempre la devoción a María."

Al terminar estas palabras la madre estaba conmovida, lloraba.

"Madre, le respondí, le agradezco todo cuanto ha dicho y hecho por mí; esas palabras no las ha dicho en vano, haré de ellas un tesoro para toda mi vida."

Por la mañana temprano marchó a Chieri y por la tarde del mismo día entró en el Seminario. Después de saludar

a los superiores y arreglarse la cama, se puso a pasear con su amigo Garigliano —que también había vestido el hábito eclesiástico— por los dormitorios y los corredores y, finalmente, por el patio. Al ver allí un reloj de sol, leyó estas palabras: "*Afflictis, lentae; céleres gaudéntibus horae.*"

—He aquí —dijo al amigo— nuestro programa: estemos siempre alegres y pasará pronto el tiempo.

Escuchemos sus primeras impresiones:

"El día siguiente empecé un triduo de ejercicios espirituales y procuré hacerlos bien en cuanto me fue posible. Cuando los terminé fui a ver al profesor de Filosofía, que entonces era el teólogo Ternavasio de Bra, y le pedí una norma de vida para ser un buen clérigo y ganarme la benevolencia de mis superiores.

—Una sola cosa basta —respondió el digno sacerdote—: *el exacto cumplimiento de los deberes.*

Tomé por base este consejo y me entregué con toda mi alma a la observancia del reglamento del Seminario. Para mí no había distinción cuando la campana tocaba al estudio, o a la iglesia, o bien al refectorio, al recreo o al descanso. Esta exactitud me ganó la atención de mis compañeros y la estima de los superiores, hasta el punto de que seis años de Seminario fueron para mí una estancia agradabilísima, tanto más cuanto los estudios se cultivaban bien allí.

Además de esto, hacía que amara aquel lugar el nombre de Don Cafasso. El buen olor de sus virtudes duraba todavía en aquel sagrado recinto. La caridad con los demás, la sumisión a los superiores, la paciencia en soportar los defectos de los otros, la cautela para no ofender nunca a nadie, el agrado en condescender, aconsejar y favorecer a los compañeros, su indiferencia en lo tocante a la comida, el acomodarse a las vicisitudes de las estaciones, la prontitud para enseñar el Catecismo a los niños, su porte edificante en toda ocasión, su solicitud para el estudio y cosas de piedad, fueron las dotes que adornaron la vida clerical de Cafasso; dotes que, practicadas en grado heroico, hicieron familiar entre sus compañeros y amigos el dicho de que el clérigo Cafasso no estuvo inficionado por el pecado original.

Mucho amaba yo a mis superiores y ellos me trataron siempre con mucha bondad; pero mi corazón no estaba satisfecho, porque eran de difícil acceso para los seminaristas. Acostumbrábase visitar al Rector y a los otros superiores cuando se llegaba de vacaciones y se marchaba a ellas. Nadie iba a hablar con ellos, a no ser para recibir alguna reprimenda. Uno de los superiores asistía por turno cada semana al comedor y a los paseos; de ahí no pasaban nuestras reci-

procas relaciones. Ésta fue la única pena que experimenté en el Seminario. ¡Cuántas veces hubiera querido hablarles y pedirles consejo o resolución en mis dudas y no pude! Esto acrecentaba en mí el deseo de ser pronto sacerdote para hablar con los jóvenes, ayudarlos, poderlos conocer bien, vigilarlos siempre, ponerlos en la imposibilidad de hacer el mal y contentarlos en todo lo que pudiera convenirles.

En cuanto a mis compañeros me atuve a las instrucciones de mi amada madre, es decir, asociarme con los devotos de María, amantes del estudio y de la piedad...

Las prácticas piadosas se hacían bastante bien. Todas las mañanas Misa, meditación, la tercera parte del Rosario. Durante la comida, lectura edificante. La Confesión era obligatoria cada quince días, pero el que lo deseaba podía hacerla todos los sábados. Se comulgaba únicamente los domingos o en alguna otra especial solemnidad. Alguna vez se hacía entre semana, pero para ello era necesario cometer una especie de desobediencia: se escogía con este fin la hora del desayuno, se iba a escondidas a la contigua iglesia de San Felipe, que tenía comunicación interior con el Seminario, y después, a reunirse con los compañeros en el momento de ir al estudio o a la clase. Esta infracción del reglamento estaba prohibida; pero los superiores prestaban tácito consentimiento para ello, porque lo sabían, y a veces lo veían, y no decían nada en contrario. Por este medio conseguí frecuentar la Sagrada Comunión, que con razón puedo llamar el alimento más eficaz de mi vocación. Esta deficiencia quedó subsanada cuando, por disposición del Arzobispo Gastaldi, se arreglaron las cosas de manera que todas las mañanas podían los seminaristas acercarse a la Sagrada Comunión con tal que estuvieran bien preparados."

Juan consideró como estricta obligación suya el no perder un minuto de tiempo.

"Durante los recreos largos —continúa en sus Memorias— nos reuníamos con frecuencia en el refectorio para formar el que llamábamos círculo escolástico. Cada uno hacía allí sus preguntas sobre cosas que no sabía o había entendido mal en los tratados o en la clase. Esto me agradaba mucho, y me era muy útil para el estudio, la piedad y la salud. Por mi edad y más que todo por la benevolencia de mis compañeros, era yo el presidente de este círculo y juez inapelable. Como en nuestras familiares conversaciones se planteaban ciertas cuestiones y puntos científicos, a los que alguna vez ninguno de nosotros sabía dar exacta respuesta, nos dividíamos las dificultades. Cada cual, después de un plazo prefijado, debía preparar la solución que cuanto se le había encomendado."

Mas, para su gran deseo de aprender, no bastaba esto. Por la mañana era siempre el primero en levantarse. Limpia la persona y arreglado el lecho, retirábase junto al hueco de una ventana, donde se ocupaba durante un cuarto de hora en leer algún libro, hasta que la campana llamaba a la capilla.

Consagraba cualquier espacio de tiempo libre a la lectura de buenas y sólidas obras. En el primer año de Filosofía se leyó las obras de Cesari, Bartoli y algunas otras. Semejante diligencia la observó siempre, de modo que en los seis años enteros que estuvo en el Seminario acumuló en su inteligencia y en su memoria tesoros de erudición y cultura.

La templanza en el uso de alimentos y bebidas era en él sorprendente, inspirada por dos grandes virtudes: el amor a la mortificación y el amor al estudio. Deseaba que, veinte minutos después de haber comido, la digestión no le impidiese volver a sus ocupaciones. Si alguna vez su madre u otra persona le llevaba de regalo algún comestible, no le parecía bien comerlo él solo, y con el debido permiso lo compartía con otros.

Su aspecto siempre alegre, sus agradables maneras, su condescendencia en prestar servicios a cualquiera que los necesitase, le ganaron muy pronto el afecto de los demás seminaristas, los cuales, en las dudas, en las tristezas y en las dificultades escolares, buscaban en él al consejero, al amigo y al repetidor de las lecciones no bien entendidas. Del mismo modo, prestaba generosamente los libros que le pedían, libros que tantas privaciones le habían costado. No pocas veces preparaba los sermones a algunos que, invitados por los párrocos a predicarlos en sus iglesias en tiempo de vacaciones, no tenían comodidad para escribirlos o carecían de habilidad para componerlos.

El agrado que proporcionaba su compañía era efecto de la tranquilidad inalterable de su alma. Durante el recreo entretenía a sus discípulos con bromas y pasatiempos irreprehensibles. De cuando en cuando y cediendo a los insistentes deseos de los otros, hacía algunos juegos de prestidigitación,

porque Don Cafasso no aprobó el propósito que había hecho el día que vistió el hábito eclesiástico de abstenerse de ellos en absoluto. En ciertos días era permitido el juego de naipes con módico interés; Juan tomó parte en él algún tiempo; pero después renunció, porque le distraía durante el estudio y la oración y también porque, como ganaba casi siempre, le daba mucha pena la aflicción de sus compañeros por haber perdido.

* * *

En medio del ejercicio de las más sólidas virtudes y de los serios estudios de la Filosofía, sentía Juan crecer en su corazón un deseo ardentísimo de hacer bien a los niños, a los que continuaba reuniendo en torno suyo para enseñarles el Catecismo y las oraciones, cuando los superiores con este fin lo enviaban a la Catedral. La Divina Bondad, que tenía puestos en él sus amorosos ojos, le dio a conocer de un modo particularísimo la misión que le reservaba entre los jóvenes. Durante un sueño se vio ya sacerdote con roquete y estola y, vestido así, trabajando de sastre en una tienda; pero no cosiendo prendas nuevas, sino remendando las usadas y juntando gran número de piezas de lienzo. No pudo entender entonces qué significaba aquello. Habló con alguien del sueño; pero con claridad no lo hizo hasta que fue sacerdote, y sólo con su consejero Don Cafasso.

Conservó este sueño indeleblemente en su memoria y lo interpretó viendo en él que no estaba llamado solamente a recoger jóvenes buenos y custodiarlos y perfeccionarlos, sino también a los extraviados y expuestos a los peligros del mundo, los cuales, merced a sus cuidados, se harían buenos cristianos y cooperarían a la reforma de la sociedad.

Mientras tanto, los amigos del Instituto de Chieri no lo olvidaban. Los jueves, la portería del Seminario se llenaba de jóvenes estudiantes que le traían, para que los viese, sus cuadernos y composiciones. Sus mismos antiguos condiscípulos;

pulos; que habían ingresado luego en colegios lejanos o habían vuelto a sus familias, sostenían correspondencia epistolar con el Siervo de Dios. ¡Qué verdad es que la amistad no se extingue con la distancia, si se alimenta de la caridad!

“Fui siempre muy afortunado en el Seminario —declara— y siempre gocé del afecto de mis compañeros y de mis superiores. En el examen semestral se acostumbraba dar un premio de sesenta liras en cada curso al que obtenía más puntos en la conducta moral y en el estudio. Dios me bendijo verdaderamente, pues durante mis seis años de Seminario siempre me adjudicaron este premio.”

Aprobado el primer curso de Filosofía, encaminóse al punto a la alquería de Moglia para visitar a aquella querida familia, cuyo pan había comido durante dos años, y a la que deseaba dar así una agradable sorpresa. Aquellos excelentes propietarios, que estaban trillando, cuando vieron venir por en medio de los campos a un sacerdote, suspenden el trabajo y miran maravillados. Juan se adelanta. ¡Qué sorpresa y qué placer cuando lo reconocen! Después de los primeros cumplidos, dijo a sus antiguos amos, que por la conmoción tenían los ojos bañados en lágrimas:

—Ya lo ven, me hago sacerdote.

Aquellos hospitalarios campesinos consiguieron retenerlo algunos días en su casa y lo agasajaron muchísimo.

* * *

Poco tiempo durante aquellas vacaciones permaneció en casa de su madre. Propuesto por Don Cafasso a los Jesuitas de Turín como maestro de griego para sus colegiales durante el verano en Montaldo, se dedicó a ello, y tuvo además ocasión de perfeccionarse en el conocimiento de aquella lengua con la ayuda de Don Bini, buen helenista.

En Montaldo dio clase por espacio de tres meses y desempeñó también el cargo de asistente en un dormitorio. Por este medio pudo conocer a varios jóvenes de familias aristo-

cráticas y distinguidas, que conservaron de él excelente recuerdo y de cuya cooperación supo valerse más tarde. Pudo también comprender, debido a su piedad y celo por la salvación de las almas, los defectos y peligros de esta clase de jóvenes, entre los cuales por primera vez se encontraba, y la dificultad de conseguir sobre ellos el pleno ascendiente que es necesario para educarlos bien; de aquí sacó la convicción, cada vez más confirmada, de que no estaba normalmente llamado a educar niños de esa alta clase social.

Ocupado en este oficio, y algo delicado de salud, no pudo repasar ni estudiar nada de lo que debía examinarse en noviembre; mas a pesar de ello, vuelto al Seminario, en los pocos días que precedieron a los exámenes, aprendió por sí solo el tratado de Metafísica, de que debía examinarse, aunque no se lo habían explicado, y salió airoso de esta prueba. Obtenida así la dispensa de la mitad de la pensión que se acostumbraba conceder a los jóvenes más estudiosos y pobres, dio comienzo con mayor aliento al segundo curso de Filosofía.

En las vacaciones del otoño de 1836 vistió también el hábito eclesiástico el angélico joven Luis Comollo, quien, a la reapertura de las clases, entró igualmente en el Seminario de Chieri, en donde los dos compañeros reanudaron los lazos de su antigua y fraternal amistad.

A principios de año escribió Comollo en una tarjeta, que tenía siempre delante, una sentencia como programa de su conducta: "*Hace mucho quien hace poco, pero hace lo que debe hacer; no hace nada quien hace mucho, pero no hace lo que debe hacer.*" Era obedientísimo. Odiaba el espíritu de crítica y censura. Amante de Jesús Sacramentado, aprovechaba todas las ocasiones que podía para comulgar y lo hacía con tanto fervor, que interrumpía su coloquio con íntimos gemidos y con lágrimas. Varias veces le advirtió Juan que moderase aquella externa conmoción; pero él le respondía que no podía contenerse.

Juan respetaba la ardiente devoción de su ejemplar ami-

go; pero personalmente era enemigo de toda apariencia de singularidad que pudiese despertar admiración en los otros. Su piedad no era menos ardiente, pero tenía diverso aspecto. Después de comulgar, volvía a su puesto y allí, con la cabeza ligeramente inclinada, los ojos cerrados y las manos juntas delante del pecho, permanecía inmóvil todo el tiempo de la acción de gracias; pero aparecía en su semblante tan viva la expresión de la fe, que causaba embeleso en cuantos lo contemplaban.

También en sus Memorias alude a su amigo en términos que revelan, sin quererlo, la belleza de su propio corazón y el humilde sentimiento de sí mismo:

"Mi recreo —son sus palabras— lo interrumpía no pocas veces Comollo. Me asía por la sotana y diciéndome que le acompañara, me llevaba a la capilla a hacer una visita al Santísimo Sacramento por los moribundos, a rezar el Rosario o el oficio de la Virgen en sufragio de las Ánimas del Purgatorio.

Este admirable compañero fue mi fortuna. En tiempo oportuno sabía avisarme, corregirme, consolarme con tanto agrado y caridad que, en cierto modo, sentía contento en darle motivo para gustar el placer de ser corregido. Lo trataba familiarmente y por natural inclinación deseaba imitarlo; aunque me hallaba a mil leguas de distancia de él en la virtud, si mis disipados compañeros no me arruinaron y si pude progresar en mi vocación, verdaderamente se lo debo a él. En una sola cosa no intenté ni aun de lejos imitarlo: en la mortificación. Ver a un joven de diecinueve años ayunar rigurosamente la Cuaresma entera y en los demás días ordenados por la Iglesia, ayunar todos los sábados en honor de la Santísima Virgen, renunciar frecuentemente al desayuno, reducir alguna vez la comida a pan y agua, soportar cualquier desprecio e injuria sin dar la menor muestra de resentimiento, verlo exactísimo en cumplir hasta el menor de sus deberes de piedad y de estudio, eran cosas que me dejaban confundido y me hacían reconocer en aquel compañero un ángel como amigo, un estímulo para el bien y un modelo de virtud para los seminaristas."

No obstante estas humildes expresiones, Juan era digno de igualarse con Luis y de gozar de su amistad. He aquí un testimonio de su carísimo compañero, y después confesor suyo, Don Juan Francisco Giacomelli, de Avigliana:

“Su compañía era edificante. Varias veces me hizo ir con él a la iglesia para rezar las Vísperas de la Virgen o alguna otra oración en honor de la Santísima Madre de Dios. Se complacía en hablar de cosas espirituales. Un día, en tiempo de recreo, me llevó a la clase y me explicó el himno del Nombre de Jesús, invitándome a rezar los cinco salmos en honor de este nombre adorable y haciéndome notar cómo de las diversas iniciales de cada salmo se podía justamente formar la palabra *Jesús*. Admirado quedé de esta devoción, nueva para mí. Otra vez se hablaba del *Ave maris Stella*, y explicaba las palabras *tulit esse tuus*, me dijo: “Este versículo se refiere a Jesucristo, que nació de la Virgen María; pero al decir *tuus*, de Jesús, recordámos a María que nosotros somos suyos. Habiendo venido Jesús para salvar al mundo, al tomar carne humana en su purísimo seno, todo el pueblo cristiano se considera como hermano de Jesús e hijo de María Santísima. Desde el primer día de la Encarnación comenzamos nosotros a ser hijos de la Virgen María. Por eso le decimos: *Monstra te esse Matrem*. Muestra que eres nuestra Madre, nuestra ayuda, nuestra protectora.”

¿No parece que entonces ya había tomado forma en su mente todo lo que después se vio que hizo por María Auxiliadora, *Auxilium Christianorum* ?...

Llamaban a Juan “Bosco di Castelnuovo” para distinguirlo de otro clérigo del mismo apellido, que fue después Director de las “Hermanas de San José”, en Turín. Ocurrió entre ambos un incidente en el que nadie puso atención, pero que yo recuerdo bien. Los dos bromeaban y preguntábanse qué sobrenombre debían ponerse para distinguirse cuando se los llamase. Uno dijo: “Yo soy Bosco néspola (madera de nispero).” Y con esto indicaba ser un leño duro, nudoso y poco flexible. Y nuestro Don Bosco respondió: “Pues yo me llamo Bosco di sales (madera de sauce)”, es decir, madera suave y flexible. Se diría que desde entonces apuntaba a la futura Congregación que había de tener por patrono a San Francisco de Sales y por eso quiso imitar la dulzura de este Santo. De natural muy sensible, aun para las cosas más pequeñas, ya se comprende que sin mucha virtud no habría podido dominar los arrebatos de la cólera. Ninguno de nuestros compañeros, y éramos muchos, era tan inclinado como él a este defecto. Veíase claramente la grande y continua violencia que se hacía para contenerse...

Sus compañeros lo amaban y lo tenían por carísimo condiscípulo, y si alguna vez alguno se mostraba émulo indiscreto y dominante, Juan se hacía respetar por su habilidad y lo tenía a raya con su actitud. Si en alguna ocasión se promovía algún desorden entre los compañeros, aunque fuese ligero, o cualquier disputa por diversidad de opiniones, él intervenía y ponía paz entre ellos.”

En torno del clérigo Bosco se formó como una santa liga para la observancia de las reglas del seminario y para el cumplimiento exacto de los deberes de piedad y de estudio. Los principales socios eran Guillermo Garigliano, Juan Giacomelli y Luis Comollo. “Estos tres compañeros fueron para mí un tesoro —dejó escrito Don Boso—. El círculo escolar formado el año anterior estaba cada día más floreciente, y aumentó este año con algunos socios nuevos. Se discutían las dificultades filosóficas que no se habían entendido bien en clase, haciendo uso del latín, como había propuesto Comollo. Esto era de gran provecho para todos, porque se llegó a manejar esta lengua en las materias escolásticas con mucha soltura y con una facilidad maravillosa.” Juan aprendió a fondo la Lógica, la Metafísica, la Aritmética y la Física, según se verá en el transcurso de estas páginas.

* * *

En el segundo año de Filosofía estuvo a punto de no obtener por concurso la dispensa de dos meses de pensión. Tenía un competidor de muchísimo talento. Ambos resultaron ser los mejores entre los demás concursantes y obtuvieron los mismos puntos tanto en el ejercicio oral como en el escrito. Se les propuso dividir el premio. Juan consintió; pero el compañero, aunque muy rico, vacilaba en decidirse. El profesor los sometió a un segundo examen. El trabajo fue muy difícil, y Juan resultó vencedor.

“Habitado como estaba a la lectura de los clásicos en toda la segunda enseñanza —prosigue el Santo—, acostumbrado a las figuras enfáticas de la Mitología y de las fábulas de los paganos, no encontraba gusto en el estilo sencillo de los libros ascéticos. Llegué a convencerme de que la buena lengua y la elocuencia no se podían aprender en estos libros religiosos. Las mismas obras de los Santos Padres me parecían producto de ingenios bastante limitados, exceptuados los principios religiosos, que exponían con fuerza y claridad. Esto era también consecuencia de discursos oídos aun a personas eclesiásticas, notables

en la literatura clásica, pero poco respetuosas con estos grandes lumineros de la Iglesia, porque no los conocían.

Al principio del segundo año de Filosofía fui un día a visitar al Santísimo Sacramento, y como no tenía a mano el libro de oraciones, me puse a leer "*De imitatione Christi*"; leí algunos capítulos referentes al Santísimo Sacramento. Al considerar atentamente la sublimidad de los pensamientos y el modo claro, y al propio tiempo ordenado y elocuente, con que se exponían aquellas grandes verdades, comencé a decir para mí: "El autor de este libro era un hombre docto." Continuando en otras ocasiones la lectura de esta áurea obrita, no tardé en convencerme de que un solo versículo de ella contenía más doctrina y fondo moral que los que había encontrado en los gruesos volúmenes de los clásicos antiguos. Debo a este libro el haber dejado de leer obras profanas. Me dediqué, por tanto, a la lectura de Flavio Josefo: "Antigüedades judaicas" y "Guerra de Judea"; después leí "Discursos sobre la Religión", de Monseñor Marchetti; después a Fraissinous, Balmes, Zucconi y a muchos otros escritores religiosos y también la "Historia Eclesiástica", de Fleury, que ignoraba no convenía leer. Con mayor fruto leí también "La Historia Universal de la Iglesia", de Henríón, que dejó indeleble recuerdo en mi memoria.

Sin duda diréis que, ocupado en tantas lecturas, no podía estudiar los libros de texto. No fue así. La memoria continuaba favoreciéndome, y la lectura y explicación de los textos que se hacía en la clase me bastaba para cumplir mis deberes. Por tanto, todas las horas señaladas para el estudio las podía emplear en diversas lecturas. Todo esto lo sabían los superiores y me daban libertad para hacerlo."

Parece disposición de la Providencia que nuestro clérigo ignorase por algún tiempo la belleza de los libros que tratan de religión, pues requieren mayor madurez de juicio que la que puede tener un estudiante de Retórica o del primer año de Filosofía. La afición a los clásicos y su estudio eran necesarios para adquirir la cultura indispensable a quien debía ser fundador de muchos Institutos de educación, en los cuales el humanismo será siempre indispensable. Monseñor Pechenino, que por tantos años fue su íntimo amigo, afirmaba que era cosa admirable ver cuán versado estaba Don Bosco en la literatura italiana y latina.

Nosotros añadiremos que esta afición a la lectura se acrecentó durante los años que aún permaneció en el Seminario,

y que mientras cursaba Teología estudiaba con mucho interés también a los Santos Padres y a los Doctores de la Iglesia, especialmente a San Agustín, a San Jerónimo y a Santo Tomás. En los cuatro años que permaneció todavía en el Seminario leyó y estudió toda la Biblia, valiéndose de los comentarios de Cornelio a Lápide y de Tirino; también trabajó conocimiento con los Bolandistas. Estos libros y todos los que deseaba, se los prestaban en la biblioteca del Seminario, y cuando llegaban las vacaciones, los obtenía de los párrocos.

En sus Memorias menciona a otros autores, cuyas obras le fueron de gran provecho, verbigracia, Mons. Marchetti: "Razonamientos sobre la Religión"; Zucconi, S. J.: "Lecciones sacras sobre la Divina Escritura"; Fleury: "Historia Eclesiástica", aunque tocado de galicanismo, muy claro y elocuente; a los dominicos Cavalca y Passavanti: "Espejo de la Cruz" y "Espejo de la verdadera penitencia" y vidas de los Santos; del jesuita Ségneri el "Cuaresmal", "El maná del alma" y "El cristiano instruído".

Y no le fue desconocido nuestro Balmes, porque lo nombra expresamente: "El Criterio" y "El Protestantismo", que estaban en boga entonces en Francia y en Italia.

CAPÍTULO X

Vacaciones y regreso

Acabado el segundo año de Filosofía, enriquecido con nuevos conocimientos, amado de los compañeros y de muchos amigos de fuera, empezó Juan las vacaciones en compañía de sus familiares. Como de costumbre, empleó el tiempo en el estudio, en la lectura, en trabajos manuales y en enseñar el Catecismo a los pequeñuelos. De aquellas vacaciones dice en sus Memorias:

“Un hecho desagradable me sucedió en Croveglia, caserío de Buttigliera. Celebrábase la fiesta de San Bartolomé y otro tío mío (de nombre Mateo, que alcanzó la edad de 102 años) me invitó para ayudar en las funciones de la iglesia, cantar y también tocar el violín, que había sido mi instrumento predilecto, pero que yo no tocaba por voluntaria renuncia. Todo marchó bien en la iglesia. Luego la comida se sirvió en casa de mi tío, que era el mayordomo de la fiesta, y hasta entonces no hubo nada que vituperar. También se hallaba presente el párroco. Acabada la comida, los comensales me invitaron a tocar a modo de pasatiempo; pero rehusé hacerlo; los concurrentes insistieron, porque “déseaban oír una pieza de mi experta mano”. Respondí que me había dejado en casa el violín.

—Eso pronto se remedia —dijo un convidado—; fulano tiene uno; yo iré a traerlo y tú tocarás.

Y en un abrir y cerrar de ojos fue y volvió con el violín. Intenté todavía excusarme. ¡Pobre de mí!; no supe negarme y me puse a tocar durante un rato, cuando oí un cuchicheo y un modo de pisar que indicaban muchedumbre de gente. Me asomé a la ventana y vi una multitud de personas que en el patio cercano bailaban alegremente al son de mi violín. No es posible explicar con palabras la indignación que se apoderó de mí en aquel momento.

—¿Cómo? —dije a los comensales—, yo que siempre protesté contra estos espectáculos, ¿soy quien los promueve? Esto no sucederá más. Tomen, lleven al punto este violín a su dueño, denle gracias y díganle que ya no lo necesito.

Me levanté, volví a casa, tomé mi violín, me puse de pie encima de él, lo hice mil pedazos y así no quise que me sirviera más, aunque después se presentaron ocasiones para tocarlo en la iglesia. Había hecho promesa formal de obrar así y la mantuve; más tarde enseñé a tocarlo, pero sin usarlo yo.

El siguiente episodio ocurrió hallándome de caza. Durante el verano, alguna que otra vez iba a buscar nidos; en el otoño cazaba con liga, con trampa, con jaula y a veces con escopeta. Una mañana me empeñé en seguir a una liebre, y corriendo en el campo, de viña en viña, atravesé valles y colinas durante varias horas. Finalmente se puso a tiro aquel pobre animal y con un disparo le rompí las costillas; el pobre animalito cayó, y yo quedé sumamente contristado al verlo muerto. A la detonación acudieron mis compañeros, y mientras se regocijaban ante la víctima, yo eché una ojeada sobre mí mismo y me vi en mangas de camisa, sin sotana, con un sombrero de paja, con todo el aspecto de un contrabandista y en sitio distante de mi casa más de dos millas. Quedé mortificado en extremo; me excusé con mis amigos por aquel escándalo que daba con mi atuendo, marché a casa y renuncié nueva y definitivamente a toda clase de cacería. Con la ayuda del Señor esta vez mantuve mi promesa. Dios me perdone aquel escándalo.

Estos hechos fueron para mí una buena lección; y desde entonces me entregué con mejor propósito al retiro y me persuadí de veras que los que desean dedicarse sinceramente al servicio del Señor necesitan dejar del todo las diversiones mundanas. Verdad es que éstas, con frecuencia, no son pecaminosas; pero por las conversaciones que provocan, por la manera de vestir, hablar y obrar, siempre ofrecen algún riesgo en daño de la virtud, especialmente para la muy delicada de la castidad.”

Tales son los juicios que humildemente nos dejó Don Bosco a propósito de sus vacaciones; pero muy de otro modo se expresan los testigos de ellas. El vicepárroco Don Ropolo atestiguaba que Don Bosco tomaba grandes precauciones para conservar el fervor y el espíritu del Seminario; que observaba fielmente todas las prácticas de devoción de la vida sacerdotal y que con prontitud se prestaba a servir en las funciones religiosas y no faltaba nunca para acompa-

ñar al Santo Viático llevando la "umbela", por distante que estuviese la casa del enfermo.

Al mismo tiempo que daba repaso a algunos estudiantes, pasaba también gran parte del tiempo con el teólogo Cinzano, el cual le estimaba mucho, y con quien había contraído gran familiaridad. En la casa parroquial Juan estaba pronto para cualquier servicio, y todos los libros de la biblioteca de la parroquia estaban a su disposición.

Mas para el Siervo de Dios había un lugar especialmente predilecto: era el bosquecillo que coronaba la viña del señor Turco. A la sombra de aquellos árboles estudió el griego, el hebreo y el francés, lenguas de su predilección.

* * *

En sus estudios tenía por fin hacerse digno de su vocación y cada vez más apto para la instrucción y educación de la juventud. Un día José Turco, con quien le ligaba estrecha amistad, se acercó a él mientras trabajaba en la viña, y le dijo:

—Ya eres clérigo, pronto serás sacerdote; ¿qué harás después?

Juan respondió:

—No tengo inclinación a ejercer de párroco ni tampoco de vicario; me agradaría reunir en torno mío jóvenes pobres y abandonados para educarlos e instruirlos conforme a las normas cristianas.

Encontráronse otro día y Juan le confió que había tenido "un sueño", del cual pudo deducir que con el andar de los años se establecería en cierto lugar, en donde llegaría a recoger gran número de jovencitos para instruirlos en el camino de la salvación. Parece que fue éste el sueño que refirió en 1858 a sus hijos del Oratorio. Quizás entonces vio el Oratorio con todos sus edificios dispuestos para recibirlo con sus pilluelos. Don Bosio, natural de Castagnole, párroco de Levone Canavese y compañero de Don Bosco en el Seminario

de Chieri, cuando fue por primera vez al Oratorio en 1890, dijo:

—Lo que ahora estoy viendo aquí, no es nuevo para mí. Don Bosco en el Seminario me lo había descrito todo, como si lo hubiese visto con sus propios ojos.

En este punto conviene echar una mirada retrospectiva para fijar algunas fechas. A los nueve años Don Bosco conoció la misión especial que le iba a ser confiada; a los dieciséis, oyó la promesa de los medios materiales indispensables para albergar y alimentar a innumerables jóvenes; a los diecinueve, una orden imperiosa le hizo entender que no era libre para rehusar la misión que se le confiaría; a los veintiuno, se le manifestó la clase de jóvenes de cuyo bien espiritual debería especialmente cuidarse; a los veintidós, se le indicó una gran ciudad, Turín, en la cual habría de comenzar sus faenas apostólicas y sus fundaciones. Pero no se detuvieron aquí las misteriosas indicaciones, sino que continuaron, como veremos, hasta que la obra de Dios se cumplió.

Antes de que acabasen aquellas vacaciones invitaron al clérigo Bosco para predicar el sermón del Rosario en el pueblo inmediato de Alfiano. Con permiso y asistencia de Don Cinzano aceptó la invitación, y por primera vez subió al púlpito, considerándose dichoso por consagrar las primicias de su predicación a aquella Augusta Señora, que varias veces se le había manifestado como amorosísima Madre.

* * *

Al principio del año escolar del 1837-38 entró en el primer curso de Teología. Profesor de la clase de la mañana era el teólogo Don Prialis, y de la tarde, el teólogo Arduino de Carignano, que fue después canónigo preboste y vicario foráneo de la colegiata de Giaveno.

El clérigo Bosco —afirman unánimemente sus compañeros— tenía particular afición al estudio de la Historia Ecle-

siástica, que consideraba como necesario complemento de la Teología. El Círculo continuaba actuando con las disputas sobre los puntos más difíciles, en que se exigía la mayor precisión en los términos. Refiere Don Giacomelli que nuestro Juan estaba siempre tan atento, que no dejaba pasar inadvertidas las menores inexactitudes.

Pero al mismo tiempo no descuidaba las Bellas Letras. El clérigo Santiago Bosco, como él mismo nos dijo, había formado una academia, que se componía de doce o catorce seminaristas, en la cual se trataba de lenguas, de autores clásicos y aun de urbanidad; las reuniones se celebraban en los días de vacaciones y en ciertos recreos; se leían composiciones históricas y literarias en verso y en prosa; acabada la lectura, los compañeros daban su opinión sobre el fondo y la forma del trabajo y la manera de exponerlo al lector, especialmente cuando se trataba de predicar; Juan era tan minucioso para corregir, que los compañeros le llamaban "el rabino de la Gramática"; pero lo que más se notaba en él era la reserva extrema que observaba en todo lo referente a la virtud de la pureza.

Aquel año fue también muy feliz respecto del estudio y del constante y múltiple ejercicio de todas las virtudes. Poco tiempo hacía que se encontraba en casa, de vacaciones, cuando recibió una tarjeta de Comollo en que le anunciaba una visita a fin de consultarle sobre un sermón que su tío le había encargado en honor de la Asunción de María Santísima. Fue, en efecto, el amigo y pasaron juntos un día agradable. Pero después no pudo ir Juan a Cinzano para oír el sermón; lo hizo al siguiente día para felicitarle; y ¡quién le hubiera dicho que aquel mismo día debería hablar desde aquel púlpito al pueblo que el día anterior había oído a Comollo! Refiere el Santo:

"Celebrábase la fiesta de San Roque, que suele llamarse "festín de la olla o de la cocina", porque los parientes y los amigos suelen aprovecharse de ella para convidarse recíprocamente a comer y disfrutar de alguna pública diversión. Ocurrió en aquella ocasión un episodio

que demostró hasta dónde llegaba mi atrevimiento. A la hora de la comida, el predicador de aquella solemnidad no se había presentado. Se le esperó casi hasta la hora del sermón, y no llegó. Para sacar del apuro al preboste de Cinzano, andaba yo de uno a otro de los párrocos que allí se encontraban, rogando e insistiendo para que alguno dirigiese la palabra al numeroso auditorio reunido en la iglesia; mas nadie quiso aceptar.

—¡Cómo! —exclamaba yo—, ¿van a dejar marcharse a tanta gente sin decirles dos palabras?

Molestados por mis repetidas invitaciones, me respondieron acremente:

—¡Cuidado que eres simple! Predicar un sermón sobre San Roque no es beberse un vaso de vino; en vez de importunar a otros, predícalo tú.

Al oír aquellas palabras, todos aplaudieron. Mortificado y herido en mi amor propio, respondí:

—No me atrevería a ofrecermé para tamaña empresa; pero ya que todos rehusan, acepto.

Se cantó en la iglesia un himno sagrado para darme tiempo a pensar; después, consultando mi memoria, recordé la vida del Santo, que ya había leído; subí al púlpito y prediqué un sermón que, según me dijeron, fue el mejor de cuantos pronuncié antes y después."

José Turco que, invitado a ello, lo acompañó varias veces, lo encontró en esta ocasión en Cinzano, y dijo:

—El sermón parecía preparado con mucho estudio, por persona acostumbrada al púlpito, nutrida de profundos conocimientos; tanto, que causó gran admiración a todos los párrocos que se encontraban presentes.

Algo semejante le ocurrió en otra solemnísimas fiesta en Pecetto. A la hora de Vísperas no se había presentado el predicador, víctima de un mal repentino. Ninguno de los sacerdotes presentes se atrevía a substituirlo. El párroco dijo entonces al clérigo Bosco:

—¡Predique usted!

Juan pidió un Breviario, leyó las lecciones del día, subió al púlpito y satisfizo tan plenamente al auditorio, que algunos de los oyentes, hablando al siguiente día con el párroco de Castelnuovo, ponderaron la belleza del sermón y la habilidad del predicador.

Mas él, ¿qué juicios nos ha dejado de sus sermones?... Mientras alababa hasta las estrellas el sermón de Comollo, escribe de sí mismo lo siguiente:

“Después del primer año de Teología prediqué también en Caprioglio sobre la Natividad de María. No sé qué fruto obtuve. Pero en todas partes me felicitaron muchos, mientras la vanagloria me sirvió de guía hasta que me desengañé del siguiente modo: Un día, después de la predicación sobre la Natividad de María, pregunté a uno, que parecía de los más inteligentes, sobre el sermón que tanto alababan, y me respondió:

—Muy bonito su sermón sobre las Almas del Purgatorio.

¡Y había predicado sobre las glorias de María! En Alfiano quise conocer la opinión del párroco, persona de mucha piedad y doctrina, que se llamaba Don José Pelato, y le rogué me manifestase su parecer respecto de mi sermón:

—Su discurso ha sido bastante bello, ordenado, expuesto con buen lenguaje, con pensamientos escriturales, y continuando así podrá tener éxito en la predicación.

—¿Y el pueblo lo habrá entendido?

—Poco; lo habremos entendido mi hermano sacerdote, yo y muy pocos más.

—Pero, ¿cómo no han entendido cosas tan fáciles?

—A usted le parecen fáciles; mas para el pueblo son demasiado elevadas. El tratar superficialmente o como de paso hechos de la Historia Sagrada y de la Historia Eclesiástica son cosas que el pueblo no entiende.

—¿Qué me aconseja que haga?

—No emplear el lenguaje y la urdimbre de los clásicos, hablar en dialecto donde se pueda, o también en lengua italiana, pero popularmente. En vez de razonamientos, abunde en los ejemplos, en las semejanzas, en los apólogos sencillos y prácticos y sus aplicaciones. Pero recuerde siempre que el pueblo entiende poco, y que las verdades de la fe nunca se le explican con suficiente claridad.

Este consejo paternal me sirvió de norma toda la vida. Para vergüenza mía, aún conservo aquellos sermones en los cuales no encuentro otra cosa que vanagloria y afectación. Dios misericordioso dispuso que recibiese aquella lección; lección fructuosa para la predicación, para la catequesis, para las instrucciones y para la redacción de mis escritos, ocupaciones a las cuales me dediqué desde entonces.”

* * *

Juan volvió poco después a Cinzano a casa de su querido amigo. Éste, que disfrutaba de excelente salud, confió con alegre semblante a Juan su vivo presentimiento de que había de morir muy pronto; lo mismo dijo a su madre, mientras se disponía a volver al Seminario.

Al principio del nuevo año escolar de 1838-39 ocupaba la cátedra de Teología el piísimo sacerdote Juan Bautista Appendini de Villastellone, que durante tres años tuvo por discípulo a nuestro Santo. El clérigo Bosco fue nombrado sacristán de la capilla del Seminario; cargo de poca importancia, si se quiere, pero señal de benevolencia y confianza; y además, tenía asignados sesenta francos de paga, equivalente a la mitad de la pensión. El caritativo Don Cafasso proporcionaba lo restante.

Comollo, no obstante los presentimientos de su próximo fin, había reanudado decididamente los estudios. En el examen semestral obtuvo también el premio de sesenta liras; pero aunque demostraba la misma jovialidad y alegría en sus conversaciones y en el recreo, Juan notaba un no sé qué de misterioso en su conducta. Veíalo, más de lo acostumbrado, atento en la oración y en todos los otros ejercicios de piedad, y acercarse con mayor frecuencia a la Sagrada Comunión. Alguna vez le oyó exclamar: “¡Oh, si pudiese, al salir de este mundo, oír del Señor un consolador: *Euge, serve bone et fidelis!*: ¡Ven, oh siervo bueno y fiel!” Su meditación ordinaria era sobre el infierno para concebir mayor odio al pecado.

Durante la Cuaresma (1839), se hicieron los acostumbrados ejercicios espirituales. Juan los hizo con sentimientos de la más viva devoción.

“En aquel año —refiere él en sus Memorias— tuve la fortuna de conocer a uno de las más celosos ministros del santuario, que había

venido al Seminario para predicar los Ejercicios. Se presentó en la sacristía con aire alegre y bromeando, aunque sazonándolo todo con pensamientos morales. Cuando observé su preparación para la Misa y su acción de gracias, el aspecto y el fervor en el modo de celebrarla, al punto me convencí de que se trataba de un digno ministro del Señor. Era el teólogo Juan Borel, de Turín. Cuando comenzó después a predicar y admiramos todos la popularidad, la viveza, la claridad y el fuego de caridad que aparecían en todas sus palabras, no cesábamos de repetir: "¡Es un santo!" En efecto, todos a porfía acudíamos a confesarnos con él, a tratar con él de la vocación, a pedirle algún recuerdo. Yo también quise hablarle de cosas del alma. Finalmente le pregunté algún medio para conservar la vocación durante el curso y en especial en las vacaciones, y me dijo estas memorables palabras:

—*Con el retiro y con la frecuente comunión se perfecciona y conserva la vocación y se forma un verdadero eclesiástico.*

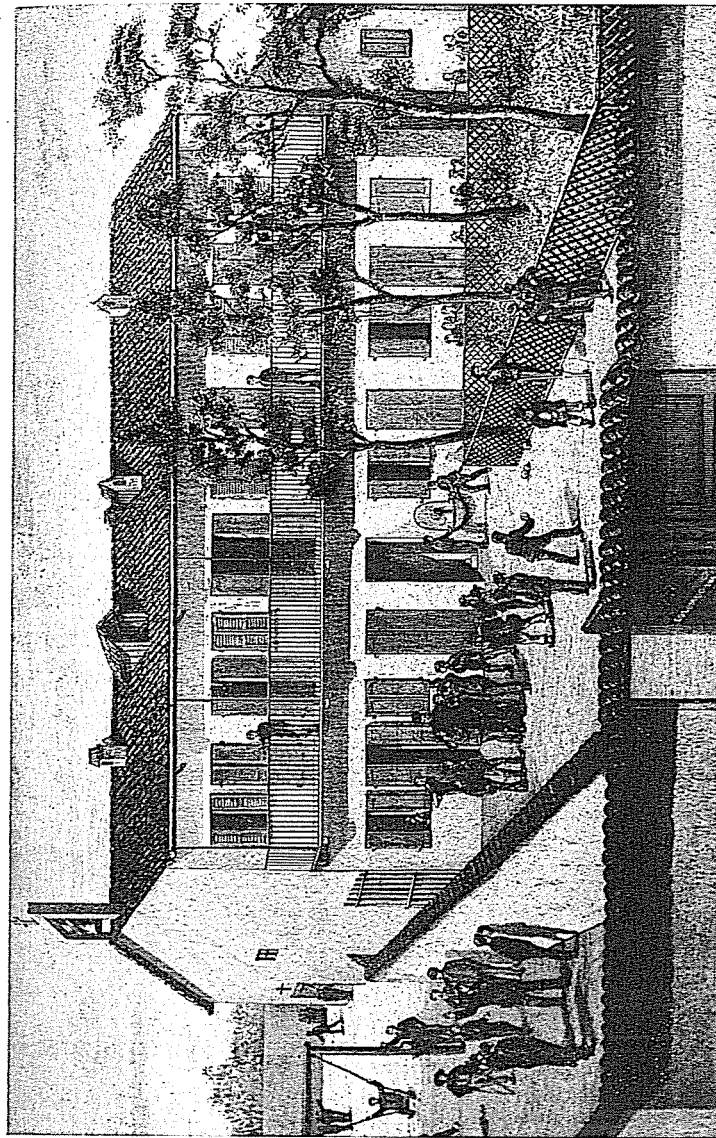
Los ejercicios espirituales del teólogo Borel hicieron época en el Seminario y varios años después aún se repetían las santas máximas que había predicado en público o aconsejado en privado."

* * *

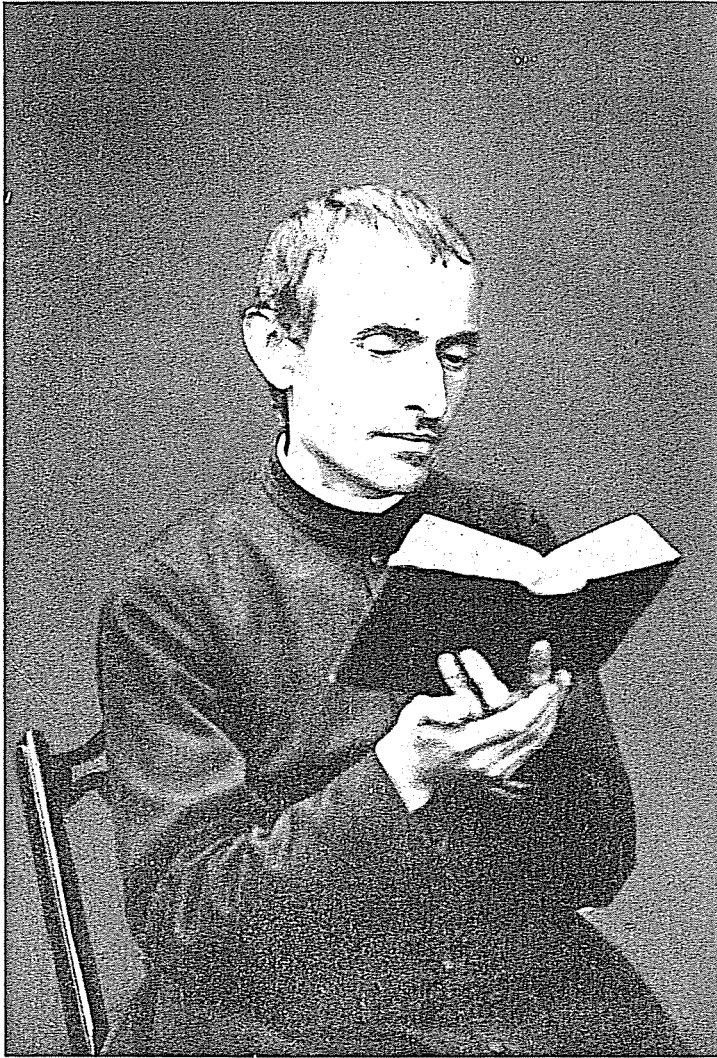
En la mañana del 25 de marzo, día de la Anunciación, al dirigirse Juan a la capilla, se encontró en el corredor a Luis, que lo estaba esperando para decirle que ¡todo había acabado para él! Mucho se sorprendió Juan, porque el día anterior habían paseado juntos mucho tiempo y lo había dejado en perfecta salud. El amigo añadió con voz conmovida:

—Me siento mal y lo que me aterra es que debo presentarme al gran juicio de Dios!

Juan le contestó que no se preocupase; que ésas eran cosas serias, pero lejanas todavía para él; que aún había mucho tiempo para prepararse. Dicho esto entraron en la iglesia. Luis oyó la Santa Misa; pero al fin, sorprendido por gran agotamiento de fuerzas, se le transportó a su habitación y se le puso en cama. En aquel momento, atestigua Don Giacomelli, Juan dijo a sus compañeros que Comollo moriría de aquella enfermedad. En efecto, pareció que se reanimaba; todavía pasó dos días fuera de la cama, pero el Miércoles Santo por la tarde se acostó para no levantarse más.



El primer edificio del "Oratorio" construido por Don Bosco (1851).



El Venerable Don Miguel Rúa, cuando comenzó a "trabajar a medias" con Don Bosco. Nació en Turín el 9 de junio de 1837. Murió en la misma ciudad el 6 de abril de 1910.

El santo joven tenía un temor grandísimo al juicio de Dios. Más de quince veces repitió a Juan durante la enfermedad:

—Debemos separarnos; se acerca el tiempo en que debo presentarme al tribunal de Dios.

La noche del Sábado Santo la pasó Juan junto al lado del lecho de su amigo. Hacia las nueve el enfermo tuvo un acceso que duró tres horas; después desapareció de él aquel aire de tristeza y de terror que días atrás mostraba por los juicios divinos y pareció completamente sereno y tranquilo. Juan le preguntó de qué provenía tal cambio.

A esta pregunta se mostró él un poco cohibido para responder; después, mirando a todas partes para asegurarse de que nadie le oiría, le refirió en voz baja que poco antes le había parecido encontrarse en un gran valle con un gran abismo en medio y con una turba de monstruos que intentaban empujarlo hacia aquella sima; que habiendo hecho la señal de la cruz, se habían apartado un poco, pero sin permitirle huir, cuando he aquí que llegaron muchos hombres armados para librarlo. Dirigióse después al pie de una montaña elevada, a la que sólo se podía subir por una escalera. Pero ésta tenía todos los escalones ocupados por grandes serpientes prontas para devorar a quienquiera que subiese por ella. Ya estaba él para sucumbir, cuando apareció la Virgen, que lo tomó por la mano diciendo: "Ven conmigo. ¡Has trabajado en mi honor y me has invocado muchas veces; por tanto, es justo que recibas ahora la debida recompensa! Las comuniones hechas en mi honor te valen la liberación del peligro en que te ha puesto el enemigo de las almas." Y lo condujo hasta lo más alto de la escalera, a un jardín deliciosísimo, donde lo dejó con estas palabras: "Ahora estás en salvo. Mi escala es la que debe conducirte al Sumo Bien. ¡Ánimo, hijo mío, el tiempo es breve! Las flores, que son el bello ornamento de este jardín, las recogen los ángeles y con ellas tejen una corona de gloria para colocarte entre mis hijos en el reino de los Cielos."

* * *

Hace notar el Santo:

“Dígame lo que se quiera de dicha relación, el hecho fue que tan grande como había sido antes su temor de comparecer ante Dios, fue después su deseo de que llegase aquel instante. Nada de tristeza ni melancolía en el semblante; antes bien, sonriente y jovial, quería cantar salmos, himnos y piadosas alabanzas.

Espectáculo verdaderamente edificante y maravilloso fue su última comunión. Terminada la confesión y hecha la preparación para recibir el Santo Viático, cuando el Director, que era el ministro, seguido de los seminaristas, entraba en la enfermería, al comparecer ante el enfermo, éste, profundamente conmovido, cambia de color, muda de aspecto y lleno de santo transporte, exclama:

—¡Oh hermosa vista, gozoso espectáculo!... ¡Mira cómo brilla el sol que lo ilumina! ¡Cuántas hermosas estrellas forman su corona! ¡Cuántos le adoran postrados en tierra y no se atreven a levantar su frente inclinada! ¡Ah, deja que yo vaya a postrarme con ellos y adore también aquel sol nunca visto!

Mientras decía tales cosas, quería incorporarse y con enérgicos esfuerzos trataba de acercarse al Santísimo Sacramento. Yo procuraba retenerlo en la cama; lágrimas de ternura y asombro brotaban de mis ojos y no sabía qué decir ni qué responderle. Pero él se esforzaba más y más por llegar hasta el Santo Viático y no se aquietó hasta que lo hubo recibido. Después de la comunión estuvo algún tiempo inmóvil, absorto enteramente en los más afectuosos sentimientos de amor a Jesús; después se renovaron sus transportes de gozo, pronunciando durante un buen rato fervorosas jaculatorias. Finalmente, en voz baja, me llamó y me rogó que no le hablara sino de cosas espirituales, porque decía que eran demasiado preciosos los últimos momentos que le quedaban de vida y debía emplearlos todos en glorificar a Dios; por eso no respondería si le preguntaban cosas distintas de aquéllas.

Como el enfermo parecía bastante postrado de fuerzas y con propensión al sueño, se le dejó descansar. Los seminaristas celebraban las sagradas funciones de la Catedral. Después de un breve descanso se despertó y, encontrándose solo conmigo, me dijo:

—Ya ha llegado, querido amigo, el instante en que debemos separarnos por algún tiempo. Pensábamos confortarnos en las vicisitudes de la vida, ayudarnos, aconsejarnos en todo aquello que hubiera podido facilitar nuestra eterna salvación. No estaba escrito así en los

santos y siempre adorables designios de Dios. Tú me has ayudado siempre en las cosas espirituales, científicas y aun temporales, y ahora te lo agradezco. Dios te lo pague. Pero antes de separarnos, escucha algunos recuerdos de tu amigo. *No se satisface la amistad sólo con hacer lo que el amigo pide mientras vive, sino también cumpliendo lo que recíprocamente se han prometido ejecutar después de la muerte.* Por eso el pacto que hemos hecho, con promesa obligatoria, de rogar el uno por el otro para podernos salvar, no quiero que se limite sólo a la muerte del uno o del otro, sino a la de los dos; de modo que hasta que tus días acaben aquí abajo, prométeme que rezarás por mí.

Aunque al oír tales palabras me sentía inclinado a llorar, contuve las lágrimas y prometí, del modo que lo pidió, cuanto quería...

Por la tarde del día de Pascua, pareció tan postrado, que no podía pronunciar ni articular palabra alguna. En semejante estado, sin proferir una queja por lo atroz de sus dolores, pasó la noche y casi entero el día siguiente. A las siete de la noche del 1 de abril, como las cosas empeoraban, estimó oportuno el director espiritual administrarle la Extremaunción; y el enfermo, que poco antes parecía agonizante, se rehizo y contestó a todas las preces... Al ver que el pulso se debilitaba cada vez más, comprendí que se le acercaba el momento de abandonar el mundo, por lo cual le fui sugiriendo los pensamientos que en aquel trance se me ocurrían. Y él, atento a lo que se le decía, con el semblante y los labios sonrientes, conservando su inalterable tranquilidad, fijos los ojos en el crucifijo, que estrechaba entre sus manos y contra el pecho, se esforzaba en repetir las palabras que oía. Cerca de diez minutos antes de expirar, me llamó por mi nombre y me dijo:

—Si quieres algo para la eternidad... yo... adiós, me voy... Jesús, José y María, en vuestras manos pongo el alma mía.

Estas fueron sus últimas palabras. Después, no pudiendo pronunciar las jaculatorias que se le sugerían, por la rigidez de los labios y porque se le trababa la lengua, con ligeros movimientos de labios daba a entender que continuaba invocando al Señor y a su Santísima Madre.

Estaban presentes también los diáconos Don Sassi y Don Fiorito que le lean el “Proficiscere”, terminado el cual y en el momento en que se pronunciaban los santos nombres de Jesús y María, siempre sereno y sonriente, con la sonrisa del que se sorprende a la vista de una maravillosa y alegre visión, sin movimiento alguno, fue su hermosa alma dulcemente separándose de su cuerpo, volando, como piadosamente se espera, a reposar en la paz del Señor. Su feliz tránsito ocurrió a las dos de la madrugada, antes que apareciese la aurora del 2 de abril de 1839, a la edad de veintidós años menos cinco días.”

Aquella noche el clérigo Vercellino, de Borgaro, en el momento en que Comollo espiraba, lo vio presentarse en el dormitorio diciendo: "¡Acabo de morir!"

* * *

Cuando se hizo de día y se esparció la voz de la muerte de Comollo, una gran consternación invadió el Seminario. Todos, sin embargo, para común consuelo, decían:

—¡A estas horas Comollo ya está en el Paraíso rogando por nosotros!

Y se afanaban a porfía por obtener algún objeto que le hubiese pertenecido y conservarlo en memoria de tan amado y venerado compañero. El rector del Seminario, movido también por las singulares circunstancias que acompañaron la muerte de Comollo, no pudiendo consentir que su cadáver fuese conducido al cementerio común, apenas fue de día marchó a Turín y obtuvo de las autoridades civiles y eclesiásticas autorización para que fuese sepultado en la iglesia de San Felipe, aneja al Seminario. Los funerales fueron solemnísimos.

Apenas lo enterraron, se apareció por segunda vez, siendo testimonio de ello un dormitorio entero de seminaristas, y entre ellos nuestro Santo, por quien propiamente venía para cumplir un pacto: se habían prometido que quien primero muriera, vendría, permitiéndolo Dios, a dar noticias al otro. A la una de la madrugada Comollo, en forma de una lucecilla, avanzaba en medio de un gran estruendo como de tempestad, y llamó a su amigo tres veces, diciendo:

—¡Bosco! ¡Bosco! ¡Bosco! ¡Estoy salvo!

El terror de los seminaristas fue espantoso. Por muchos años se conservó en el Seminario la memoria de esta impresionante escena.

Él lo relata detalladamente en sus Memorias y termina así la narración del prodigioso suceso:

"Sufri mucho y fue tal mi espanto, que en aquellos instantes hubiera preferido morir. Fue la primera vez que recuerdo haber tenido miedo. Esto me originó una enfermedad que me llevó al borde de la tumba y me dejó tan malparado de salud, que no pude recobrarla sino después de muchos años. Desaconsejaré siempre pactos de este género. Dios es omnipotente. Dios es misericordioso. Dios en su infinita misericordia generalmente no escucha esos pactos; pero permite a veces que se cumplan, como en el caso expuesto. La humanidad, flaca, sufre inmensamente al contacto con lo sobrenatural."

La amistad de Comollo ejerció su influencia, como era natural, en Don Bosco, y él lo reconoce, según se ha visto. Agradecido como era, quiso perpetuar la memoria de su virtuoso amigo, y uno de los primeros libros que salieron de su pluma fue precisamente la biografía del amigo.

CAPÍTULO XI

Las Órdenes Sagradas

El dolor por la pérdida del amigo y el espanto que le produjo su aparición perjudicaron notablemente la salud de Juan, ya debilitada por las largas vigiliias. Al fin de junio, todavía delicado de salud, volvió a Castelnuovo. Como la familia Moglia deseaba que su hijo Jorge se hiciese sacerdote, Juan fue a su casa, se hizo cargo del joven y lo condujo consigo al "Sussambrino", donde lo tuvo durante todas las vacaciones, tratándolo como a un hermano, hasta el punto de cederle el propio jergón, y dándole clase por tres meses todos los días. Se unieron a Jorge otros jovencitos de Castelnuovo para repasar la lengua latina. Con las cinco liras que recibía de la familia de dos de ellos se procuró el vestido.

El aire natal no favoreció gran cosa su salud; sin embargo de ello, al comienzo del año escolar de 1839-40 reanudó sus estudios, su oficio de sacristán en el Seminario y su vida ejemplar, estudiosa y jovial.

Pero su salud desmejoraba más y más. Ya hacía un año que padecía. Se vio obligado a guardar cama. Todos los alimentos le repugnaban, le atormentaba un insomnio pertinaz y los médicos lo desahuciaron. Llevaba un mes en el lecho. La madre, que no sabía nada de la desesperada situación de su hijo, fue un día a verlo llevándole una botella de vino generoso y un pan de mijo. Apenas introducida en la enfermería, conoció la gravedad del caso. Cuando se retiraba, quiso llevarse aquel pan, porque era muy pesado para el estómago;

pero Juan le rogó tanto que se lo dejara, que ella, aunque no sin resistirse, accedió. Cuando se vio solo, le entraron vivos deseos de comérselo y beberse el vino. Tomó un pedazo, que masticó poco a poco, y le pareció sabrosísimo. Entonces cortó una rebanada, después una segunda y así se lo comió todo, acompañándolo con aquel vino confortante. Después de esto se durmió con un sueño tan profundo que le duró dos días y una noche. Los superiores del Seminario creyeron que aquel sueño era el presagio de su muerte; pero, al despertarse, estaba curado. De esta enfermedad le quedaron algunas reliquias, que sólo desaparecieron después de diversas vicisitudes.

Aquel año tuvo que ir a casa varias veces, a causa de su mal estado de salud; pero el 25 de marzo de 1840, domingo de "Laetare", pudo recibir la tonsura con las cuatro Órdenes Menores en la iglesia del Arzobispado de Turín.

Entonces fue cuando, visitando en casa de los Moglia a la señora Dorotea, que estaba llena de aprensión por su poca salud, le predijo que llegaría a los noventa años. En efecto, la enferma curó y puso toda su confianza en esta promesa; de modo que algunas veces que se sintió enferma y de modo grave, no quiso tomar los remedios prescritos por los médicos, porque decía:

—¡Don Bosco me ha asegurado que viviré hasta los noventa años!

Sobrevivió a Don Bosco mismo, y todos los días se encomendaba a él, segurísima de que la oiría en el Cielo, hasta que, teniendo sobre el pecho el retrato del hombre de Dios, tan amado de ella, expiró a la edad de noventa y un años.

A fines de aquel año escolar faltó poco para que Juan dejase de existir. Dice él mismo:

"Todavía me encontraba en el Seminario de Chieri. Era el último día, y durante él los clérigos debían marchar a sus casas. Llovía, y yo estaba asomado a la ventana observando el cielo amenazador. Cuando he aquí que, con un fragor terrible, cae un rayo sobre el marco de la ventana en que estaba yo apoyado. Los ladrillos arrancados por el rayo

fueron lanzados contra mi estómago y caí desvanecido en tierra en medio de la habitación. Los compañeros que acudieron me creyeron muerto; me acostaron, me rociaron la cara; recobré el sentido, sonreí y salté de la cama."

* * *

Se le ocurrió entonces intentar una cosa que en aquel tiempo muy raras veces se conseguía: hacer un curso en las vacaciones. Obtenida la aprobación del teólogo Cinzano, se presentó solo al arzobispo Fransoni, pidiéndole autorización para estudiar los tratados del cuarto año en aquellas vacaciones, y así concluir el quinquenio en el curso siguiente de 1840-41. Aducía como razón su avanzada edad de veinticuatro años cumplidos. Aquel santo prelado le concedió el favor solicitado. De este modo, Juan, bajo la guía del teólogo Cinzano, hizo una preparación tal, que el Vicario encargado de examinarlo quedó asombrado. Éste, al ver que Juan respondía admirablemente a sus múltiples preguntas y objeciones, aunque ya conocía cuánto valía, llamó a los otros jóvenes clérigos para que fueran testigos de aquel portento, y continuó en su presencia el maravilloso examen.

Mientras tanto Juan proseguía dando clase de latín. Entre los que procedentes de aquellas cercanías recibieron sus lecciones, se encontraba el joven Juan Bautista Bertagna, que fue después el notabilísimo teólogo y maestro de Moral en el colegio de San Francisco de Asís y obispo auxiliar de Turín.

No descuidaba la predicación. El 26 de julio predicó el sermón de Santa Ana en Aramengo. Nosotros conservamos el precioso manuscrito en los archivos. El 24 de agosto, casi de improviso, tuvo que predicar por San Bartolomé en Castelnuovo mismo.

Acercándose septiembre, recibió aviso de prepararse para recibir el sagrado orden del Subdiaconado. He aquí cómo él mismo habla en sus Memorias de este decisivo acontecimiento de su vida:

"No bastando mi parte de herencia paterna para formarme el patrimonio eclesiástico requerido, mi hermano José me cedió lo poco que poseía. En las Ordenaciones de las cuatro Témporas de otoño fui admitido al Subdiaconado. Ahora que conozco las virtudes que se requieren para aquel importantísimo paso, estoy convencido de que no estaba bastante preparado; pero como no tenía quien se cuidase directamente de mi vocación, tomé consejo de Don Cafasso, el cual me dijo que siguiese adelante y confiase en su palabra. En los diez días de ejercicios espirituales que practiqué en la Casa de la Misión de Turín hice la confesión general, a fin de que el confesor pudiese tener una idea clara de mi conciencia y darme los oportunos consejos. Deseaba terminar mis estudios, pero temblaba ante la idea de ligarme por toda la vida; por eso no quise tomar una resolución definitiva, sino después de obtener el pleno consentimiento del confesor. Desde entonces puse el mayor empeño en practicar el consejo del teólogo Borel: "Con el retiro y la frecuente comunión se conserva y se perfecciona la vocación."

El primer domingo de octubre el nuevo subdiácono dirigió a predicar sobre el Rosario en Avigliana, patria de su amigo Giacomelli. Antes de ponerse en viaje fue a saludar a Don Cinzano, que lo despidió con una frase escritural que se le hizo familiar cuando, al oírlo predicar, vio su aptitud para el sagrado ministerio y su actividad incansable: *In omnem terram exivit sonus eorum et in fines orbis terrae verba eorum.*

* * *

Vuelto al Seminario fue incluido entre los estudiantes del quinto y último año del curso teológico, y hasta por su conducta ejemplar y provecho en los estudios, fue nombrado "prefecto", esto es, director de otros clérigos y responsable de la conducta de éstos. En los exámenes acostumbrados al principio del año obtuvo como siempre un "óptime".

Una pequeña humillación, sin embargo, le preparaba el Señor antes de dejar el Seminario. En el segundo examen que hizo el 17 de febrero de 1841 consiguió solamente "fere óptime". Lo examinaba el teólogo doctor Don Lorenzo Gas-

taldi, que le interrogó sobre un punto que no tenía presente; sin descomponerse, improvisó y urdió un canon del Concilio de Trento con las frases que se le ocurrieron.

—¿Lo dice así el Concilio? —preguntó el señor Gastaldi maravillado de tanta audacia.

El subdiácono se echó a reír, haciendo reír también al examinador.

Por *Sitientes* de 1841, esto es, el sábado anterior al Domingo de Pasión, fue promovido al Diaconado; el 15 de mayo se examinó para la última ordenación, obteniendo un "*plus quam óptime*". Era costumbre antigua en el Seminario de Chieri que los superiores, al fin de cada año escolar, se reuniesen en consejo para examinar la conducta de todos los seminaristas y someterla a un detenido escrutinio, del cual se tomaba nota y se archivaba. En los registros de la Curia de Turín, donde se conserva la relación de los clérigos del año de 1841, en la sección de "Observaciones", al lado del nombre de Juan Bosco, se lee esta nota: *Celoso y de éxito seguro.*

* * *

Hombre de sensibilidad fina y profunda, el día que definitivamente dejó el Seminario fue para él un día de tristeza. "Los superiores me amaban —escribe— y me dieron constantes pruebas de benevolencia. Tenía mucho afecto a mis compañeros. Se puede decir que yo vivía para ellos y ellos vivían para mí. Por esto me fue dolorosísima aquella separación de un lugar en donde había vivido seis años y recibido educación, ciencia, espíritu eclesiástico y todas cuantas demostraciones de bondad y afecto pueden desearse."

El 26 de mayo, fiesta de San Felipe Neri, fue a Turín para comenzar los ejercicios espirituales en la Casa de los Señores de la Misión. "Los hizo de manera edificante —afirma Don Giacomelli—; sentíase íntimamente penetrado de las palabras del Señor que oía en los sermones y especial-

mente de aquellas expresiones que indicaban la gran dignidad que dentro de poco iba a recibir: "¿Quién subirá al monte del Señor o quién estará en su santuario? ¿Quién podrá llamarse digno de ser ministro de Dios y tratar sus sacrosantos y tremendos misterios?" Y el clérigo Bosco, hablando con sus confidentes, se mostraba penetrado de la respuesta del Salmista a la mencionada interrogación: "*El que tiene puras las manos y limpio el corazón y no ha recibido en vano su alma, haciéndola servir a Dios y no a las pasiones... Éste tendrá la bendición del Señor y la misericordia de Dios su Salvador*" (1).

En su precioso cuaderno-diario hemos tenido la fortuna de leer los propósitos que hizo al disponerse para la ordenación sacerdotal.

"Conclusiones de los Ejercicios que he hecho para prepararme a celebrar mi primera Santa Misa. *El sacerdote no va solo al Cielo ni va solo al infierno. Si obra bien, irá al Cielo con las almas que haya salvado; si obra mal, si da escándalo, irá a la perdición con las almas condenadas por su escándalo.* Por tanto, pondré todo mi empeño en observar las siguientes resoluciones:

1. *No pasear nunca, a no ser por necesidad grave, visitas a enfermos, etc.*
2. *Ocupar rigurosamente bien el tiempo.*
3. *Padecer, hacer, humillarse en todo y siempre, cuando se trata de salvar almas.*
4. *La caridad y la dulzura de San Francisco de Sales me han de guiar en todas las cosas.*
5. *Siempre me mostraré contento del alimento que me presenten, a no ser que sea nocivo para la salud.*
6. *Beberé vino aguado y sólo como remedio; es decir, solamente cuando y cuanto lo exija la salud.*
7. *El trabajo es un arma poderosa contra los enemigos del alma; por eso no daré al cuerpo más de cinco horas de sueño cada noche. Durante el día, especialmente después de la comida, no tomaré descanso alguno, salvo caso de enfermedad.*

(1) Salmo XXIII, 3-5.

8. *Cada día dedicaré algún tiempo a la meditación y a la lectura espiritual. Durante el día haré alguna breve visita o al menos haré un poco de oración al Santísimo Sacramento. Emplearé siquiera un cuarto de hora en la acción de gracias después de la Santa Misa.*

9. *No tendré nunca conversaciones con mujeres, fuera del caso de oírías en confesión o de alguna otra necesidad espiritual.*

En sus Memorias encontramos estas otras noticias:

“El día de mi ordenación era la vigilia de la Santísima Trinidad, 5 de junio, y la hizo el Arzobispo, Monseñor Luis Fransoni, en el palacio episcopal. Mi primera Misa la celebré en la iglesia de San Francisco de Asís, en la cual era superior de la comunidad Don José Calfasso, mi insigne director y bienhechor. Me esperaban con ansia en mi pueblo, en donde hacía muchos años que no se había celebrado una Primera Misa; pero preferí celebrarla en Turín, sin ruido, en el altar del Ángel Custodio que se encuentra en esta iglesia, en la parte del Evangelio. En aquel día, la Iglesia Universal celebraba la fiesta de la Santísima Trinidad; la archidiócesis de Turín, la del Milagro del Santísimo Sacramento; la iglesia de San Francisco, la fiesta de Nuestra Señora de las Gracias, allí honrada desde tiempo antiquísimo. Puedo llamar aquel día el más hermoso de mi vida. En el *Memento* de aquella memorable Misa procuré hacer devota mención de todos mis profesores, bienhechores espirituales y temporales y singularmente del llorado Don Calosso, a quien siempre he recordado como grande e insigne bienhechor. Es piadosa creencia que el Señor concede infaliblemente la gracia que el nuevo sacerdote le pide celebrando la Primera Misa; yo pedí ardientemente “*la eficacia de la palabra*, para poder hacer bien a las almas. Me parece que el Señor escuchó mi humilde plegaria.”

Don Bosco, por humildad, dice “me parece”, pero verán los lectores cómo obtuvo con maravillosa abundancia la gracia solicitada. Con mucha frecuencia, una simple palabra suya obraba portentos, mudando instantáneamente las voluntades y suscitando extraordinarias vocaciones religiosas. Mas, ¿cómo podía ser de otro modo, si, además del intrínseco infinito valor del incruento Sacrificio, y con la ayuda de la gracia necesaria para la sublime misión que le fue ordenada por el mismo Divino Redentor, había celebrado la Primera Misa con aquel ardor de fe, de esperanza y de cari-

dad que sólo se alberga en los corazones más estrechamente unidos a Dios? Prueba esplendorosa de ello es el amor de serafín con que continuó celebrándola hasta el fin de su vida. La edificante impresión que en ella se recibía era tal, que nunca más se borraba. Adondequiera que fuese, aun fuera de Italia, el saber la hora y el lugar donde Don Bosco celebraba era bastante para reunir gente en torno de su altar, y cuando acababa la Misa: “¡Es un Santo, es un Santo!” —repetían en voz baja.

* * *

El lunes, después de la Trinidad, fue a celebrar la segunda Misa en la Consolata “para agradecer, como él escribe, a la Santísima Virgen los innumerables favores que le había alcanzado de su Divino Hijo Jesús”.

“El martes —continúa— me dirigí a Chieri y celebré Misa en la iglesia de Santo Domingo, donde todavía estaba mi antiguo profesor, Don Giusiana, que con paternal afecto me esperaba. Con él permanecí todo aquel día, que puedo llamar de Paraíso.

El miércoles ofrecí el Santo Sacrificio en la Catedral de aquella ciudad.

El jueves, solemnidad del “Corpus Christi”, cumplí con mis paisanos y fui a Castelnuovo, donde canté Misa y presidí la procesión de aquella fiesta. El párroco quiso invitar a comer a mis parientes, al clero y a los principales de la población. Todos tomaron parte en aquella fiesta, porque yo era muy querido de mis conciudadanos y todos gozaban haciéndome todo el bien que podían. Por la tarde fui a mi casa. Pero cuando estuve cerca de ella y vi el lugar donde había tenido el sueño de mis nueve años, no pude contener las lágrimas y dije: “¡Qué maravillosos son los designios de la Divina Providencia! Verdaderamente Dios ha sacado de la tierra a un pobre niño para colocarlo con los principales de su pueblo.”

Mi madre en aquel día, estando solos, me dijo estas memorables palabras:

—Eres sacerdote; dices Misa; desde ahora ya estás más cerca de Jesucristo. Recuerda, sin embargo, que comenzar a decir Misa quiere decir empezar a padecer. No lo advertirás inmediatamente; pero poco a poco verás que tu madre te ha dicho la verdad. Estoy segura de que

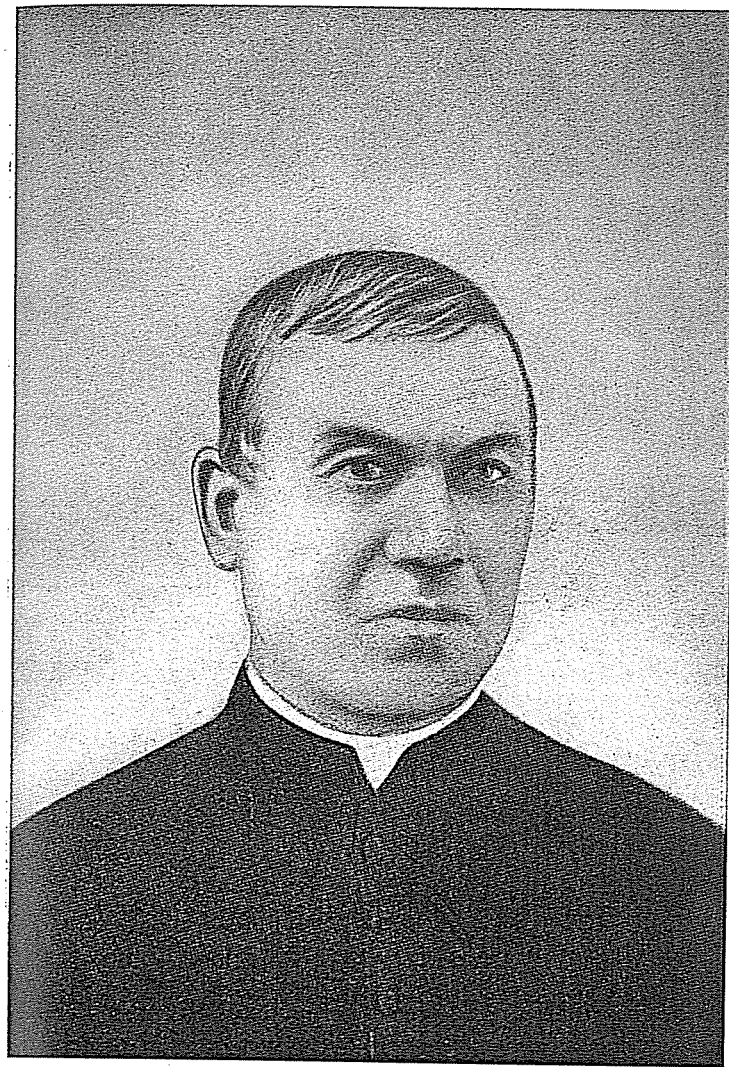
todos los días rezarás por mí, esté viva o muerta; esto me basta. En adelante, piensa solamente en la salud de las almas y no te preocupes de mí."

¡Santa y generosa madre, que había hecho milagros, como refería el teólogo Cinzano, de sacrificios, de privaciones, de paciencia, de humillaciones, para ayudar a su hijo a hacerse sacerdote! ¡De cuántas maneras la recompensó el Señor por haberle celosamente custodiado el sagrado depósito que le había entregado en la persona de su Juan! Pero el premio de mayor estima para ella será ver agigantarse en el corazón de su hijo las virtudes, cuya semilla sembró ella; leer en su mirada la paz exuberante de la conciencia; admirarlo constantemente dispuesto a promover la gloria de Dios; tocar con la mano la visible y continua protección de la Divina Providencia en sus empresas; contemplarlo siempre ansioso de destruir el pecado y salvar las almas; verlo de continuo lleno de aquel gozo que procede de la idea de la presencia de Dios, al cual alude el Real Profeta cuando dice: *"Cantaré al Señor mientras viva; cantaré himnos a mi Dios mientras exista. Séale acepto mi poema; en cuanto a mí, mi gozo estará en el Señor. Desaparezcan de la tierra los pecadores y no existan ya más los impíos. Bendice, alma mía, al Señor"* (1).

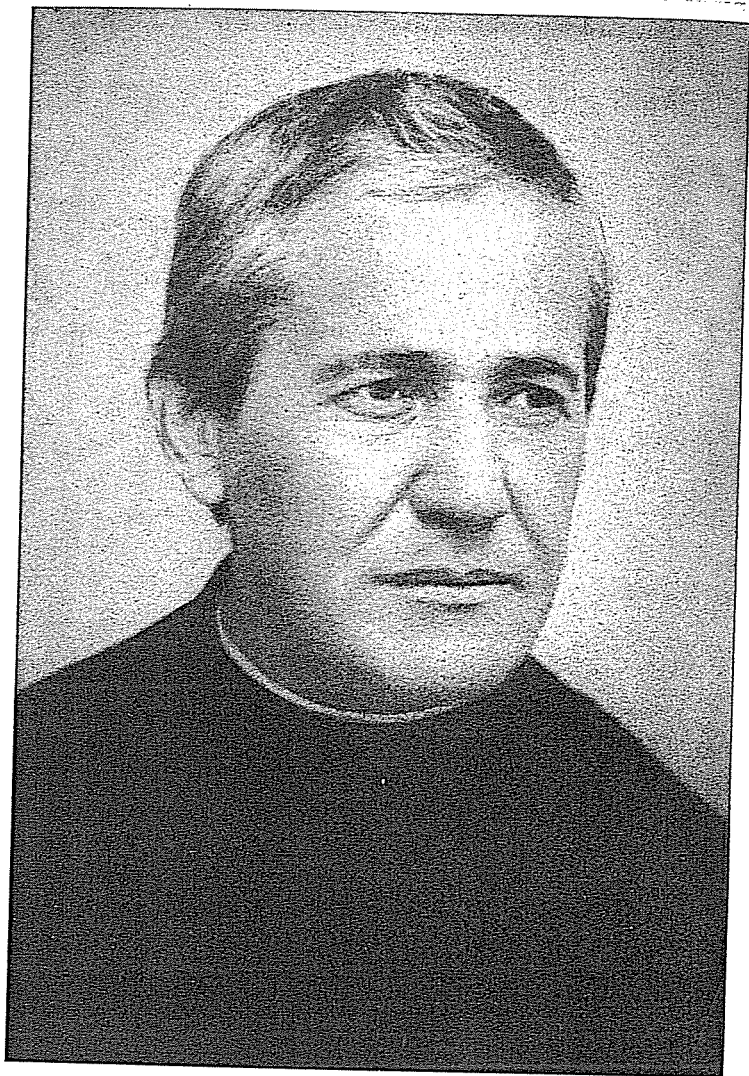
(1) Salmo CIII, 33-35.

SEGUNDA PARTE

Apóstol de la juventud



Rvdo. Don Carlos Ghivarello, ingeniero. Fue el primer "Consejero Profesional" de la Congregación. Inventó una fresadora que por muchos años se la consideró como un modelo en su género y varios aparatos eléctricos. Nació en Pino Torinese en 1839 y murió en San Benigno Canavese en 1913.



Rvdo. don Celestino Durando, doctor en Filosofía y Letras. Nació en Farigliano en 1840 y murió en Turín en 1907. Fue el primer Consejero Escolástico de la Congregación. Buen filósofo, compuso un Diccionario latino-italiano e italiano-latino.

CAPÍTULO XII

Los principios de una grande obra.

¡Juan Bosco es sacerdote! El pastorcillo de “Becchi” ha llegado a la meta suspirada; sus votos se han cumplido; el ideal de su vida ha sido logrado; el objeto principal de su celo de sacerdote será la juventud pobre y desamparada. Ésta es su misión.

Él mismo nos indica el fin que se propuso con este apostolado: “Cuando me dediqué a esta parte del sagrado ministerio me propuse consagrar todas mis fatigas a la mayor gloria de Dios y en bien de las almas; pensé en formar buenos ciudadanos en esta tierra, para que un día fuesen dignos habitantes del Cielo.” Un fin tan noble no podía menos de atraerle la admiración de los hombres y las bendiciones de Dios.

Los primeros meses de sacerdocio los pasó en Castelnuovo, ayudando como coadjutor a su párroco.

“Pero mi delicia —escribe— era enseñar el Catecismo a los niños, entretenerme con ellos, hablar con ellos. Con frecuencia venían de Murialdo a visitarme; cuando iba a mi casa me rodeaban todos. Los de la región comenzaron a hacerse compañeros y amigos míos. Cuando salía de la casa parroquial me acompañaba una bandada de niños; dondequiera que fuese, me rodeaban y hacían fiesta mis amiguitos.”

Propagador incansable de la divina palabra, le invitaron a fines de octubre a hacer el panegírico de San Benigno, en Lavriano.

“Acepté de buen grado —escribe él—, pues aquél era el pueblo natal de mi amigo y colega Don Juan Grassino, después párroco de Scalenghe. Deseaba honrar aquella solemnidad y por eso preparé y escribí mi sermón en lenguaje popular, pero elegante; lo estudié bien, persuadido de que gustaría. Pero Dios quiso dar una terrible lección a mi vanagloria.”

Tuvo que servirse de un caballo para llegar a tiempo; pero el animal, espantado por una bandada de pájaros, lo tiró por tierra sobre un montón de piedras machacadas. Acudió en su auxilio un buen hombre desde una colina cercana y lo llevó a su casa.

Después de reponerse un poco Don Bosco, le preguntó quién era.

—Está usted en la colina de Bersano, en casa de Juan Calosso, apodado “Escarcha”, su humilde servidor. Yo también he viajado y he necesitado de los demás. ¡Oh, cuántas cosas me han ocurrido yendo a las ferias y a los mercados!... Escuche una: Hace varios años, en otoño, fui a Asti con mi borriquillo a hacer provisiones para el invierno. A la vuelta, cuando llegué al valle de Murialdo, mi pobre animal, bastante cargado, cayó en un barrizal y se quedó atascado en medio del camino. Fueron inútiles mis esfuerzos para levantarlo. Era medianoche, el tiempo estaba muy oscuro y lluvioso. Como no sabía qué hacer, me puse a gritar pidiendo auxilio. Después de algunos minutos me respondieron del caserío cercano. Vinieron un clérigo, su hermano, con otros dos hombres llevando teas encendidas. Me ayudaron a descargar el borriquillo, lo sacaron del fango y me llevaron a mí y las provisiones a su casa. Yo estaba medio muerto y mi carga completamente enlodada. Me limpiaron y me confortaron con una buena cena, y después me proporcionaron una cama, muy blanda por cierto. Por la mañana, antes de marchar, quise darles una retribución, como era natural, pero el clérigo la rehusó diciendo:

—¡Puede ocurrir que mañana nosotros tengamos necesidad de usted!

“Al oír aquellas palabras —continúa Don Bosco— me sentí conmovido hasta el punto de que el otro notó mis lágrimas.

—¿Se siente mal? —me preguntó.

—¡No! —respondí—, me agrada tanto esta narración que me conmueve.

—¡Si yo supiese qué podía hacer por aquella buena familia! ¡Qué buena gente!

—¿Cómo se llamaba?

—Familia Bosco, vulgarmente llamada “Boschetti”. Pero, ¿por qué se muestra tan conmovido? ¿Conoce usted a aquella familia? ¿Vive? ¿Está bien aquel clérigo?

—Aquel clérigo, amigo mío, es este sacerdote, al cual usted ha recompensado mil veces por cuanto hizo por usted. Es el mismo que ha traído usted a su casa y ha colocado en esta cama...

Cualquiera puede figurarse el asombro y la complacencia de aquel buen cristiano, como también mi asombro y complacencia porque Dios, en la desgracia, me había puesto en manos de tal amigo. Su mujer, su hermana, otros parientes y amigos se alegraron muchísimo al saber que les habían traído a casa a aquél de quien tantas veces habían oído hablar. No hubo atención y obsequio que no me prodigarán. Llegó a poco el médico, vio que no había rotura y así, en pocos días, en el mismo caballo, que ya se había encontrado, pude ponerme en camino de mi pueblo. Juan Calosso me acompañó hasta casa y mientras vivió conservamos siempre afectuosos recuerdos de amistad.

Después de este aviso —concluye humildemente—, tomé la firme resolución de preparar en adelante mis sermones sólo a la mayor gloria de Dios y no para ser tenido por docto y letrado.

* * *

No fue ésta la única aventura de aquellas vacaciones. A mediados de octubre dirigióse en compañía de un buen jovencito a visitar a su antiguo maestro Don Lacqua, que entonces se encontraba en Ponzano. Pero caminando, ya bien entrada la noche, se extraviaron en un extenso bosque, al mismo tiempo que se desencadenaba un furioso temporal. ¿Qué hacer? Se detuvieron un poco en un punto en donde creyeron que podrían cobijarse; pero al ver que el mal tiempo arreciaba, después de rezar una oración a María Santísima, dijo al compañero:

—Sigamos esta dirección; a alguna parte saldremos!

Así lo hicieron y en breve distinguieron una luz. Aceleraron el paso y no tardaron en ver a varias personas que trabajaban en un horno; pero aquella gente, apenas los vieron, dejándolo todo, huyeron a su casa y se encerraron espantados. A fuerza de muchos ruegos de Don Bosco abrieron la puerta, pero sólo para atisbar; había allí hombres armados que, bruscamente, le preguntaron quiénes eran y a dónde iban. Tranquilizados por Don Bosco, y al preguntarles por qué habían mostrado tanto miedo, dijeron que por los contornos vagaban asesinos que la noche anterior habían cometido un homicidio; que los gendarmes estaban dando una batida por el campo en busca de los delincuentes y hasta entonces no los habían encontrado.

Les rogó Don Bosco que los acompañaran a Ponzano; pero ellos le dijeron que estaba muy lejos. Les pidió por caridad que les prestasen algún vestido, porque no había un solo hilo del suyo que no gotease, y se excusaron diciendo que eran pobres; pero los acompañaron a casa del dueño del cercano castillo, un tal señor Moioglio.

Este, que era un viejecito chapado a la antigua, todo corazón y caridad, hospedó a Don Bosco y al joven en su casa, dispensándoles la más amable acogida. Al día siguiente siguió Don Bosco hacia Ponzano, donde volvió a ver, con el gozo que se supone, al anciano maestro y a la señora Mariana, que continuaba prestando servicio al venerable sacerdote.

* * *

Al final de las vacaciones ofrecieron tres empleos a Don Bosco. El primero, de preceptor en una familia de señores genoveses con el sueldo de mil liras anuales (1). Pero la buena Margarita, pensando que detrás de las cortinas de seda no reina siempre la inocencia de costumbres, respondió:

(1) Mil liras era entonces una suma muy respetable.

—¿Mi hijo en casa de señores?... ¿Qué haría él con mil liras, qué haría yo, qué haría su hermano, si Juan perdiese después su alma?

Le propusieron también el oficio de capellán en el caserío de Murialdo, con aumento de la retribución que se acostumbraba dar hasta entonces; porque aquella buena gente había declarado que estaba dispuesta a duplicarle el estipendio, con tal de tenerlo como maestro de sus hijos.

Finalmente le ofrecieron el cargo de vicario en Castelnuovo, donde era muy amado de sus paisanos, especialmente de Don Cinzano.

Como se trataba de resolver un asunto de mucha importancia, el siervo de Dios marchó a Turín para pedir consejo a Don Cafasso, a fin de conocer mejor la voluntad del Señor. El santo sacerdote escuchó las propuestas, la insistencia de parientes y amigos, su buena voluntad de consagrarse por entero a la labor evangélica, y sin vacilar un instante le dijo:

—Usted tiene necesidad de estudiar más a fondo la Moral y la predicación; renuncie por ahora a toda clase de propuestas u ofrecimientos y véngase al Colegio Eclesiástico.

El Colegio Eclesiástico de que hablaba Don Cafasso fue fundado en 1820 por un dignísimo sacerdote, el teólogo Luis Guala, de quien ya hemos hecho mención, y se hallaba instalado en la iglesia de San Francisco de Asís. Inmenso fue el bien que Don Luis Guala procuró a las diócesis del Piamonte, y en especial a la de Turín, con tal fundación.

En 1841 el brazo derecho del teólogo Guala era precisamente Don Cafasso, suplente suyo en las conferencias morales y después su sucesor. Hombre de virtud a toda prueba, de prodigiosa serenidad, de sensatez y prudencia admirables, de eximia piedad, a un mismo tiempo acendrada y humilde, cooperó eficazmente a formar un clero docto y ejemplar. Una mina valiosa se ocultaba también en el teólogo Don Félix Golzio, entonces simple alumno del Colegio Eclesiástico; su vida retirada no le valió gran renombre, pero con su trabajo incesante, su humildad y el tesoro de su

profunda ciencia ayudaba mucho a Don Guala y a Don Cafasso, que lo estimaban y amaban en gran manera.

Don Bosco, pues, fue invitado a ingresar en la escuela de estos ejemplares sacerdotes e insignes maestros; más acertado no podía ser el ofrecimiento. El Siervo de Dios renunció al punto a todo empleo lucrativo, y aun a la santa satisfacción que le inclinaba a ocuparse muy pronto en la educación de los jovencitos de su pueblo, y se decidió a entrar en el Colegio Eclesiástico. En efecto, el 3 de noviembre de 1841, después de celebrar la Misa en Castelnuovo, se ponía en marcha para Turín.

El Colegio Eclesiástico no era un reclusorio ni en él se hacía vida de ermitaño; estaba abierto a todos los horizontes del ministerio sacerdotal.

Con su ingreso en él, aquel misterioso ardor que lo impulsaba a cuidarse de la juventud se encendió en él aún más a la vista de la miseria y del abandono en que se encontraban tantos jóvenes de la capital del Piamonte. El tiempo libre de los estudios eclesiásticos dedicábalo a estudiar el ambiente social. Con ese su profundo sentido psicológico y social se dio pronto cuenta de las graves necesidades y de los enormes problemas que se estaban gestando en una sociedad que marchaba a marchas forzadas hacia la industrialización e intuyó que para remediarlos habría que dedicar preferente atención a la educación del obrero y de las clases populares.

Cuando pasaba cerca de tiendas y fábricas, veía con bastante frecuencia sonrisas equívocas y oía inconvenientes canciones, imprecaciones y aullidos, y entre las voces de los adultos, las de aquellos infelices jovencitos. A cada paso tropezaba con niños apenas cubiertos de harapos, a quienes sus padres, por negligencia, por haraganería o por vicio, abandonaban por las calles, acostumbrándolos a la mendicidad y al ocio para ahorrarse el gasto de suministrarles el pan. Más frecuentemente aún se encontraba con grupos de muchachos ociosos, burlones y provocativos, que llevaban grabada en la frente la marca de la depravación.

Además, el teólogo Guala solía todas las semanas enviar a los presos, especialmente a los del "Correccional", tabaco, pan y aun dinero, y para este caritativo oficio se valía de los jóvenes sacerdotes que iban allí a enseñar el Catecismo. Agregado Don Cafasso hacía varios años a la Compañía de la Misericordia, era uno de los ocho cofrades elegidos para visitar las cárceles y atender a los pobres presos en sus necesidades espirituales y temporales; puede decirse que las cárceles eran su centro y los presos, sus hijos. Deseoso de que el nuevo discípulo y paisano se le uniese en el vasto campo de sus fatigas, lo condujo a las cárceles.

* * *

¡Qué sentimiento de espanto y compasión juntamente experimentó Don Bosco! Le horrorizó la vista de aquella turba de jóvenes de doce a dieciocho años, sanos, robustos, de inteligencia despierta, que vivían desocupados, faltos del pan espiritual y temporal, expiando con una triste reclusión, y aún más, con los remordimientos y la desesperanza, las culpas de una precoz depravación. Comprendió claramente que todo eso se hubiera podido "prevenir" con una educación a tiempo. ¡Y cuáles —escribe él— no fueron mi sorpresa y mi asombro, cuando supe que muchos de ellos salían con el firme propósito de hacer mejor vida, y otra vez eran conducidos al lugar del castigo, del cual pocos días antes habían salido!" Comprendió también la necesidad de una asistencia posterior. "En aquellas ocasiones me convencí de que algunos volvían a la prisión porque quedaban abandonados a sí mismos. ¿Quién sabe —decía para mí—, si estos muchachos tuviesen fuera un amigo que se cuidase de ellos, los asistiese e instruyese en la religión los días festivos, ¿no se lograría alejarlos de la ruina, o al menos, disminuir el número de los que vuelven a la cárcel? Comuniqué este pensamiento a Don Cafasso y con su consejo y sus luces me puse a estudiar el modo de efectuarlo, poniéndolo todo en

manos de Dios, sin el cual son vanos todos los esfuerzos de los hombres.”

Al mismo tiempo, el generoso teólogo Guala, sirviéndose también de los sacerdotes alumnos, socorría periódicamente a numerosas personas y familias que vivían en grande necesidad. También fue encargado de este oficio el joven sacerdote de Castelnuovo. Así tuvo también ante sus ojos otro cuadro de humanas miserias, que lo confirmó aún más en el propósito de dedicarse a la salvación de los muchachos desamparados.

Pero el Señor quería revelar a su Siervo otro espectáculo todavía más triste. En los primeros meses de su estancia en Turín Don Bosco se encontró un día con San José Cottolengo, el cual, mirándolo fijamente y haciéndole algunas preguntas, le dijo:

—Tiene usted cara de buena persona; venga a trabajar a la Pequeña Casa de la Divina Providencia, que el trabajo no faltará.

Don Bosco le besó la mano, se lo prometió y pocos días después fue a Valdocco. La piadosa Obra de Cottolengo era ya colosal en aquellos tiempos.

Al entrar en aquella morada del dolor y de la caridad cristiana, leyó en la puerta las palabras que explicaban el secreto de tantos milagros: *Caritas Christi urget nos!*; y arrodillándose ante la imagen de María Santísima, colocada en la antecámara de corredores, profundamente conmovido, derramó lágrimas al leer bajo el arco: *Infirmus eram et visitatis me*. Rogó, pues, que le presentaran al Santo Fundador. El canónigo Cottolengo lo acogió con cariño y le hizo visitar los grandes locales de la casa; por todas partes se respiraba fervor y caridad. También allí se entristeció Don Bosco a la vista de tantos jóvenes que precozmente marchaban a la tumba empujados por hábitos viciosos. Allí comprendió que también mucho de eso podía “prevenirse”.

Después de aquella detenida visita, Cottolengo, tocando y

LA CIUDAD DE TURIN EN EL 1860

SE HALLAN SEÑALADOS LOS LUGARES DONDE ESTUVO EMPLAZADO EL ORATORIO ANTES DE LLEGAR A SU META

- 1 - La iglesia de San Francisco de Asís, donde el día 8 de diciembre de 1841 empezó Don Bosco la obra de los Oratorios con el muchachito Bartolomé Garelli.
- 2 - El “Refugio” de la Marquesa Barolo, a donde fue trasladado el Oratorio en octubre de 1844.
- 3 - San Pedro “in Vinculis”, donde el Oratorio se reunió una sola vez, el domingo, 25 de mayo de 1845.
- 4 - Los “Molassi” o Molinos Dora, donde solían reunirse los muchachos del Oratorio en el otoño de 1845.
- 5 - La casa Moretta, donde estuvo el Oratorio desde el mes de diciembre de 1845 hasta el final de febrero del 1846.
- 6 - El prado Filippi, última etapa del Oratorio en marzo de 1846.
- 7 - El Oratorio en el cobertizo Pinardi (12 de abril de 1846), primer lugar estable de la Casa Madre de los Salesianos.

En el n.º 7 se pueden ver los pabellones levantados por Don Bosco desde 1851 al 1857: a) A la izquierda la capilla de San Francisco de Sales. b) A la derecha el pabellón destinado a Internado, hasta la habitación de Don Bosco. c) En la parte inferior, las aulas para clases diurnas.

apretando entre sus dedos las mangas de la sotana del joven sacerdote, le dijo:

—Pero usted usa un paño demasiado sutil y ligero. Procúrese uno que sea bien fuerte y consistente, para que los muchachos se le puedan agarrar sin romperse... ¡Vendrá un tiempo en que le tirará de él mucha gente!

Tanto amor y tanta compasión por la juventud no tardaron mucho en revelarse; los mismos jóvenes lo advirtieron y pronto empezaron a estrecharse espontáneamente en torno de él. “El señor Don Cafasso —indica el mismo Don Bosco— hacía ya varios años que, en el verano, todos los domingos enseñaba el Catecismo a los muchachos albañiles en una salita aneja a la sacristía de la iglesia de San Francisco de Asís. La multitud de ocupaciones de este sacerdote le obligaron a interrumpir un ejercicio para él tan grato. Yo lo reanudé a fines de 1841.”

* * *

Había decidido dar comienzo a una obra en favor de los pobres y abandonados, para lo cual esperaba sólo el momento fijado por el Señor, enteramente resuelto a secundar generosamente su santa voluntad. En efecto, consultándolo con Dios en persistente y fervorosa oración, se presentó al señor Arzobispo, a fin de entenderse con él para asegurarse mejor de la voluntad divina y obviar las dificultades que más tarde pudieran presentarse. Monseñor Fransoni, oído el proyecto de los “Oratorios Festivos”, le dio al punto amplia aprobación y su bendición pastoral.

De vuelta en el Colegio, hallábase todavía preocupado por saber cuándo y cómo daría principio a la obra, cuando un hecho inesperado le abrió el camino de ella. La narración auténtica de Don Bosco es la siguiente:

“El día solemne de la Inmaculada Concepción de María (8 de diciembre de 1841), a la hora señalada, estaba ya para revestirme con los sagrados ornamentos y celebrar la Santa Misa. El sacristán José

Comotti, al ver a un muchacho en un rincón, lo invitó para ayudarme a celebrar el Santo Sacrificio.

—No sé —respondió aquél mortificado.

—Ven —replicó el otro—; has de ayudar a Misa.

—No sé —insistió el muchacho—; nunca lo he hecho.

—Eres un animal —dijo el sacristán enfurecido—; si no sabes ayudar a Misa, ¿a qué vienes a la sacristía?

Y así diciendo toma el mango del sacudidor y la emprende a golpes sobre los hombros y la cabeza de aquel pobrecillo, quien echó a correr.

—¿Qué hace usted —dije en alta voz—; ¿por qué le pega de esa manera a ese joven? ¿Qué ha hecho?

—¿Por qué viene a la sacristía, si no sabe ayudar a Misa?

—Usted ha procedido mal.

—Pero a usted, ¿qué le importa?

—Mucho me importa; es amigo mío; llámelo al instante, tengo que hablar con él.

—¡Tuder!... ¡tuder! (1) (¡Rapaz!... ¡rapaz!) —dijo llamándolo.

Corrió tras él, asegurándole que no lo maltrataría, y me lo trajo.

El chico se aproximó temblando y lloroso por los golpes recibidos.

—¿Has oído ya Misa? —le pregunté con toda la afabilidad que me fue posible.

—No —respondió.

—Ven, pues, a oírla; después te hablaré de un asunto que te gustará.

Me lo prometió. Tenía yo vivos deseos de mitigar la aficción de aquel pobrecillo, para que no le quedara mala impresión de los encargados de la sacristía.

Celebrada la Santa Misa y hecha la debida acción de gracias, conduje a mi candidato con semblante alegre a un pequeño coro inmediato, y asegurándole que no debía temer más bastonazos, me puse a interrogarle:

—¿Cómo te llamas, amigo mío?

—Bartolomé Garelli.

—¿De dónde eres?

—De Asti.

—¿Vive tu padre?

—No, mi padre ha muerto.

—¿Y tu madre?

—También ha muerto.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—¿Sabes rezar?

—No sé nada.

—¿Sabes leer y escribir?

—No sé nada.

—¿Sabes silbar?

El muchacho sonrió. El hielo estaba roto, el corazón se abría, el camino quedaba desobstruido para las preguntas que más interesaban.

—¿Has hecho ya la Primera Comunión?

—Todavía no.

—¿Te has confesado ya?

—Sí, pero cuando era pequeño.

—¿Vas ahora al Catecismo?

—No me atrevo.

—¿Por qué?

—Porque mis compañeros, más pequeños que yo, saben el Catecismo, y yo, que soy ya mayor, no sé nada; por eso tengo vergüenza de ir a aquellas clases.

—Si yo te enseñase aparte el Catecismo, ¿vendrías a aprenderlo?

—Con mucho gusto.

—¿Te gustaría en este cuartito?

—Sí, vendré de buena gana, con tal que no me den golpes.

—Puedes estar tranquilo; nadie te maltratará; tú serás amigo mío, tendrás que tratar sólo conmigo y con nadie más. ¿Cuándo quieres que empecemos nuestro Catecismo?

—Cuando usted quiera.

—¿Esta tarde?

—Sí.

—¿Quieres ahora mismo?

—Sí, con mucho gusto.

El Santo se puso de rodillas y, antes de empezar su lección, rezó con su nuevo amigo una "Ave María", para que la Virgen le concediese la gracia de salvar aquella alma. Después se levantó e hizo la señal de la cruz para empezar, invitándole a hacer lo mismo; pero su alumno no la hacía, porque ignoraba el modo y las palabras; por eso aquella primera vez se limitó a enseñarle la manera de santiguarse y a hablar-

(1) "Tuder" es palabra piamontesa de burla y desprecio.

le de Dios Creador y del fin para el cual nos ha creado. Después de media hora y de haberle asegurado que en lo sucesivo le enseñaría a ayudar a Misa, le regaló una medalla de María Santísima, le hizo prometer que volvería el siguiente domingo y lo despidió con mucha amabilidad. Había surgido en el mundo una nueva obra de excepcional importancia.

Éste es el origen de los Oratorios Festivos de Don Bosco. En varias de sus Memorias, como en la relación enviada a Roma en 1864 para la aprobación de su Sociedad, escribía que "la Obra de los Oratorios empezó en 1841 con un simple Catecismo festivo en la iglesia de San Francisco de Asís". Y a esa Avemaría, rezada con tanto fervor, atribuía el éxito obtenido.

El domingo siguiente, 12 de diciembre de 1841, se ofreció un grato espectáculo. Seis muchachos bastante mal pergeñados, conducidos por Bartolomé Garelli, junto con otros dos recomendados por Don Cafasso, estaban atentísimos a las palabras del nuevo Apóstol de la juventud, que les enseñaba el camino del Cielo. El lugar de las primeras reuniones fue un cuartito contiguo a la sacristía, en medio del cual crecía una vid que, atravesando la bóveda por un agujero, se ramificaba y fructificaba sobre el techo. "En torno de esta vid —atestiguaba Don Giacomelli— recogió y catequizó Don Bosco el primer grupo de sus amiguitos."

* * *

De semana en semana crecía el número de los catequizandos, a los cuales el Santo recomendaba que llevaran cuantos compañeros pudiesen.

Durante aquel invierno limitó su atención a algunos de los más grandecitos, forasteros en Turín y más necesitados de instrucción religiosa, casi todos muchachos albañiles de la parte de Biella y de Milán. Pero a fin de asegurar mejor entre ellos la disciplina y la moralidad, desde los primeros meses invitó y se atrajo a algunos de mejor condición, de

buena conducta y algo instruídos, y hasta de la nobleza, los cuales, adiestrados por él, comenzaron a ayudarle a mantener el orden entre los compañeros, a leer y a cantar himnos sagrados, cosas todas que hacían más provechosa y agradable la festiva reunión. Don Bosco se hallaba convencido de que, sin canto y música, lectura de libros amenos y honestos y otros alicientes, aquellas reuniones habrían sido un cuerpo sin vida. Así, pues, el día de la Purificación de 1842 había ya unas veinte voces que hacían resonar aquellos cuartitos con cantos a la augusta Madre de Dios, entonando por vez primera el himno que comienza: "Lodate Maria, o lingue fedeli." El día de la Anunciación los jóvenes pasaban ya de treinta. Se hizo un poco de fiesta en honor de la Madre Celestial, comulgando todos, y por la tarde, como no cabían en los cuartitos, se trasladaron al cercano Oratorio de San Buenaventura, donde pocas semanas después eran cincuenta.

Las reuniones celebrábanse de esta manera: Cada fiesta por la mañana confesaban y comulgaban; por la tarde se hacía un poco de lectura espiritual, se cantaba un himno, se explicaba el Catecismo y se terminaba con un ejemplo, referido a modo de sermón, y al final se sorteaban y se distribuían algunos regalillos.

Cada mes señalábase anticipadamente un domingo en el que todos se acercaban a los Santos Sacramentos. Tan grata función, que recibió el nombre de "Ejercicio mensual de la Buena Muerte", la anunciaba Don Bosco con pocas, pero cordiales palabras. Para las confesiones se prestaban gustosos el propio teólogo Don Guala y Don Cafasso, los cuales, muy gozosos entre aquella asamblea de niños, suministraban con largueza hojitas, medallas y aun comestibles y vestidos; y si ocurría que Don Bosco tenía que ausentarse, lo suplían con otro sacerdote del Colegio, mientras ellos mismos enseñaban el Catecismo.

Pero el apóstol de aquellos pobres jóvenes era siempre Don Bosco. Iba a buscarlos por todas partes; visitábalos en las tiendas y fábricas; procuraba trabajo a los desocupados;

así le cobraban tanto afecto, que el encontrarlo por la calle era para ellos motivo de afectuoso entusiasmo y de gran alegría.

* * *

Un día encontró cerca del Palacio de la Ciudad a uno de sus jovencitos que volvía de compras y llevaba, entre otras cosas, un vaso lleno de vinagre y una botella de aceite. El pequeñuelo, apenas lo vio, se puso a saltar de alegría y a gritar:

—¡Viva Don Bosco!

Este, sonriendo, le dijo:

—¿Eres capaz de hacer lo que hago yo?

Y se puso a batir palmas. El niño, fuera de sí por el contento, se puso la botella debajo del brazo y gritando “¡Viva Don Bosco!”, intentó aplaudir con entusiasmo, y dejó caer la botella y el vaso por tierra. Al ruido de los vidrios rotos se quedó consternado; después rompió a llorar diciendo que su madre le pegaría.

—Es un mal que pronto se remedia —le dijo Don Bosco—; ven conmigo.

Todavía llorando, lo condujo a una tienda y después de referir el caso a la dueña, le pidió que suministrase al niño lo que había perdido. La mujer, llena de admiración por la bondad del joven sacerdote, no quiso que le pagase la compra hecha.

El mismo afecto le profesaban los varios muchachos que había adiestrado en el oficio de catequistas. Si eran estudiantes, les daba en compensación un poco de clase; explicábales los pasajes más difíciles de los autores latinos, les corregía los trabajos de modo que se aprovecharan de las observaciones; otros, como hacían también varios jóvenes operarios en las horas de descanso, corrían a entretenerse con él durante la semana, y algunos, a veces, llevaban también a sus familias.

Así, la acción benéfica del Siervo de Dios se extendía cada vez más fuera del Colegio.

Es de notar que desde el principio se formó un grupo de catequistas, algunos de los cuales pertenecían a familias distinguidas. Su Oratorio era una gran familia en que se aproximaban categorías sociales bastante distanciadas.

CAPÍTULO XIII

El Oratorio. Avances

I

No menos fructífero era su apostolado en las cárceles. “A medida —escribe— que les hacía a los presos sentir la dignidad del hombre, que es racional y debe procurarse el pan de la vida con trabajos honrados, no con latrocinios; apenas hacía resonar en su mente los principios morales religiosos, experimentaban en su corazón un placer, cuya explicación no sabían darse, pero que los decidía a hacerse mejores. En efecto, no pocos cambiaron de conducta en la cárcel misma; y otros, después de salir, vivieron de modo que no volvieron más allí.”

La gracia que había pedido al Señor —al celebrar su Primera Misa— de que su palabra fuese eficaz en cualquier lugar y circunstancia, le fue abundantemente concedida. Por indicación de Don Cinzano, y para probarlo, fue casi de improviso encargado por Don Cafasso de predicar una novena en el Hospicio de Caridad; y lo hizo con gran asombro de los que sabían que aquellos sermones eran necesariamente improvisados.

Mientras se ejercitaba con tanto celo en estas obras de caridad, con el mismo cariño frecuentaba las clases del Colegio Eclesiástico.

Deseoso de lograr una acertada dirección de las almas en el tribunal de la penitencia y de atraer a todos al amor de

Jesucristo, se aplicó infatigablemente al estudio de la Moral práctica, en lo cual se distinguía también entre todos los compañeros. Tenía mucho interés en escuchar las lecciones del teólogo Guala y de Don Cafasso, considerando como tesoro sus enseñanzas, con aquella agudeza de entendimiento con la cual le veremos idear y ejecutar tantos y tan grandiosos proyectos. Bien puede decirse que el espíritu, la ciencia y la práctica de Don Cafasso se transfundieron en él admirablemente; la misma caridad en acoger a los penitentes, la misma precisión en las preguntas, la misma brevedad en las confesiones, de modo que en pocos minutos desenredaba conciencias intrincadísimas; la misma concisión en aquellas pocas palabras de excitación al dolor, que atravesaban el alma y en ella quedaban impresas; la misma prudencia en proponer los remedios. Los que tuvieron la fortuna de confesarse siquiera una vez con él, admiraron ciertamente la unción y eficacia de sus consejos.

En la segunda semana de junio, por insinuación de Don Cafasso, fue a hacer los Ejercicios Espirituales al Santuario de San Ignacio de Lanzo Torinese; después el mismo Don Cafasso, viéndolo debilitado de fuerzas, lo envió a respirar el aire nativo, encargándose él y Don Guala del cuidado de los muchachos.

Los pocos días que pasó en Castelnuovo los ocupó en catequizar a los niños de “Becchi”, Murialdo y Castelnuovo y en preparar el material para la publicación de una “Historia Sagrada”, de una “Historia Eclesiástica” y de otros libritos dedicados al pueblo y a la juventud.

* * *

A fines de noviembre promulgó un Jubileo extraordinario el Papa Gregorio XVI para obtener la tranquilidad del reino de España, y Don Bosco fue invitado por Monseñor Frasoni a presentarse al teólogo Guala y a Don Cafasso para el examen de confesión, a fin de poder predicar y confesar en

Cinzano, en la segunda semana de diciembre. Obedeció, y se le declaró idóneo, cosa que sólo solía hacerse a fines del segundo año de estudios en el Colegio; con él se hizo, pues, una excepción extraordinaria.

De vuelta en Turín se encontró en condiciones de cuidarse con mejor éxito de sus queridos jovencitos, porque podía oírlos en confesión. A este propósito, al terminar aquel año escribió en un librito los siguientes propósitos:

"Breviario y Confesión.—Procuraré rezar devotamente el Breviario, y rezarlo con preferencia en la iglesia, a fin de que sirva como de visita al Santísimo Sacramento.

Me acercaré al Sacramento de la Penitencia cada ocho días y procuraré practicar las resoluciones que cada vez tome en la Confesión.

Cuando se me llame para oír las confesiones de los fieles, si corre prisa, interrumpiré el Santo Oficio y haré también más breve la preparación y acción de gracias de la Misa, a fin de prestarme para ejercer este sagrado ministerio."

Así lo hizo siempre hasta el fin de su vida.

Al mismo tiempo estudiaba nuevos medios para hacer más atractivas las reuniones dominicales. Había aprendido a tocar aceptablemente el órgano y el piano. Su voz se prestaba a interpretar cualquiera de las partes cantables. Al acercarse la fiesta de Navidad pensó en preparar una cancioncita al Divino Parvulito. Escribió y compuso letra y música sobre el alféizar de la ventana de un pequeño coro de la iglesia de San Francisco. La música, si no seguía todas las reglas del contrapunto, era tan afectuosa, que provocaba las lágrimas de ternura. Se dispuso a enseñarla al punto a sus jovencitos, los cuales carecían de toda instrucción e ignoraban las notas musicales; pero su perseverancia superó todos los obstáculos. Como no disponía en casa de local adecuado para semejantes ejercicios, se veía obligado a salir fuera. La gente miraba sorprendida a aquel sacerdote que en medio de seis u ocho niños andaba de acá para allá por la calle Doragrossa y plaza de Milán, repitiendo en voz baja aquel himno,

que se ejecutó por primera vez en Santo Domingo, y después en la "Consolata", dirigiendo él mismo el pequeño coro y tocando el órgano. Los turineses, no acostumbrados a oír las argentinas voces de los niños, se entusiasmaron; porque en aquellos tiempos sólo los maestros con sus voces robustas, y no siempre simpáticas, cantaban en las funciones de iglesia.

Triunfante en la primera prueba, escribió otra composición para cantarla durante la Comunión, y así poco a poco en otras varias ocasiones.

En esta santa porfía de catequista y de músico, pronto tuvo por colaborador a Luis Nasi, de noble familia turinesa, futuro canónigo, y entonces clérigo. Poeta y artista no vulgar, compuso versos y música para niños, y durante varios años fue su acompañante al órgano y su maestro de capilla.

Estos cantos aumentaban poderosamente la alegría y entusiasmo de los jovencitos y la admiración del pueblo. Un día condujo a sus pilluelos a la Virgen del Pilone. En tres barcas navegaron por el Po y, cuando estuvieron en medio del río, entonaron un cántico. Las gentes del pueblo, que oían desde las orillas, primeramente se detuvieron a escucharlos; después, encantados de la armonía, comenzaron a seguir por las orillas el curso de las barcas. Mientras tanto algunos cornetas militares que se encontraban allí de paso, tocaron sus instrumentos acompañando aquel facilísimo motivo, con hermoso efecto. Los habitantes de la "Madonna del Pilone" salían de sus casas, y cuando las barcas atracaron, cerca de mil personas estaban en las calles esperando a los jóvenes cantores. Fue éste uno de los primeros triunfos de los cantorcitos de Don Bosco, preludio de los otros miles que en lo sucesivo habían de obtener en todas partes. Puede decirse que entonces, sobre las ondas fugitivas y comunicantes del río, comenzó el apostolado musical salesiano, que, como tradición, es obligación sacrosanta.

Con las santas industrias descritas, en 1843 el pequeño Oratorio Festivo iba prosperando maravillosamente, aunque

Don Bosco se hallaba un poco angustiado por la estrechez del espacio que le habían concedido. Llevaba también a sus jovencitos, que eran ya unos ochenta, a dar amenos paseos fuera de la ciudad, en donde podían divertirse a su gusto bajo su vigilancia; pero no siempre le era posible ni cómodo; por lo cual el teólogo Guala le permitió reunirlos algunas veces en la sacristía, agregándole como ayudante algunos clérigos del Colegio.

Grandes eran los consuelos que le procuraba este apostolado. "En poco tiempo —afirma él mismo— me encontré rodeado de jovencitos, todos dóciles a mis admoniciones, todos ocupados en sus trabajos, y cuya conducta, tanto en los días laborables como en los festivos, me atrevía a garantizar sin reserva alguna."

¡Qué fascinación no ejercía ya entonces sobre los jóvenes el Siervo de Dios! Su confesonario se veía rodeado siempre de veinte, treinta, cuarenta y aun cincuenta niños, que devotamente esperaban su turno para confiar al joven sacerdote los secretos de sus almas.

* * *

Mas no estaba todavía satisfecho su corazón; cada día sentía más la necesidad de una iglesia a propósito para sus muchachos, de espaciosos recintos para los recreos, con pórticos o cobertizos para resguardarlos de la intemperie y de algún local para clase. Dábale pena también el modo con que algún superior subalterno los trataba, porque parecía no gustarle mucho aquellas novedades.

Pero el teólogo Guala le alentaba a perseverar, sin cuidarse de las críticas, y aun le dio una prueba de su protección. En aquel tiempo, el juvenil pelotón estaba en gran parte formado de marmolistas, estucadores, empedradores y sobre todo de albañiles; por eso quiso el teólogo que se hiciese una hermosa fiesta en honor de Santa Ana, que en el Piamonte es venerada como patrona de dichos oficios; y en aquel día,

después de las funciones religiosas de la mañana, los invitó a todos a almorzar con él, conduciéndolos (eran casi ciento) a la gran sala llamada de las Conferencias, donde con no poca sorpresa de ellos, les sirvieron pan, café, leche, dulces y confituras.

El teólogo Guala sentía gran admiración por Don Bosco y al verlo, no obstante su delicada salud, realizar tantos prodigios de celo, exclamaba con frecuencia:

—; Si éste se salva de la muerte, hará alguna que sea sonada!

Al final del segundo curso de Moral práctica, el Siervo de Dios hizo su examen definitivo y recibió la licencia para confesar, con fecha de 10 de junio de 1843; por ello Don Cafasso lo invitó a pasar algunos días en la finca que el Colegio poseía en Rivalta.

Invitáronle también a volver a San Ignacio, famosa casa de Ejercicios, situada en un sitio amenísimo de la montaña, que llegó a ser un hermoso campo de sus trabajos apostólicos, porque hasta 1875 todos los años iba allá premurosamente para oír las confesiones durante los Ejercicios de los seglares, y hasta llevaba tandas de sus jovencitos.

De vuelta de San Ignacio, pasó el verano en Turín, acudiendo al confesonario y cuidando de sus queridos jovencitos; después, unas semanas antes de la Virgen del Rosario, fue a Castelnuovo. También ésta, como ya veremos, debía convertirse en una grata excursión periódica de casi toda su vida.

Entretanto el teólogo Guala le concedió un año más de estancia en el Colegio, favor reservado a los más señalados en la piedad y en el estudio. En aquel año ingresó también en el Colegio Don Juan Giacomelli, que en la clase se sentaba al lado de Don Bosco, y pudo observar que siempre estaba atentísimo a las lecciones, no obstante las varias ocupaciones a las cuales le impulsaban la obediencia y su caridad.

Aquel año, aunque, en primer lugar, atendía siempre a la instrucción religiosa de los jóvenes, Don Bosco comenzó a

predicar en algunas iglesias de Turín triduos, novenas y Ejercicios Espirituales, y a ejercer el sagrado ministerio en el tribunal de la penitencia en San Francisco de Asís, empleando en él todas las mañanas algunas horas. Se dedicó con tanto celo a este ministerio, que le parecía el más grato, el más amado, el más conforme a su corazón.

Sólo que al oír ciertas culpas, y alguna vez con sólo acercársele alguna persona inficionada de aquellos pecados, sentíase acometido de tales náuseas, que se veía obligado a contener el vómito con un licor amargo que le era preciso llevar consigo. Siempre tuvo, desde su primera edad, un odio profundo contra todo lo que pudiera, aun en grado mínimo, empañar la virtud que hace a los hombres semejantes a los ángeles; muchas veces lo oímos nosotros de su propia boca; y el Cardenal Cagliero declara que el Santo, a la edad de sesenta y ocho años, no comprendía cómo fuesen posibles ciertas ofensas a Dios.

* * *

Sus trabajos no se limitaban a la iglesia de San Francisco de Asís. Don Cafasso lo enviaba a confesar y predicar en las cárceles, en el Albergue de la Virtud, en los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en el Colegio Gubernativo de San Francisco de Paula, en el Instituto de los Fieles Compañeros, en el Retiro de Las Hijas del Rosario y en el Instituto del Buen Pastor. Continuó ejerciendo este apostolado años y años, hasta más allá de 1860, dejando en todas partes indeleble recuerdo de su prudencia y celo.

Lo enviaba también de cuando en cuando a varios hospitales de la ciudad, ocupación que cumplió, en los límites que le permitían sus crecientes deberes, hasta 1870. Tampoco olvidaba la Pequeña Casa de la Divina Providencia y la invitación que le había hecho el Santo Fundador.

No se alejó de aquellas enfermerías, donde también hallaron afectuosos cuidados, jóvenes de su Oratorio, hasta 1874.

Antes del 1860 iba tres o cuatro veces al día, con frecuencia invitado y muchas veces espontáneamente. En 1845, cuando se propagó la epidemia petequial, o de la "rubicundez", continuó asistiendo a aquellos desgraciados, y contrajo dicha enfermedad, de la que le quedaron huellas toda la vida, y con no pequeño tormento, como Don Rúa observó y le oyó contar. Don Antonio Sala, que lavó el cadáver de Don Bosco, lo vio en un estado que daba compasión, como si la herpes se hubiera extendido por toda su piel, especialmente en las espaldas. Un cilicio de los más horribles no habría desagrado más el cutis.

II

Pero plugo también al Señor derramar desde entonces especiales gracias sobre los trabajos de su Siervo.

En 1844 se encontraba recogida en el Hospital de San Juan una pobre mujer, tísica en el último grado, y más enferma aún moralmente, porque se resistía enfurecida al rector del hospital, a los capellanes, a las monjas y a cuantos trataban de hacerla confesarse. Don Cafasso, rechazado de mala manera también, rogó que fuese allá Don Bosco. Éste obedeció, consiguió acercarse a la pobrecita y se puso a hablar con ella de cosas indiferentes, hasta que, finalmente, le hizo esta declaración:

—En nombre de Dios le digo que Él, en su misericordia, le concede todavía unas pocas horas de vida para que piense usted en su alma. Ahora son las cuatro de la tarde; todavía tiene tiempo para confesarse, comulgar, recibir la Extremaunción y la Bendición papal. No abrigue ilusión alguna. ¡Mañana estará usted en la eternidad!

Al oír estas palabras, la infeliz sintió llenársele el alma de santo terror; volvió a mejor consejo, se confesó y murió aquella misma noche.

* * *

El 31 de agosto de 1844 una rica señora, esposa del embajador de Portugal en Turín, debía ir a Chieri y pensó arreglar primero las cosas de su alma. Como no encontrase a su confesor ordinario, se dirigió a Don Bosco, que estaba rezando. Éste la confesó y le dio por penitencia, según contó ella misma, hacer una pequeña limosna en determinadas circunstancias durante aquel mismo día.

—Padre, no puedo hacerla —respondió la señora.

—¿Cómo? ¿No puede hacerla y posee tantas riquezas?

La señora quedóse admirada al ver que aquel sacerdote conocía su posición social, estando segura, como lo estaba, de que nunca había habido ocasión de conocerse, y le respondió:

—Padre, no puedo cumplir esa penitencia, porque hoy debo salir de Turín.

—Pues bien, cumpla esta otra: pida con tres “Ángele Dei” a su Ángel Custodio que la asista y la preserve de todo mal, y que no se espante de lo que hoy le va a suceder.

La señora, impresionada aún más por estas palabras, aceptó la indicación con muy buena voluntad y, al volver a casa, rezó aquella oración junto con su servidumbre, confiando a su Ángel Custodio el éxito feliz del viaje. Subió al carruaje con su hija y una camarera; ya llevaban recorrido un buen trayecto, cuando de improviso se espantan los caballos y se lanzan a carrera tendida, arrojando del pescante al cochero y volcando el coche. La señora chocó con las manos y la cabeza en tierra, mientras los caballos continuaron su desafortunada carrera, y todo esto en un instante. La señora, no esperando otro auxilio más que el del Ángel Custodio, grita con todas sus fuerzas: “Ángele Dei, qui custos es mei”, etc. De repente se calman los caballos y se detienen; el cochero, incólume, se les acerca, acude gente a levantar a los caídos; pero la madre y la hija inmediatamente se le-

vantan por sí mismas, sin haber recibido el menor mal y sin sombra de espanto.

Excusado es decir qué concepto se formaría la noble señora de aquel joven sacerdote, que tan oportunamente le había aconsejado que se encomendara al Ángel Custodio. De vuelta en Turín fue a San Francisco de Asís, y como supo quién era Don Bosco, le dio gracias por aquel saludable aviso; desde entonces fue admiradora suya, y, después, ferviente cooperadora salesiana.

* * *

Un domingo, al distribuir a los jóvenes reunidos en la sacristía de San Francisco de Asís una hojita donde estaba impresa una oración al Ángel Custodio, el Santo dijo estas palabras:

—*Tened devoción a vuestro buen Ángel. Si os encontráis en algún grave peligro de alma o de cuerpo, invocadlo, que yo os aseguro que os librará de él u os ayudará a superarlo.*

Ocurrió que un muchacho albañil, que había escuchado la exhortación, cuando pocos días después trabajaba en la construcción de una casa, a causa de haberse desligado repentinamente un tablón, cayó con ímpetu del cuarto piso a la calle, con todos los que encima se encontraban. Pero el buen joven, en el acto de caer, se acordó de las palabras de Don Bosco, y gritó:

—¡Ángel mío, ayúdame!

Aquella oración lo salvó. Otros dos cayeron con él: uno quedó muerto en el acto, el otro fue conducido al hospital, enteramente destrozado, y al cabo de pocas horas, murió; en cambio, el joven, mientras la gente corría hacia él, porque lo creía muerto, se levantó perfectamente sano y salvo, sin haber recibido ni siquiera un rasguño. Al volver el domingo siguiente a San Francisco, refirió el caso a sus compañeros, los cuales escucharon maravillados lo que le había ocurrido.

Durante el año de 1844, el teólogo Guala, a causa de una enfermedad en las piernas, tuvo que confiar a Don Cafasso todo el peso de la enseñanza y el cuidado del orden y disciplina del Colegio Eclesiástico.

Don Bosco ayudaba a Don Cafasso en las cosas que le encargaba y alguna vez predicaba en la iglesia de San Francisco. Don Cafasso, que veía algo extraordinario en su actividad tan bien regulada, sentía por su joven amigo una estima y veneración que nunca decrecieron. Don Bosco cuando entró en el Colegio le confió, como a director espiritual suyo que era, todos sus secretos, incluso el sueño en que le pareció hacer de sastre y remendar trajes. Don Cafasso, mirándolo fijamente, preguntóle:

—¿Sabe usted hacer de sastre?

—Sí; y sé hacer pantalones, chaquetas, capas y trajes talares para clérigos.

—¿Lo veremos!

Y cuantas veces lo encontraba le decía:

—¿Qué tal, señor sastre?

Él, que entendía el sentido de estas palabras, respondía:

—Estoy esperando su decisión.

Mientras tanto estudiaba con empeño, dedicándose también a las lenguas extranjeras, movido del deseo de ser misionero, deseo que jamás lo dejaba. Don Cafasso, que de todo se enteraba, le dejó estudiar la lengua francesa y los elementos de la española; pero cuando vio que comenzaba a tomar la gramática inglesa, díjole al punto:

—¿Usted no debe ir a las Misiones!

—¿Por qué? —preguntóle Don Bosco.

—Vaya usted, si puede; no es usted capaz de recorrer una milla, ni ir siquiera un minuto en coche cerrado, sin sentir graves molestias de estómago, como ya lo ha experimentado, ¿y quiere pasar el mar? Se moriría usted en el camino.

* * *

Pero también le dominaba otra idea; se creía llamado al estado religioso. Se lo declaró a Don Cafasso. El santo sacerdote lo escuchó silencioso; después, cuando hubo acabado de hablar, le respondió con un “¡No!” mondo y lirondo.

Don Bosco se admiró del tono enérgico de la voz, pero no se atrevió a preguntar el motivo, resignándose a dirigir fervorosas plegarias a la Virgen a fin de que le indicase el lugar y empleo en que debía ejercer el sagrado ministerio con fruto de las almas. Aunque se sentía muy inclinado a dedicarse a la juventud más abandonada por medio de los Oratorios Festivos, no quería fiarse de su propio juicio, temiendo que en sus sueños, aun viendo tan claro, pudiese ocultarse alguna ilusión.

Pero llegó el tiempo en que, según el reglamento, tenía que salir del Colegio para ejercer una parte conveniente y adecuada del sagrado ministerio. Varios párrocos deseaban tenerlo a su lado y lo habían solicitado como coadjutor; entre otros, Don José Comollo, párroco de Cinzano, que ya había obtenido el consentimiento del arzobispo Fransoni. Pero Dios dirigía los pasos de aquel que debía ser instrumento de salvación de tantos jóvenes. Don Bosco fue advertido de todo esto por el teólogo Guala, por consejo del cual pidió y obtuvo del Arzobispo que le dispensase de aquel honroso oficio; por donde se ve que también el teólogo Guala adivinaba la misión del Santo.

* * *

Como en San Ignacio se debía dar principio a los santos Ejercicios Espirituales para sacerdotes, Don Cafasso envió allí a Don Bosco a orar y reflexionar sobre su vocación. A la vuelta Don Bosco, viendo que Don Cafasso no le decía nada, recurrió a una estratagema. Un día se le presentó y le dijo que tenía preparado el baúl de su pobre ajuar para entrar

en religión, por lo que iba a saludarlo y obtener licencia para marcharse. El buen sacerdote le dijo con dulce sonrisa:

—¡Qué prisa! Pero, ¿quién pensará de aquí en adelante en sus muchachos? ¿No le gustaría hacer el bien trabajando por ellos?

—Sí, es verdad; pero si el Señor me llama al estado religioso, Él ya proporcionará otro que se cuide de ellos.

Entonces Don Cafasso, muy serio, lo miró fijamente y con cierto aire de solemnidad, le dijo:

—Mi querido Don Bosco, rechace todas esas ideas; deshaga el baúl, si ya lo tiene arreglado, y continúe su obra en pro de los jóvenes. ¡Esta es la voluntad de Dios, y no otra!

A tan graves palabras del director de su alma, el Santo bajó la cabeza sonriendo, porque había logrado saber lo que deseaba.

Entretanto Don Cafasso, de acuerdo con otros amigos y admiradores de Don Bosco, obtenía del teólogo Borel, Director de la Pía Obra del Refugio, que lo propusiese a la fundadora, Marquesa de Barolo, como director espiritual en el anejo "Pequeño Hospital de Santa Filomena", que entonces se estaba ultimando (1). La Marquesa consintió, señalando desde entonces a Don Bosco el estipendio de 600 liras anuales, mientras el teólogo Borel le cedía para alojamiento una de sus habitaciones en el Refugio.

Mientras se llevaba a término aquella obra, Don Cafasso llamó a Don Bosco, y como si quisiese remachar el consejo que algunos meses antes le había dado, le dijo:

—Ya ha concluído usted sus estudios; y por tanto es

(1) Julieta Colbert de Barolo, descendiente directa del gran ministro y economista francés, pudo escapar de la guillotina revolucionaria refugiándose primero en Suiza, luego en Alemania y finalmente en Piamonte. Aquí casó con el Barón Falletti de Barolo, propietario de los famosos viñedos que producen el rico vino de ese nombre. Pronto enviudó, y para llenar el vacío de su corazón, se dedicó a la piedad y a obras sociales de beneficencia y caridad.

tiempo de ir a trabajar en campo abierto en bien de las almas; las necesidades son muchas y la mies abundante. ¿A qué se siente usted más inclinado?

—A lo que usted se digne indicarme.

—Hay tres empleos: de coadjutor en Buttigliera de Asti, de auxiliar de Moral aquí en el Colegio y de director del "Pequeño Hospital del Refugio". ¿Cuál escoge?

—El que a usted le parezca más a propósito.

—¿No se siente más inclinado a uno que a otro?

—Mi inclinación es ocuparme en trabajar por la juventud. Pero haga de mí lo que quiera; yo reconoceré la voluntad de Dios en su consejo.

—¿Qué ocupa su corazón en este momento? ¿Qué llena su mente?

—En este momento me parece encontrarme en medio de una multitud de niños que me piden ayuda.

—Vaya, pues, a pasar unas semanas de descanso —acabó por decir Don Cafasso—. En estos días pensaré en usted, y a la vuelta, le diré su destino.

Era a mediados de septiembre. Don Bosco fue a Canelli a predicar una Misión; después pasó a Castelnuovo, donde predicó la novena del Rosario. Transcurridas las ferias, volvió al Colegio, junto a su incomparable maestro y amigo. Éste no le dijo nada, ni tampoco él creyó conveniente interrogarle; pero después de algunos días, llamándolo aparte, le dijo con bondadoso acento:

—¿Por qué no me pregunta cuál va a ser su destino?

—Porque quiero reconocer la voluntad de Dios en su determinación; me importa mucho no poner en ello nada mío; mándeme a donde le plazca y al punto iré.

—Pues bien, haga usted su hatillo y vaya al Refugio. Allí hará de Director del Pequeño Hospital de Santa Filomena; trabajará usted con el teólogo Borel en bien de las jovencitas de aquel Instituto. Estando usted en el Refugio, Dios le indicará claramente lo que deba hacer por los pobres niños y jóvenes.

* * *

El Refugio es una de aquellas providenciales instituciones de las que puede enorgullecerse la ciudad de Turín. Se encuentra en Valdocco; fue la primera en orden de tiempo de las muchas instituciones de caridad fundadas por aquella celosa, activa y piadosísima señora, la noble Marquesa de Barolo. Es un refugio destinado a las muchachas desgraciadas o extraviadas. Le son anejos el Monasterio de Santa Magdalena, el asilo de las magdalenitas y el Pequeño Hospital de Santa Filomena para las niñas contrahechas o enfermas. He aquí un campo nuevo de acción señalado entonces a Don Bosco: para su futura misión le faltaba conocer las necesidades, los peligros, la psicología de la juventud femenina. En el local que le asignaron para su morada, obtuvo de la Marquesa permiso para reunir a su pelotón del Oratorio. La noche antes de anunciar a sus muchachos el traslado del Oratorio a Valdocco, Don Bosco tuvo otro nuevo sueño, como explicación del que le ocurrió a los nueve años de edad:

“Soñé que me hallaba en medio de una multitud de lobos, cabras, cabritos, corderos, ovejas, carneros, perros y pájaros. Todos juntos hacían un ruido, un estruendo, o mejor, un estrépito capaz de atemorizar a los más valientes. Yo quería huir, cuando una Señora muy bien vestida de pastorcita, me hizo señal de seguir y acompañar aquel extraño tropel, que ella guiaba. Fuimos vagando por varios sitios; hicimos tres estaciones o paradas; en cada estación, muchos de aquellos animales se cambiaban en corderos, cuyo número aumentaba cada vez más. Después de haber caminado mucho, me encontré en un prado, en donde aquellos animales triscaban y comían juntos, sin que los unos intentasen dañar a los otros.

Abatido por el cansancio, quise sentarme junto a un camino cercano, pero la pastorcilla me invitó a seguir la marcha. Después de un corto trayecto me encontré en un espacioso patio, rodeado de un pórtico, en cuyo extremo había una iglesia. Allí observé que las cuatro quintas partes de aquellos animales se habían convertido en corderos. Después su número se hizo grandísimo.

En aquel momento llegaron varios pastorcillos, los cuales iban aumentando y se cuidaban de los otros. Como los pastorcillos fueran muchísimos, se dividieron y se dirigieron a otros lugares para recoger otros animales extraños y guiarlos a otros rediles.

Yo quería marcharme, porque me parecía ya tiempo de celebrar la Santa Misa, pero la pastorcilla me mandó esperar hasta el mediodía. A poco vi un campo en donde habían sembrado zahina, patatas, coles, remolachas, lechugas y muchas otras hortalizas.

—¡Mira otra vez! —me dijo.

Miré de nuevo y vi una hermosísima y elevada iglesia. Una orquesta, una banda y un coro me invitaban a cantar la Misa. En el interior de aquella iglesia había una faja blanca, en donde con caracteres enormes se leía: *Hic domus mea, inde gloria mea*. Continuando el sueño, quise preguntar a la pastora dónde me encontraba, qué significaba aquel caminar, aquella casa, la iglesia y después la otra iglesia.

—Comprenderás todas estas cosas —me respondió— cuando con tus ojos materiales veas realizado todo lo que ahora ves con los ojos de la mente.

Pero pareciéndome que estaba despierto, dije:

—Veo claro y veo con los ojos de mi cara, sé dónde voy y lo que hago.

En aquel momento sonó la campana del “Ave María” en la iglesia de San Francisco de Asís y me desperté.

Este sueño me ocupó casi toda la noche; otras muchas circunstancias lo acompañaron. Entonces no comprendí bien su significado, porque desconfiando de mí mismo, le prestaba escasa fe; pero más tarde entendí las cosas a medida que se iban efectuando. Lo cual, más tarde, junto con otro sueño, me sirvió de programa de conducta en el Refugio.”

El segundo domingo de octubre de 1864, consagrado a la Maternidad de María Santísima, el Santo anunció a su pelotón de alumnos el traslado del Oratorio al Refugio, su nueva morada. Así, pues, el tercer domingo, poco después del mediodía, una turba de muchachos de diferente edad y condición, corren a Valdocco en busca de Don Bosco y del nuevo Oratorio. Cuando apareció, le rodearon festejándole mucho.

A la pregunta que le hicieron sobre el local del Oratorio, el Siervo de Dios respondió que aún no estaba ultimado, pero que mientras tanto fuesen a su cuarto, que era bastante espacioso. Todos se lanzaron a la escalera, porfiando para ser los

primeros en llegar a la habitación indicada. Allí, unos se sentaron en la cama, otros en la mesa, éstos en el suelo, aquéllos en el antepecho de la ventana. Aquel domingo las cosas marcharon bastante bien. Aunque no pudieron entregarse al recreo con toda la animación que se habían imaginado, quedaron satisfechos; con su bondad, sus afables maneras, sus chistosas ocurrencias y humoradas, él los complacía enteramente. Se hizo una breve catequesis, se refirió algún ejemplo edificante, se cantó un himno en alabanza de la Virgen, como se había venido practicando hasta entonces en San Francisco de Asís.

Pero el domingo siguiente se embrolló un poco la reunión por causa de haberse agregado a los antiguos, algunos chicos de la vecindad, y no había manera de colocarlos a todos. Habitación, corredor y escalera, todo estaba rebosante de niños. Mientras Don Bosco enseñaba el Catecismo o explicaba el Evangelio en su cuarto, el teólogo Borel, que se había ofrecido a ayudarlo en todo, enseñaba las mismas verdades a los que estaban sentados en las gradas de la escalera.

Así se pasaron seis días festivos. Pero llegó la mañana de Todos los Santos, y reunidos en aquel local y en los no muy vastos adyacentes, todos los muchachos querían confesarse. Por ese día se arreglaron las cosas como se pudo; pero se vio que era necesario habilitar un lugar más espacioso. Fue el Santo a visitar a Monseñor Franson; le expuso cuanto de acuerdo con él se había hecho, el bien obtenido y el mayor aún que se podía obtener en adelante. El Arzobispo le bendijo junto con su obra y prometió que escribiría a la Marquesa para que le facilitase un sitio más conveniente. De este modo consiguió el Siervo de Dios que le convirtieran en capilla dos habitaciones del Pequeño Hospital, que no debía inaugurarse hasta agosto del año siguiente.

Este fue el sitio elegido por la Divina Providencia para la primera iglesia del Oratorio. La autoridad eclesiástica, por decreto de 6 de diciembre, concedió al Siervo de Dios facultad para bendecirla, celebrar la Santa Misa, dar la ben-

dición con el Santísimo Sacramento y hacer además en ella triduos y novenas. Un sencillo altar de madera, en forma de mesa, con los accesorios estrictamente necesarios, pero con un tabernáculo dorado y un pequeño trono, una capa pluvial, una casulla de varios colores, una estola vieja con otros indispensables ornamentos sagrados, y cuatro sotanas para los monaguillos, fue todo lo que constituía el pobre equipo sagrado disponible. La Marquesa Barolo dio setenta liras para comprar veinte candelabros, treinta para la alfombra y veinte para las sobrepellices.

La inauguración se efectuó en un día de siempre grata memoria, esto es, el 8 de diciembre, día consagrado a María Inmaculada, bajo cuyo materno manto Don Bosco había colocado su Oratorio y a sus hijos. Él mismo bendijo la humilde capilla dedicándola a *San Francisco de Sales*; celebró la Misa y distribuyó a varios jóvenes la Sagrada Comunión. De esta manera se solemnizaba el tercer aniversario de la fundación del Oratorio.

CAPÍTULO XIV

Turín. El Oratorio Festivo. Contrariedades

Antes de proseguir, detengámonos un momento a recordar aquel Turín de 1842. Contaba 130.000 habitantes. Habíase ya despojado del cinturón de murallas que le habían defendido en los pasados siglos, pero que ya eran inútiles y le impedían el libre respirar. Dejaba, como recuerdo, una ciudadela fortificada, en una de cuyas celdas Javier de Maistre, oficial de Marina, entretuvo sus cuarenta días de arresto escribiendo esa deliciosa obra maestra *Viaje alrededor de mi cuarto*.

El mencionado cinturón había sido sabiamente sustituido por una vía de circunvalación, amplísima, en donde se alineaban los bellos edificios con anchos y elegantes pórticos que subsisten todavía y que dieron el modelo de los magníficos "viales" que aún llaman la atención y fueron imitados en otras ciudades modernas. Ya desde entonces Turín fue la ciudad de las calles anchas y rectas, con sus estupendas avenidas de plátanos, hipocastaños y tilos. Mirada desde el "Monte de los Capuchinos", alcor que la domina desde la margen opuesta del Po, da una impresión de armonía y de orden. Montesquieu, que la visitó en 1728, la llamó "la más hermosa villa del mundo", y otro escritor, el Presidente Broses, que se detuvo en ella unos días, recibió tan buena impresión, que la definió simplemente "la más bonita ciudad de Italia y tal vez de Europa, por la alineación de sus calles, la regularidad de sus edificios y el encuadramiento de sus

plazas". Al revés de todas las otras ciudades de Italia y de Europa, desde la antigüedad fue construída con calles rectas y sin encrucijadas. Por las excavaciones se ve que ya los romanos la trazaron así. La ciudad moderna, la de hoy, con su millón de habitantes y su poderosa industria, no tuvo más que proseguir sus edificaciones sobre el mismo plano, con sólo ampliar la anchura de las calles. Todavía hoy es "la ciudad de los viales" —hoy más que antes, bellísimos—.

También los alrededores son magníficos: el ancho río, que allí mismo tiene confluencia con otros dos; la ondulante cadena de colinas que acompañan su curso, entre las cuales destaca Superga, donde los reyes, agradecidos, levantaron una basílica a la Virgen y edificaron sus tumbas; sus praderas y sus caminos se prestan a paseos y excursiones, que los ciudadanos aprovechan, y que Don Bosco, educador, supo valorizar a maravilla.

Otro encanto de Turín son las plazas: "Plaza Castillo", centro y corazón de la ciudad, con el Palacio Real y el Palacio Madama y un buen conjunto de edificios; "Plaza Víctor Manuel", la plaza más vasta del mundo, después de la de San Pedro en Roma, y que da sobre las márgenes del Po; "Plaza San Juan", frente a la catedral, la plaza más antigua de Italia; "Plaza Manuel Filiberto", con sus numerosas tiendas bajo los anchos pórticos; "Plaza de Porta Palazzo", amplísimo y curiosísimo mercado, parte bajo soportales, parte a cielo abierto, donde se busca y se encuentra de todo; donde herbolarios, fruterías y verdulerías, pescadores y carniceros llenan la parte central, poblando aquello de pregones y a veces de canciones y también de riñas. Por estar muy cerca del Oratorio, Porta Palazzo es famosa en los anales oratorianos, de los primeros tiempos sobre todo.

También merecen nombrarse, porque en la historia de Don Bosco se hallan frecuentemente, las "Puertas" de la ciudad, de cuando las ciudades tenían puertas, y cuyos nombres se han respetado: "Porta Nuova", "Porta Palazzo", "Porta Susa", "Porta del Po".

Muchas iglesias tiene Turín, entre las cuales emergen la Catedral, del siglo XII, no muy bella, por cierto, pero que tiene como complemento la "Capilla de la Santa Síndone (1), y el Santuario de "la Consolata" o Consolación, patrona y protectora de Turín y su provincia.

En tiempos de Don Bosco Turín era todavía "la ciudad de los conventos y de los soldados".

Viajeros un tanto parciales decían que "no se oían sino campanas y tambores".

Como arte, arte propiamente tal, Turín, a la verdad, tiene poco. Eso sí, es la ciudad de la simetría, de la comodidad.

En los tiempos en que Don Bosco empezó su grande obra, Turín empezaba su rápido y portentoso desarrollo, tendiendo

(1) O sea, la Sábana Santa, el mayor de los "finteis" con que "fajaron el Cuerpo de Jesús, según era costumbre sepultar entre los judíos". Lo envolvió todo entero, por delante y por detrás. Las huellas o señales del Sagrado Cuerpo quedaron de tal manera impresas, que se tiene el verdadero y auténtico retrato del Salvador, por el cual se ve que hasta en lo físico, Jesús ha sido "el más hermoso y perfecto entre los hombres"... Su Cuerpo tiene todas las características que los griegos exigían para la perfecta belleza. De la autenticidad de la Santa Síndone hoy no cabe la menor duda. Se ha examinado y analizado por todos los medios y procedimientos científicos modernos: físicos, químicos, fotográficos, etc., con tal meticulosidad, que presentan un cúmulo de argumentos que la hacen prácticamente decisiva. Se ven las llagas, tumefacciones, magullamientos de los azotes, de las espinas, de los clavos, etc. Sobresale la señal del derrame de sangre del corazón: mide quince centímetros de largo por seis de ancho. El rostro está cubierto de trazos sanguinolentos y tumefacciones, teniendo, sin embargo, un algo que hace de él "un poema de dulce mansedumbre y serenidad".

La Reliquia ha pasado por muchas vicisitudes, sin excluir los incendios. En 1452 pasó a ser propiedad de los Duques de Saboya, que la mantuvieron en la capilla de su palacio en Chambery. Y cuando los duques —luego reyes— pasaron la capital a Turín llevaron consigo el Sagrado Tesoro y edificaron para ella una espléndida capilla entre el Palacio Real y la Catedral. En 1937 se creó en la ciudad un centro de *cultores Sacrae Sindonis*. Hoy existe una abundante bibliografía en todas las lenguas sobre "la Santa Síndone" de Turín.

a la industrialización. Y esto, sin duda, acrecentando y multiplicando las necesidades, le facilitó al Santo el cumplimiento de su misión.

* * *

La Beneficencia oficial y privada satisfacía a las necesidades. A los hospitales oficiales se unían los privados, entre los cuales comenzaba a sobresalir como un sol el del Cottolengo, llamado así por el nombre de su Fundador, San José Benito Cottolengo, canónigo de la Catedral. Florecían también las Conferencias de San Vicente de Paúl, fundadas y alentadas por discípulos inmediatos de Ozanam. Don Bosco tuvo muchas relaciones con ellas, y fundó en su Oratorio las "Conferencias adheridas".

No tan bien estaban la instrucción y la educación como no lo estaban en el resto del mundo. Las clases altas disponían de algunos buenos colegios y de una universidad. Las clases populares disponían de muy pocas facilidades, como en el resto del mundo. Las pocas escuelas estatales o comunales que había eran sólo para varones; su presupuesto era de 150.000 francos anuales. Comenzaban, eso sí, a fundarse asilos, unos públicos, otros privados. El rey Carlos Félix había llamado a los Hermanos de las Escuelas Cristianas y tenían en la ciudad seis escuelas. El ardoroso celo de estos admirables educadores se veía secundado no sólo por la simpatía del rey, sino también por la de algunos privados influyentes, sobre todo los afiliados a la "Obra de la Mendicidad instruída".

Desde su advenimiento al trono, Carlos Alberto dio gran impulso a todos los ramos de la actividad social, entre los cuales, como es natural, ocupaba lugar preferente la educación e instrucción. Fundó el Museo Real, la Academia de Bellas Letras, la Academia Filarmónica o Conservatorio, la Academia de Pintura y Escultura y la Colección Real de Armas.

También acordó dar personalidad a la Obra del Cotto-

lengo, que entre sus actividades tenía escuelas para deficientes, tomó bajo su alto patronato el Instituto de Sordomudos y favoreció las obras de la Marquesa de Barolo. En todas o casi todas esas obras prestó servicios Don Bosco.

Pero en este maravilloso florecer de obras faltaba la más urgente de todas, la que no todos veían, porque no a todos es dado sondear el porvenir, por próximo que sea; faltaba la que se dedicara principalmente a la "educación del pueblo y a la formación del obrero". En Turín, como en todas partes, y principalmente en las ciudades que comenzaban a industrializarse, los chicos estaban abandonados a sí mismos y, sueltos o en pandillas, víctimas del hambre y de la corrupción, vagaban por calles y plazas, infestando especialmente los barrios extremos, los suburbios. Entre esas bandas organizadas llevaba la preeminencia una llamada "la Cocca", que se había hecho célebre por sus fechorías; tenía su cuartel general en el barrio de Valdocco, región entonces medio desierta, donde ni la policía osaba aventurarse, especialmente desde el atardecer.

Este fue el campo que la Virgen escogió para que su apóstol comenzara la misión que a los nueve años le había mostrado.

* * *

Antes de salir del Colegio, el Santo había pensado, de acuerdo con el teólogo Borel y Don Cafasso, poner la naciente obra *bajo la protección de San Francisco de Sales*. Varios motivos le movieron a esta elección. Primero, porque la Marquesa de Barolo, para secundar a Don Bosco, proyectaba fundar, junto al Pequeño Hospital, una Asociación de sacerdotes con aquel título. En segundo lugar, porque su ministerio en pro de la juventud requería tacto, caballerosidad, paciencia, mansedumbre y ponerse bajo la especial protección de este sabio y amable Santo, que de estas virtudes fue modelo perfecto. Finalmente, porque en aquellos tiempos los protestantes comenzaban insidiosamente a penetrar en el

Piamonte, sobre todo en Turín, y en el pueblo bajo; y Don Bosco quería impetrar de este Santo luz y fuerzas para combatir con éxito a aquellos enemigos de los cuales San Francisco tan admirablemente había triunfado.

En la humilde capilla de San Francisco de Sales, la catequesis adquirió gran incremento. Antes y después de las funciones, bajo la vigilancia del Siervo de Dios y del teólogo Borel, su brazo derecho, los jóvenes se entretenían en honestas diversiones a lo largo de la calle entre el Pequeño Hospital de Santa Filomena y el Hospital de Cottolengo, hasta la vía pública. Cierto que allí no había comodidad; pero Don Bosco había suministrado bolas, tejos, tableros y prometió que tendrían columpios, pasavolante, clases de gimnasia, de canto y de banda, y otros atractivos.

Precisamente en ese tiempo, esto es, a fines de 1844, él, con ayuda del teólogo Borel, inició en el Piamonte aquellas escuelas nocturnas y festivas que pronto se extendieron por otros lugares y hoy están difundidas por toda Italia (1).

Celebróse la fiesta de Navidad con numerosas comuniones. Solemne fue también la primera y última fiesta celebrada allí en honor de San Francisco de Sales, cuyo nombre y amables virtudes debían hacerse familiares a los jóvenes del Oratorio.

La actividad de Don Bosco en confesar era verdaderamente incesante. Al mismo tiempo que ayudaba al teólogo Borel a confesar a las asiladas en el Refugio, continuaba sus predicaciones en la ciudad y las confesiones en la iglesia del Colegio, adonde lo llamaba cada día la veneración que sentía por Don Cafasso. Este le correspondía con igual afecto, y le facilitó una habitación donde pudiese atender a sus estudios sin ser molestado, componer sus muchos opúsculos

(1) Es de justicia decir que los Hermanos de las Escuelas Cristianas les dieron a las Escuelas Nocturnas una reglamentación perfecta y un avance considerable ese mismo año.

en defensa e incremento de la Religión, valiéndose de la biblioteca de San Francisco de Asís, bien provista de preciosos volúmenes.

* * *

Mientras estuvo en el Colegio publicó la biografía de su santo amigo el clérigo Luis Comollo y un opúsculo sobre los Dolores de María Santísima; luego dio a luz un tercero titulado *El Devoto del Ángel Custodio* y preparó para el pueblo y la juventud sus dos compendios de *Historia Eclesiástica* e *Historia Sagrada*, maravillosos por su sencillez y método.

Pero esto no bastaba. El año de 1845 habitaban en Turín familias alemanas y muchos soldados compatriotas de éstas militaban bajo las banderas del Piamonte. Era difícil encontrar quien pudiera confesar a aquellos extranjeros. ¿Qué hizo Don Bosco? Estudiar diligentemente el alemán. Después de diecisiete lecciones, pagadas a veinte liras (cantidad no despreciable para la mezquindad de su bolsa), confesaba ya en aquella lengua. Los buenos alemanes acudían gustosos; esta afluencia a su confesonario duró cerca de tres años, esto es, hasta que se suscitaron las enemistades entre el Piamonte y Austria, y los alemanes se retiraron a su país.

También los encarcelados ocupaban no escaso lugar en el corazón de Don Bosco. Grande debió de ser el número de las conversiones que operó entre ellos por espacio de más de veinte años, por más que él casi nunca habló de ellas. En esta santa industria servíase frecuentemente de algunos de los presos sinceramente convertidos que, dotados de ingenio, instruídos y de fácil conversación, sabían imponerse a los más pendencieros y predisponer a los otros a escuchar y poner en práctica las palabras del sacerdote; sostenía con ellos diálogos preparados con tiempo y aderezados con tanta agudeza y ejemplos y proverbios tan populares, ya ridículos, ya edificantes, que la verdad se abría paso en sus almas. Así, hombres que se habían olvidado de Dios por largos años, se acercaban a los Santos Sacramentos con las más edificantes

disposiciones. También así adiestraba equipos a ejercer el apostolado en sus propios ambientes.

A las santas industrias para conquistar almas unía oraciones y sacrificios. Parece también que el Señor, a petición suya, le envió no pocas y dolorosas enfermedades, como dolor de cabeza o de muelas, retribuyéndolo con la conversión solicitada de algún pecador obstinado. En efecto, más tarde confió a Don Domingo Rufino que había pedido al Señor que le enviase la penitencia que debería haber impuesto a los presos, añadiendo: "Si no la hago yo, ¿qué penitencia podré imponer a aquellos pobrecitos?"

Prudentemente pensando, previó que algún día debería retirarse del Hospitalillo; por consiguiente, se puso a buscar un lugar más estable para su Oratorio. Una mañana salió del Refugio absorto en estos pensamientos y llegó a encontrarse frente a la iglesia del cementerio de San Pedro in Vínculis, adonde, durante la Cuaresma de 1845, envió una parte de sus jóvenes para la instrucción catequística, pues los locales del Refugio no bastaban. Allí se le ocurrió pedir al capellán, Don José Tesio, ex capuchino, que le permitiese reunir por algún tiempo a sus jóvenes en aquel lugar. Don Tesio tuvo mucho gusto en ello.

Por tanto, el domingo, 25 de mayo, celebradas las funciones de la mañana en el Hospitalillo, Don Bosco, después del mediodía, condujo a sus muchachos a San Pedro. Don Tesio estaba ausente. La criada, apenas oyó los cantos y las voces, y sobre todo aquella gritería, salió enfurecida y le apostrofó con la elocuencia de una mujer enconada por la ira. El Siervo de Dios se acercó para tranquilizarla; pero lo recibió con un chubasco de injurias e improperios, que sólo cesó cuando él, para poner término a aquella desagradable escena, ordenó que cesara el juego, y se dirigió a la iglesia rodeado de los jóvenes. Allí se enseñó un poco de Catecismo, se rezó el Rosario y después se disolvió la reunión.

Mientras Don Bosco se iba, la embravecida sirvienta no cesaba de amenazarle. El Siervo de Dios, según nos atestiguó

un tal Melanotti, de Lanzo, joven sensato, que se hallaba presente, sin desconcertarse se volvió a él y suspirando, le dijo en voz baja:

—¡Pobrecilla, nos prohíbe poner los pies aquí, y la fiesta próxima ya estará en la sepultura!

En aquellos momentos Don Tesio entraba en su casa. La criada salió a su encuentro y le pintó a Don Bosco y a sus jóvenes como profanadores de los lugares sagrados y crema de la canalla. El capellán, aunque conocía la irritabilidad de su sirvienta, quedó mal impresionado contra el Oratorio. Por eso, cuando vio a Don Bosco, que en el centro de la plaza se entretenía con los jóvenes rezagados, se le acercó y le intimó con voz alterada lo siguiente:

—¡Otro domingo no venga aquí a hacer semejante estruendo y molestar a todo el mundo! Yo daré los pasos necesarios para ello.

Don Bosco, atestigua el susodicho Melanotti, en el momento en que el capellán se alejaba, exclamó:

—¡Ah, pobrecillo, no sabe tampoco si otro domingo estará vivo todavía!

Mientras tanto Don Tesio escribió al Municipio una carta llena de acrimonia, describiendo a los jóvenes del Oratorio con los más negros colores. ¡Doloroso es decirlo, pero aquélla fue la última carta que escribió el pobre capellán! El lunes le puso el sello, llamó a la criada y le dijo:

—Procura que lleven esta carta al Ayuntamiento.

¡Éstas fueron sus últimas palabras! Pocas horas después Don Tesio fue herido de un ataque apoplético y moría el 28 de mayo.

Apenas cerrada una tumba, hubo que abrir otra. Víctima de otro ataque igual, la criada lo seguía al sepulcro dos días después. Es más fácil imaginar que describir el espanto que causaron estos dos accidentes en todos los habitantes de los contornos.

* * *

Don Cafasso se apresuró a escribir el 29 de mayo a la Condesa Bosco di Rufino, consorte de uno de los concejales de la ciudad, para recomendarle a Don Bosco como sucesor del difunto Don Tesio en San Pedro in Vinculis; pero la carta de Don Tesio había producido tal impresión en los concejales que, sin más averiguaciones, se había dado orden de captura contra Don Bosco, si volvía allí con sus jóvenes... La recomendación no tuvo, pues, efecto. El domingo siguiente, 1 de junio, apareció en la puerta de la iglesia un decreto municipal, que prohibía toda reunión en el vestíbulo o en el atrio. Gran parte de los jóvenes que no habían recibido aviso alguno preventivo, se dirigieron a San Pedro. Cuando encontraron que estaba todo cerrado y se vieron rechazados por los guardias apostados en las cercanías, corrieron espantados al Refugio, donde, acogidos benignamente por Don Bosco, asistieron a las acostumbradas funciones.

A los siete meses de la instalación del Oratorio en el Hospitalillo era muy grande el número de los jóvenes que lo frecuentaban, y se esperaba que aumentase más aún. Pero de pronto, en el mes de julio, desaparece toda esperanza de permanecer allí por más tiempo. La Marquesa, si bien veía con buenos ojos toda obra de caridad, como se acercaba el tiempo de abrir su Pequeño Hospital, quiso resueltamente que se alejase el Oratorio. Sueños extraordinarios volvieron a confortar a Don Bosco en su nueva angustia. He aquí la narración hecha por él mismo en sus "Memorias":

"Me pareció encontrarme en una llanura ocupada por una enorme cantidad de jóvenes. Algunos reñían, otros blasfemaban. Aquí se robaba, allí se ofendía a las buenas costumbres. Una lluvia de piedras se veía por el aire, lanzadas por los que se hacían guerra. Eran jóvenes corrompidos y abandonados por sus padres. Estaba yo a punto de alejarme de allí, cuando me encontré junto a una Señora que me dijo:

—Introducete entre estos jóvenes y trabaja.

Me introduje entre ellos; pero, ¿qué hacer? No había local para

recoger a ninguno; quería hacerles bien; me dirigí a algunas personas que se encontraban por allí observando lo que ocurría y que hubieran podido servirme de valioso sostén, pero nadie quiso escucharme ni ayudarme. Me volví entonces a la Señora y Ella me dijo:

—He aquí el local.

Y me mostró un prado.

—Pero aquí no hay más que un prado —dije yo.

Ella respondió:

—Mi Hijo y los Apóstoles no tenían un palmo de tierra donde reposar la cabeza.

Comencé a trabajar en aquel prado, amonestando, predicando y confesando; pero veía que, en gran parte, resultaban inútiles todos los esfuerzos, si no se encontraba un recinto con algún edificio donde recogerlos y albergar a algunos huérfanos o completamente abandonados por sus padres, rechazados y despreciados por sus conciudadanos. Entonces la Señora me condujo un poco más allá, hacia el Septentrión, y me dijo:

—¡Observa!

Al mirar yo, vi una iglesia pequeña y baja, parte de un patio y gran número de chicos. Reanudé mis trabajos. Pero como esta iglesia llegó a ser pequeña, recurrí otra vez a Ella, y me hizo ver otra bastante más grande con una casa al lado. Conduciéndome después un poco a lo largo de un terreno cultivado, casi delante de la fachada de la segunda iglesia, añadió:

—*En este lugar donde los gloriosos mártires de Turín, Solutor, Adventor y Octavio, sufrieron el martirio; sobre esta tierra, que fue bañada y santificada con su sangre, quiero que Dios sea honrado de un modo especialísimo* (1).

Y así diciendo, adelantó un pie, que colocó sobre el sitio donde ocurrió el martirio y me lo indicó con toda precisión. Quise poner una señal para reconocerlo cuando volviese allí, pero no encontré nada a mi alrededor, ni un palo, ni una piedra; sin embargo, lo grabé profundamente en mi memoria. Corresponde exactamente al ángulo interior de la capilla de los Santos Mártires (primeramente llamada de Santa Ana), al lado del Evangelio, en la iglesia de María Auxiliadora.

Entretanto, me vi rodeado de un número inmenso y siempre creciente de chicos; pero cuando me dirigía a la Señora, crecían también los medios y el local. Vi después una grandísima iglesia, precisamente en el lugar en donde me indicó que había ocurrido el martirio de los

santos de la Legión Tebea, con muchos edificios alrededor de ella y un hermoso monumento en el centro.

Mientras ocurrían estas cosas, vi, siempre soñando, que tenía por colaboradores a unos sacerdotes que me ayudaban algo, pero después se marchaban. Trataba con gran trabajo de atraérmelos, pero ellos poco después se iban y me dejaban solo. Entonces me dirigí nuevamente a la Señora, y Ella me dijo:

—¿Quieres saber lo que debes hacer para que no se te marchen más? Toma esta cinta y átasela en la frente.

Tomé con reverencia la cintita blanca de su mano y vi que encima estaba escrita esta palabra: *Obediencia*.

Quise al punto hacer cuanto me había dicho aquella Señora: empecé a ligar con la cinta la cabeza de algunos de mis voluntarios colaboradores y observé de repente un grande y admirable efecto, y que este efecto crecía siempre mientras yo continuaba en la misión que se me había confiado, porque ellos no pensaban ya en marcharse a otra parte y se quedaban para ayudarme.

Vi también muchas otras cosas, que ahora no es la ocasión de daros a conocer (parece que alude a grandes acontecimientos futuros); pero baste decir que, desde aquel tiempo, caminé siempre con seguridad...”

Dijo también que a nadie había relatado este sueño; pero que en 1856, habiendo invitado al canónigo Lorenzo Gastaldi a escribir la vida de los tres santos mártires tebeos y hacer investigaciones sobre el lugar de su martirio, el docto canónigo sacó la conclusión de que, consultando la antigua topografía de la ciudad, el Oratorio de San Francisco de Sales se levantaba junto a aquel lugar bendito o quizás lo encerraba entre sus muros.

(1) Estas tres iglesias son, evidentemente, la capillita Pinardi, la iglesia de San Francisco de Sales y la basilica de María Auxiliadora.

CAPÍTULO XV

Acercándose a la meta

Estos sueños confortaban mucho al Siervo de Dios. Con ocasión de una visita que hizo a Monseñor Fransoni pidióle humildemente que le diese una recomendación para que el Municipio le cediera la iglesia de San Martín, cerca de los llamados "Molassi" o "Molini Dora", junto a la plaza de Manuel Filiberto, por la parte de Levante.

El Arzobispo accedió de buen grado, y su carta, entregada en el Palacio de la Ciudad con un memorial del teólogo Borel, tuvo buen éxito.

El 13 de julio, Dominica novena después de Pentecostés, se reunieron los jóvenes por última vez a escuchar la santa Misa en la primera capilla de San Francisco de Sales; después oyeron la noticia de que era preciso abandonar aquel sitio. Hubo un instante de viva agitación, porque amaban aquel lugar como si fuese su casa; pero el Siervo de Dios, con agradables maneras, los animó y los invitó para que después del mediodía volviesen para ayudarle a trasladar a la nueva iglesia los objetos del culto divino y del recreo. La mayor parte fueron puntuales. Después de algunas palabras de aliento y de exhortación del teólogo Borel, echaron mano unos de los candeleros, otros de los cuadros, otros de los juegos y en larga fila, a guisa de emigración popular, fueron a establecer el cuartel general en los "Molinos". Esto sirvió para dar a conocer mejor el Oratorio y atraer a otros jóvenes.

Colocados los objetos, los muchachos entraron en la iglesia. Don Bosco les dirigió la siguiente alocución:

"Las coles, ¡oh amados jóvenes!, si no se trasplantan no dan cabezas grandes y hermosas (1). Lo mismo podemos decir del Oratorio. Hasta ahora se ha trasladado de uno a otro lugar; pero en los diversos sitios adonde ha sido trasplantado ha tomado grande incremento. No perdamos, pues, la confianza. No dudemos, ni siquiera un instante, del próspero porvenir de nuestro Oratorio. Pongamos toda nuestra solicitud en manos del Señor, que Él tendrá cuidado de nosotros; Él ya nos bendice, nos ayuda, nos provee; Él también pensará en el lugar conveniente para promover su mayor gloria y el bien de nuestras almas. Pero, al mismo tiempo, no olvidemos que las gracias del Señor forman como una especie de cadena, de modo que las unas están ligadas con las otras. No rompamos esta cadena cometiendo pecados..."

Aquella tarde las funciones de iglesia se completaron con un diálogo escrito por Don Bosco y recitado por algunos jóvenes en el patio, en presencia de todos los demás, que reían con gusto los chistes que decía el que estaba encargado de la parte cómica. El argumento estaba basado en la nueva emigración y en las circunstancias que la acompañaron.

Así, pues, a partir de aquel día y durante dos meses, viéronse acudir turbas de jóvenes hacia aquella parte de la Plaza Manuel Filiberto, donde se abre hoy todavía el arco que da acceso a los "Molinos". Era tal el concurso de fieles que acudía a la única Misa que celebraba allí un capellán, que no permitía la entrada a los jóvenes, los cuales los días festivos se veían obligados a ir a cualquier otra iglesia para practicar allí sus devociones, pero con mayor molestia y poco provecho. A partir de aquel día, los jóvenes tuvieron allí su misa. El lugar para el recreo era sumamente inadecuado, porque muchos debían ir a la vía pública a jugar y a la plaza fronteriza de la iglesia. Aun así, el número de los oratorianos, entre grandes y pequeños, llegaba ya a casi trescientos.

(1) Este original exordio estaba inspirado en las circunstancias locales. Valdocco abundaba en huertas de hortalizas.

* * *

El primer encuentro del Santo con el jovencito Miguel Rúa se remonta a aquel tiempo. Rúa frecuentaba como alumno externo las Escuelas de los Hermanos de Lasalle. En agosto de 1845 oyó hablar por primera vez de Don Bosco. Un compañero le habló del Oratorio en el Refugio y le mostró una corbata que había ganado en una de aquellas pequeñas tómbolas con las cuales Don Bosco solía alegrar los recreos de sus hijos. ¿Qué sucedió? Los dos jóvenes acudieron presto al Refugio; pero Don Bosco había trasladado el Oratorio a los "Molassi", y allá se fueron corriendo. Don Bosco los recibió con tan amables maneras, que Miguel Rúa quedó embelesado. Pocas veces en los dos o tres años siguientes volvió a ver a Don Bosco allí; pero en las clases elementales de los Hermanos ocurría con frecuencia que el jovencito Miguel se encontraba con el Santo. Apenas lo divisaba, loco de alegría, corría a su encuentro, y cuando lo tenía cerca, descubriéndose la cabeza y besándole la mano, con toda ingenuidad exclamaba:

—¡Don Bosco, déme una estampa!

El Santo, como si no tuviese otra cosa que hacer, se detenía afablemente con el niño, le ponía el bonete en la cabeza y sonriendo amablemente, a la insistente petición le presentaba la palma de la mano izquierda, mientras que con la derecha hacía ademán de cortársela por la mitad, diciendo como en broma:

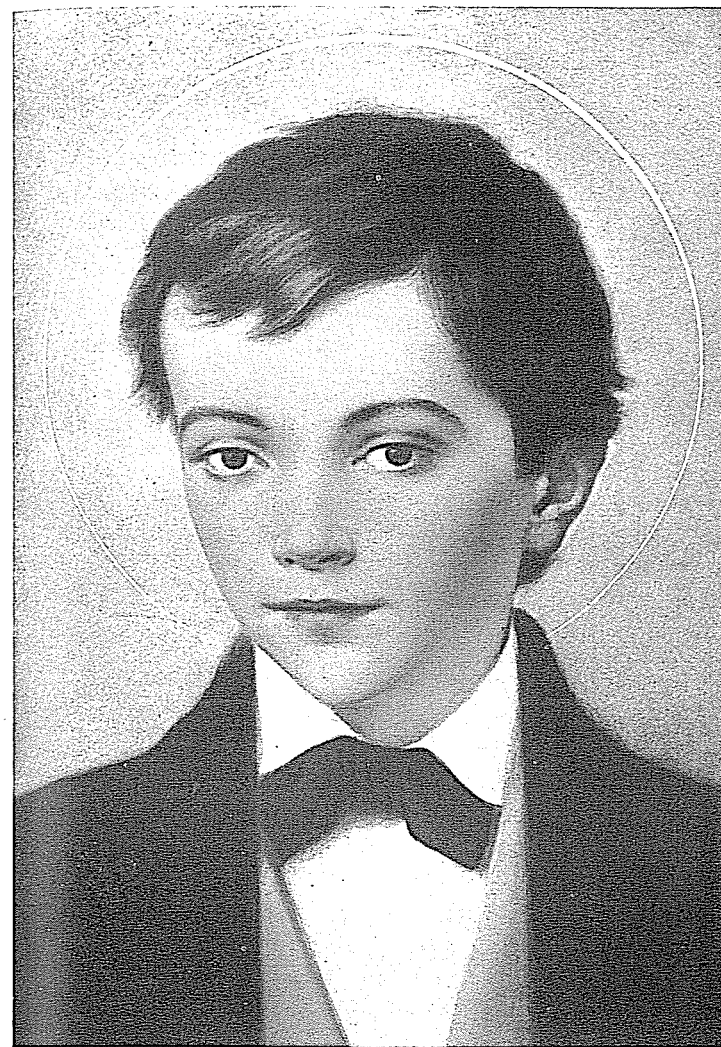
—¡Toma, Miguelito, toma!

Y Miguelito, besándole de nuevo y con más efecto la mano, se despedía pensando: "¡Qué me querrá decir!"

Pocos años después lo supo. Cuando vistió el hábito sacerdotal, preguntó la explicación a Don Bosco, el cual le dijo:

—¡Don Bosco quería decirte que *un día trabajarías conmigo a medias!*

Miguel Rúa, en efecto, llegó a ser el *alter ego* de Don



El angelical Santo Domingo Savio, alumno del Oratorio. Nació en Riva de Chieri el 2 de mayo de 1842 y murió en Mondonio (Castelmuvio d'Asti) el 9 de marzo de 1857. Se le considera como uno de los mejores frutos del sistema educativo de San Juan Bosco. Fue canonizado por Pío XII el 12 de junio de 1954.

Bosco, su Vicario en los últimos años, y después de su muerte su primer Sucesor, "Don Bosco segundo", como dieron también en llamarle, segundo eslabón de una dinastía electiva.

El 10 de agosto de 1845, la Marquesa Barolo inauguró el Pequeño Hospital de Santa Filomena, con Don Bosco de Capellán o Director.

* * *

Pero bien pronto los "Molassi" tuvieron también sus contradictores. Los molineros, los mozos, los carreteros, como no querían tolerar los alborotos de los jóvenes, hicieron serias reclamaciones al Municipio, describiendo aquellas reuniones como revolucionarias y peligrosas para el orden público, y añadiendo que los muchachos causaban desperfectos en la iglesia y en el empedrado del patio.

Los concejales de la ciudad, un poco disgustados, después de haber interrogado a Don Bosco a este propósito, enviaron un perito a aquel lugar, el cual comprobó que ni en la iglesia ni en las paredes, ni en el pavimento había desperfecto alguno; sólo "un muchacho, con la punta de un clavito, había hecho una pequeña raya en la pared".

Mientras ocurrían estas cosas, la salud del pobre Don Bosco se había debilitado de tal modo, que inspiró temores a sus amigos. Escogió algunos jóvenes entre los mejores y los llevó consigo a respirar el aire puro de Becchi, confiando el Oratorio al teólogo Borel. En aquella circunstancia, Don Bosco, interrogado por Juan Filippello acerca de sus intenciones para lo por venir, le respondió:

—No estaré solo ni con pocos compañeros, sino que tendré muchos otros sacerdotes como yo, que me obedecerán y se dedicarán a la educación de la juventud.

Filippello no se atrevió a seguir preguntando, pero desde entonces se le grabó en la mente la idea de que Don Bosco pensaba fundar una sociedad religiosa.

En Becchi dio el Siervo de Dios la última mano a su *Historia Eclesiástica*, documento de su fe, de su celo por la sal-

vación de las almas y de su amor al Pontificado. Mas su pensamiento no se apartaba de Turín, adonde volvió pronto y en donde lo esperaban nuevas cruces.

El secretario de los "Molinos", haciéndose eco de las falsas voces que corrían contra el Oratorio, escribió una carta a los concejales, diciéndoles que era imposible que las familias dedicadas a aquellos oficios pudiesen cumplir sus deberes y vivir tranquilas. Pronto los concejales despacharon una orden en forma cortés, dirigida al teólogo Borel, por virtud de la cual se debía el 1 de enero dejar libre aquel lugar y trasladar el Oratorio a otra parte.

Pero no todos los adversarios gozaron de su victoria. El secretario, autor de la famosa carta, no volvió a escribir más, porque fue acometido de un temblor violento en la mano derecha, y a los tres años murió. Dispuso Dios que al hijo de aquél lo abandonasen en medio de una calle y se viese obligado a pedir pan y asilo en el hogar que se abrió después en Valdocco.

Don Bosco, después de haber orado y pedido consejo a Don Cafasso y al teólogo Borel, prosiguió la empresa utilizando la iglesia de San Martín sólo para la instrucción religiosa en casos de intemperie y llevando sus jóvenes a practicar sus devociones ya a "Sassi", ya a la "Madonna di Campagna", ya al "Monte dei Capuccini" o a otro lugar.

La iglesia de San Martín fue evacuada definitivamente la Domínica cuarta de Adviento, 21 de diciembre. Después de haber rezado con sus jóvenes una oración, como saludo de despedida, levantó los ojos al cielo exclamando: *Dómini est terra et plenitudo ejus!* Y salió en busca de otro lugar.

* * *

La Navidad de aquel año fue triste; pero Don Bosco, ocultando sus penas interiores, se mostraba de buen humor, animando a los jóvenes a la perseverancia o alegrándolos con la narración de las mil maravillas sobre el futuro Oratorio,

que por aquel entonces sólo existía en su mente y en los decretos del Señor.

En realidad, agradables fantasías en sueños le hacían ver un magnífico espectáculo, que a sus leales refirió más tarde. Le pareció estar en la orilla septentrional del "Rondó", y mirando hacia Valdocco, había visto cerca de la vía Cottolengo, en un campo sembrado de hortalizas, tres bellísimos jóvenes, resplandecientes de luz, que se mantenían firmes de pie en aquel sitio que, en un sueño precedente, se le había indicado como teatro del glorioso martirio de los tres soldados de la Legión Tebea. Lo invitaron a bajar; después lo acompañaron ante una señora magníficamente vestida, de indecible hechizo, majestad y esplendor, junto a la cual vio un senado de ancianos con aspecto de príncipes. A Ella, como a reina, formábanle cortejo nobilísimo innumerables personajes adornados con gracia y riqueza deslumbradora, y alrededor se extendían otros grupos hasta donde podía alcanzar la vista.

La Señora, que había aparecido en el lugar en donde hoy se levanta el altar mayor del Santuario, invitó al Siervo de Dios a acercarse. Cuando lo tuvo al lado, le dijo que los tres jóvenes que lo habían conducido hasta Ella eran los mártires Solutor, Adventor y Octavio, como si quisiera indicarle así que ellos eran los patronos especiales de aquel lugar. Después, con una sonrisa embelesadora y afectuosas palabras, lo alentó a no abandonar a sus hijos, sino a proseguir con ardor la obra emprendida. Le agregó que encontraría gravísimos obstáculos, pero que los superaría con su confianza en la Madre de Dios y en su Divino Hijo. En fin, le mostró una casa a poca distancia, que existía realmente y que después supo que pertenecía a un tal señor Pinardi, y una pequeña iglesia en el lugar que exactamente ocupa ahora la iglesia de San Francisco de Sales, con el adjunto edificio. Alzando entonces la diestra y con la voz impregnada de inefable armonía, exclamó: *HAEC EST DOMUS MEA, INDE GLORIA MEA.* Al sonido de estas palabras Don Bosco se conmovió tanto, que

se desvaneció, mientras la figura de la Virgen, con toda la visión se esfumaba lentamente como una neblina.

A la mañana siguiente, todo alborozado por aquel sueño, se apresuró a visitar la casa que la Virgen le había indicado. Pero, ¡cuál no fue su sorpresa cuando, al llegar a aquel sitio, en vez de una casa con una iglesia, encontró una morada de gente de mala vida!

Como la estación era muy fría, no permitía los paseos por el campo; por lo que, aun a costa de cualquier sacrificio, era preciso encontrar un lugar fijo, al menos para las reuniones de los días festivos. Pidiéndolo con varias instancias al sacerdote D. Antonio Juan Moretta, pudo alquilar tres habitaciones en una casa poco distante del Refugio; de modo que, sin sospecharlo, los muchachos se acercaban a la meta de sus peregrinaciones, a la tierra prometida. Como carecían de capilla, continuaban oyendo Misa en cualquier iglesia, ordinariamente en la Consolación o en San Agustín. La tarde de la Epifanía y de alguna otra solemnidad, fueron allí también a recibir la bendición con el Santísimo Sacramento.

Las prácticas de piedad quedaron reducidas al Catecismo y al canto de sagradas alabanzas ante un improvisado altarito, en el cual el Siervo de Dios había colocado una Virgencita, adornada lo mejor posible. Las diversiones eran limitadas; pero la más pura alegría reinaba en todos los corazones, gracias a la amable y activa caridad de Don Bosco.

En cambio su salud se desmejoraba. La Marquesa Barolo, que estaba en Roma, informada de ello por el teólogo Borel, recomendó mucho que se le tuvieran todas las atenciones convenientes y le envió un donativo de cien liras para el Oratorio; pero nadie se atrevió a proponerle que abandonase a los chicos. Por otra parte, el Oratorio entonces más que nunca necesitaba de su presencia.

Tres eran las habitaciones. En ellas, con la ayuda del teólogo Don Jacinto Carpano, joven sacerdote turinés, de rica familia y despejado talento, todo celo y caridad para los niños, abrió al punto tres clases; a un cuarto grupo de jóve-

nes, de conformidad con la profesión de cada uno, se le daba, en una hora libre del día, un poco de clase sobre las primeras nociones de Aritmética, Geografía y Dibujo.

Cuando llegó la fiesta de San Francisco de Sales, los chicos fueron a oír la Misa fuera; así que volvieron tuvieron la grata sorpresa de recibir muchos regalos, algunos de valor, debidos a la bondad de Don Bosco.

Éste, mientras con tanto amor se cuidaba de los pilluelos que había recogido en la calle, visitaba también todas las semanas varias escuelas públicas de la ciudad, donde, dando Catecismo razonado, ejercía su misión educadora. Entre otras prefería la clase de Gramática del profesor Bonzanino y la de Retórica del profesor Mateo Picco, cuyos alumnos pertenecían a las primeras familias de Turín.

CAPÍTULO XVI

El Oratorio Festivo. Varias aventuras

Pero no todos eran capaces de apreciar tanto celo; antes bien, lo tachaban de vano y peligroso, aun personas serias. Ciertas malas lenguas llegaban a decir que Don Bosco era un revolucionario; otras, un loco, un hereje, y que sus innovaciones sonaban a libertarias. Unos cuantos eclesiásticos, muy celosos por cierto, no podían convencerse de que Don Bosco secundaba los impulsos de una misión celestial. En una conferencia de sus reuniones, el cura del Carmen, teólogo Carlos Dellaporta, se lamentó de que los jóvenes del Oratorio formaban una clase independiente de feligreses que acabarían por no conocer ya a su párroco. El teólogo Borel, presente con Don Giacomelli en la reunión, salió en defensa de Don Bosco. La mayoría aprobó sus manifestaciones, pero el cura del Carmen no se convenció, resistiéndose a admitir que otra autoridad distinta de la suya fuese reconocida dentro del territorio que canónicamente se le había confiado. Sus colegas opinaron lo mismo, no por miserable ambición o envidia, sino por puro deseo del bien. Resolvieron, pues, pedir explicaciones al mismo Siervo de Dios.

Dos respetables párrocos se le presentaron con este fin. Él les hizo observar que la mayor parte de sus muchachos eran forasteros, alejados de la vigilancia paterna, completamente ignorantes de la circunscripción parroquial; que en su mayoría eran de quince, dieciocho y veinte años de edad, y sin la menor noción de las cosas de la religión, por lo que

difícilmente alternarían en la enseñanza catequística con niños de ocho a diez años, mucho más instruidos que ellos; que a él no le era posible llevarlos a sus respectivas parroquias para el Catecismo, a menos que cada párroco se encargase de ir a buscarlos o de hacerlos ir.

—Pero aun esto —continuó Don Bosco— resulta difícil en la práctica. No son pocos los que vienen al Oratorio atraídos por las diversiones y los paseos que entre nosotros se acostumbra dar; con estos medios se los atrae al Catecismo y a otras prácticas de piedad. Sin esto, quizás no irían a ninguna iglesia, de modo que no estarían ni con los párrocos ni con Don Bosco, con grave daño de sus almas. Para evitar este peligro, sería muy útil que cada parroquia tuviese un lugar determinado donde se recogiera y entretuviera a los jóvenes con agradables diversiones.

La conclusión a que se llegó fue que, como los párrocos no podían sostener un Oratorio en sus respectivas parroquias, alentaron al sacerdote Juan Bosco a continuar su obra, hasta nueva determinación.

* * *

Superado apenas un obstáculo, aparecía otro. Don Morretta, aunque a disgusto, se vio obligado a despedir a Don Bosco por causa de las quejas y amenazas de los inquilinos, motivadas por los alborotos de los jóvenes. Pero lo hizo en forma correcta.

Era el 2 de marzo de 1846. Don Bosco pagó el saldo del alquiler con quince liras por todo aquel mes todavía; y como había previsto aquel despido, reunió desde el siguiente domingo a sus muchachos en un prado contiguo, alquilado a los hermanos Filippi: eran ya cuatrocientos.

Un domingo el Siervo de Dios los condujo a todos hasta la Basílica de Superga. Después de oída la Santa Misa en la Consolación, con un poco de música a la cabeza (es decir, un viejo tambor, un trombón, un violín y una guitarra vieja), el numeroso grupo marchó en aquella dirección.

Al comienzo de la cuesta había un caballo completamente enjaezado enviado para Don Bosco por el párroco Don Anselmetti y una tarjeta del teólogo Borel, que le había precedido, anunciando que la comida estaba dispuesta. El teólogo Guillermo Audisio, Presidente de la Academia Eclesiástica, había regalado una buena sopa y un plato de carne, y el párroco, vino y fruta. Los jóvenes, fuera de sí por la alegría, celebraron con gratitud la caridad de los generosos sacerdotes; y Don Bosco, no contento con haber referido a sus jóvenes la historia de aquel majestuoso templo votivo, erigido por Víctor Amadeo II en reconocimiento por la liberación de Turín del asedio del 1706, subió por la tarde al púlpito, después de Vísperas, y les predicó un corto sermón. Algunos, muchos años después, recordaban todavía que les habló de la eficaz intercesión de María ante su Divino Hijo, y de los medios para ser atendidos cuando recurrimos a Ella. Los muchachos del Oratorio quedaron entusiasmados y no menos la gente que asistía.

Después del sermón, subieron los músicos al coro, y acompañados al órgano por Don Bosco, cantaron en la Bendición motetes y *Tantum ergo*. En aquel tiempo no era costumbre en el Piamonte que los chicos cantaran en la iglesia; por eso aquella tarde, los miembros de la Academia y el pueblo que estuvieron presentes, al oír las bonitas voces de los niños del Oratorio, tuvieron una agradabilísima sorpresa.

Aquel paseo fue el prelude de esa larga serie de espléndidas excursiones organizadas por Don Bosco para sus jóvenes, que perfeccionadas más tarde por él mismo, iniciaron en el mundo la obra de los campamentos y colonias escolares.

Con estas caritativas industrias, el Oratorio fue prosperando, aun en el prado. Era un hermoso espectáculo contemplar las ruidosas diversiones de los jóvenes; más que todo embelesaba verlos a cierta hora de la tarde dejar un momento sus juegos al redoble de tambor ordenado por Don Bosco, el cual con mucha facilidad los dividía en grupos, según su edad y su instrucción, para explicarles, durante una media

hora, el Catecismo. De pie sobre una elevación del terreno, instruía a los mayores y vigilaba a los otros. Al Catecismo seguía el canto de un himno sagrado, después un breve y agradable sermoncito y, finalmente, el canto de la Letanía Lauretana o de una canción. Después se reanudaban alegremente los juegos.

* * *

En medio de tantos trabajos, el Siervo de Dios debía disimular su dolor por una nueva espina que al principio del mes había aumentado el número de las no pocas que ya le punzaban. La afectuosa obediencia de los jóvenes para con él dio nuevo motivo al ridículo rumor de que podía hacerse un hombre peligroso y de un momento a otro suscitar una revolución en la ciudad. Esta fantástica insinuación tenía como especioso fundamento el hecho de que un cierto número de aquellos jóvenes, que se habían hecho piadosos y de excelente conducta, en tiempo atrás habían estado en la cárcel.

Semejantes patrañas hallaron eco en las autoridades, especialmente en el Marqués Benzo de Cavour, padre de Gustavo y de Camilo, y Vicario de Turín, que es como decir jefe de la jurisdicción municipal. Como algún tiempo antes hubiese visto a Don Bosco en los llamados prados de la Ciudadela, entre un grupo de jóvenes, a los cuales intentaba de la mejor y más amable manera posible meter en la cabeza algunas ideas de Religión y de Moral, había dicho que Don Bosco era un loco o un hombre peligroso, que debía ser conducido al Senado, esto es, encerrado en las prisiones del palacio donde se reunía el Senado.

Con tales ideas en la cabeza, el Marqués le hizo llamar y discurrendo con él sobre este asunto, concluyó diciendo:

—Esto es un desorden y quiero y debo impedirlo. ¿No sabe usted que están prohibidas las reuniones, si no se tiene para ellas el debido permiso?